

David Monteagudo

INVASIÓN

CANDAYA

INVASIÓN

DAVID MONTEAGUDO

DAVID MONTEAGUDO



David Monteagudo nació en Viveiro, provincia de Lugo, en 1962. A los 5 años se trasladó con su familia a Cataluña. Trabajó en una fábrica de cartonaje en Vilafranca del Penedès, ajeno a los círculos literarios, aunque siempre se sintió atraído por los libros y la escritura.

En 2009 su novela *Fin* fue recibida por la crítica como “una bocanada de aire fresco para las letras de este país” y tuvo una espectacular acogida entre los lectores (más de 50.000 ejemplares vendidos). En 2012 fue llevada al cine con ese mismo título. Desde entonces ha publicado tres nuevos libros: las novelas *Marcos Montes* (2010) y *Brañaganda* (2011), y el volumen de relatos *El edificio*(2012). Sus obras han sido traducidas al francés, alemán, holandés, italiano, catalán y ruso.

Candaya Narrativa, 34
INVASIÓN

Primera edición impresa: marzo de 2015

c/ Bòbila, 4 - Barcelona
08004 Barcelona
www.candaya.com
facebook.com/edcandaya

Diseño de la colección:
Francesc Fernández
Imagen de la cubierta:
Ryan McGuire y Francesc Fernández
Maquetación y composición *epub*
Miquel Robles

BIC: FA
ISBN:978-84-15934-94-3
Depósito Legal: B 6045-2015

A Olga

La primera vez que vio a un gigante, García estaba tomando una cerveza en la terraza de un bar. Entonces no lo identificó como tal, tan sólo pensó que se trataba de una persona anormalmente alta; pero lo cierto es que, ya aquella primera vez, la visión le produjo un indefinible malestar, no tanto por la desmesurada altura del gigante, como por el hecho, insólito y sorprendente, de que nadie pareció reparar en su presencia.

La terraza ocupaba un ángulo de la plaza porticada, junto a los puestos del mercado de frutas y verduras. La mañana era tibia y soleada. En una de las pequeñas mesas de aluminio, García —con un dedo entre las páginas de un libro— disfrutaba de la agradable temperatura del aire, del cosquilleo de la cerveza a medio consumir, del contraste entre los soportales frescos, umbríos, y la porción de plaza bañada por el sol, con las movedizas sombras de las hojas de los árboles en el pavimento. Posponiendo por unos instantes la lectura —que esperaba paciente y segura entre sus dedos—, García contemplaba el rutinario ajetreo de mozos y vendedores en los puestos del mercadillo, cuando vio algo que llamó su atención en el otro extremo de la plaza. Entre los viandantes que llegaban por una de las calles adyacentes, en un flujo moroso y discontinuo, apareció una figura exageradamente alta, una persona, un hombre que avanzaba con pasos lentos y desgarbados, como si lo desproporcionado de su estatura le obligase a moverse a un ritmo diferente al de los otros peatones. Desde el primer momento, y a pesar de que la distancia no permitía aventurar ninguna cifra concreta, García tuvo la sensación de que la altura de aquel hombre superaba, de alguna manera, la sutil barrera que separa lo excepcional —el jugador de baloncesto, el individuo aquejado de un gigantismo de origen hormonal— de lo prodigioso, de lo que ya no es humano. Era la proporción con las cosas que le rodeaban, con las puertas de los edificios, con los coches, con las personas que había en las proximidades, lo que producía aquella certeza. Por lo demás —haciendo abstracción de la lentitud de sus movimientos y de la descomunal estatura— el aspecto del hombre era bastante normal; acaso tenía un cierto aire de extranjero, o de turista: tenía el cabello más bien rubio, llevaba puesto un chaleco de color beige, y una especie de macuto colgando en bandolera.

Perplejo, inmovilizado por el asombro, García vio cómo el fenómeno cruzaba por el fondo de la plaza, pegado a la pared de la iglesia, hasta que el toldo de uno de los puestos de fruta se lo ocultó a la vista. García miró a derecha e izquierda, buscando a su alrededor

alguna complicidad, alguna exclamación, algún comentario que confirmara lo insólito de aquella visión. Pero nadie en la terraza había reparado en el prodigio; la gente seguía hablando en la misma actitud, o consultando sus teléfonos móviles. Tampoco en los puestos del mercado que quedaban más cercanos se había producido ninguna alteración.

A García, en cambio, aquella experiencia le produjo una sorda desazón, y le dejó un poso de inquietud. Ya no pudo continuar con la lectura, por más que se había prometido disfrutarla durante la media hora de descanso que todavía le quedaba. Distraído y caviloso, sus sentidos se cerraron a los estímulos del mediodía primaveral; y en las horas, e incluso los días que siguieron a aquella mañana, no podía evitar que le invadiese una sombra de preocupación, una velada angustia, cada vez que recordaba el suceso.

En más de una ocasión —charlando en el segundo desayuno, con los compañeros de la oficina, o las pocas veces que su mujer cenaba en casa— estuvo tentado de comentar la visión del gigante, e incluso había ensayado mentalmente el tono que adoptaría, afectando una curiosidad entre intrigada y divertida. Pero en el último momento dudaba, refrenaba su impulso, y acababa optando por el silencio; como si aquella vivencia fuera algo íntimo, vergonzante, que nadie sería capaz de comprender.

Los días fueron pasando, y con ellos las semanas. Las impresiones de aquel suceso tan curioso fueron perdiendo intensidad, y García volvió a sentarse sin ningún temor en aquella y en otras terrazas, y a disfrutar —como era su costumbre— del suave hedonismo de la lectura pausada, mezclada con el sabor de la cerveza. No es que hubiera olvidado el hecho: todavía se acordaba de aquello, de vez en cuando, pero ahora el recuerdo ya no tenía aquel cariz desasosegante, y desaparecía de su mente con la misma facilidad, con la misma ligereza con que había aparecido.

Fue precisamente entonces, cuando ya no le inquietaba, cuando habló del asunto con otra persona. Lo hizo de manera espontánea, sin premeditación, un día que se quedó a solas con un compañero de la oficina, junto a la máquina del café. El compañero, a quien todos llamaban Marqués, era un chico bastante joven, de poco más de treinta años. García no hablaba muy a menudo con él, pero le consideraba una persona discreta e inteligente, y no lo evitaba, como hacía —en la medida de lo posible— con otros colegas cuyo trato le resultaba desagradable.

García le contó al joven su experiencia; fue una narración concisa y resumida, acorde con el entorno de la conversación, pero que no omitía los aspectos más subjetivos del suceso. Marqués le escuchó con atención, mordisqueando distraídamente la cucharilla de plástico con

la que acababa de agitar el café.

—¿Y cuándo dices que viste eso?

—No sé. Debe de hacer un mes, o cosa así.

—Sería un jugador de baloncesto.

—No, ya te digo que no, que había algo que… que se salía de lo normal.

—Un jugador de baloncesto se sale de lo normal.

—Pero no tanto. Ese tío debía medir… tres metros, o más.

—¿Y tú cómo lo sabes? Desde esa distancia…

—No sé… Era la proporción, la proporción con las cosas… Y además se movía de otra manera, más despacio.

Marqués se quedó un momento en silencio, inmóvil, observando a García con una mirada llena de penetración e inteligencia.

—A lo mejor andaba por una tarima. Había una tarima, al lado de la iglesia, y tú no la viste.

—¡Hombre!… —dijo García—. Eso funcionaría si no hubiera tenido piernas. Yo le veía hasta la cintura. La cintura le quedaba… le quedaba por encima de las cabezas…

—Perdona, no quería molestarte. Te he apretado un poco para… En fin, ya tengo mi diagnóstico.

—¡Caramba, qué rápido! Espero que no me salga muy caro.

—Más que un diagnóstico —dijo el joven, en el mismo tono cordial y humorístico que había empleado García— es una reflexión, un razonamiento. Lo raro no es ver a un tipo de cuatro metros andando por la calle. Lo raro es que te impresionase tanto. Tú mismo lo has dicho: "una cierta angustia", "algo inquietante".

—Hombre… No creo que sea muy normal ver…

—Es que yo creo que es al revés, justamente al revés. ¿Tú crees que hoy en día, con los tiempos que corren, alguien se asombraría de ver una cosa así? Yo creo que no. La gente pensaría que era un truco tecnológico, un anuncio de algo. Tenemos la mente abierta a ver todo tipo de prodigios, de aparentes prodigios. ¿Inexplicable? No más que cualquier aplicación de tu teléfono móvil. Para alguien que no sea ingeniero electrónico, tan mágica es una cosa como la otra. "Ese", es el punto de vista normal.

—¿Entonces yo, qué? ¿Soy un bicho raro?

—En aquel momento, quizás sí, lo fuiste. Viviste de forma traumática una experiencia en realidad banal, la interpretaste según una inquietud interna, y predeterminada. Probablemente ampliaste un hecho menos excepcional, lo subjetivaste… O te lo inventaste de cabo a rabo. A lo mejor fue una alucinación. No hace falta estar loco para tenerlas. A veces, en determinadas circunstancias…

—Me tranquilizas.

—Te debería tranquilizar —dijo Marqués, en respuesta a la flemática ironía de su compañero—. Nadie está completamente equilibrado, todos tenemos alguna fisura. Y si no la tienes, mal asunto: entonces es que estás muerto, o a punto de estallar.

—O sea: que tú le das una interpretación psicológica.

—Modestamente, sí.

—Oye, y… ¿Dónde tienes la consulta?

Marqués sonrió antes de contestar. La suya era una sonrisa franca y agradable, seductora en su modestia.

—Oh, no… No he estudiado nada de eso. Empecé económicas, y ni siquiera lo acabé. No es psicología eso, es sentido común.

—Un sentido común poco común.

—Gracias, pero… tú también lo tienes. Está claro que tienes una buena capacidad de análisis. Lo que pasa es que con uno mismo es más difícil.

—Para eso están los amigos. Claro que tú y yo ni siquiera somos amigos. O no lo éramos.

—¿No has vuelto a ver gigantes? —preguntó Marqués, tirando en la papelera el vaso de papel que había contenido el café.

—No.

—Pues ya está. Un pequeño desajuste transitorio. Eso es todo.

Aquella charla le dejó a García una sensación ambivalente: por una parte le resultó beneficioso hablar con alguien del asunto, sacarlo al exterior y enfrentarlo a la opinión y el análisis de otra persona. Y también se alegró de haber descubierto a un compañero que, más allá de ser un conversador agudo y perspicaz, podía llegar a convertirse en un buen amigo, en un confidente en el que depositar aquellas y otras dudas. Pero también era cierto que se había abierto otro frente que él, en principio, no había contemplado: la posibilidad de haber sufrido una alucinación, y que esa posibilidad —por muy aislado y circunstancial que hubiese sido el episodio— no era halagüeña ni tranquilizadora.

Unos minutos después de aquella conversación, cuando ya estaba sentado a su mesa, ocupado en el rutinario archivo de unos legajos, García pensó que aquella noche hablaría de todo aquello con su mujer: de la visión que lo había originado todo, de la inquietud que le había causado durante unos días, de la opinión de Marqués y su teoría psicológica. Ahora que ya había abierto el fuego, no le importaba hurgar un poco más en el asunto; incluso tenía curiosidad por saber lo que opinaría su mujer, cómo analizaría los hechos y qué tono adoptaría para hablar de ello. García recordó con nostalgia —una nostalgia teñida de renuncia y escepticismo— las largas conversaciones con Mara, cuando se conocieron y empezaron a salir

juntos; las tardes enteras en la mesa de algún bar, frente a unos cafés con leche, hablando de todo lo divino y lo humano, profundizando en cada idea hasta hundirse en las aguas inseguras —que en realidad ninguno de los dos dominaba— de la filosofía. Con qué placer habrían hablado entonces, veinte años atrás, de un asunto tan jugoso, tan atractivo para la polémica como los límites entre lo real y lo irreal, la frontera entre la cordura y el trastorno psíquico, la naturaleza de la percepción, de la "realidad", y todas aquellas cosas que se vuelven más interesantes con la ayuda de unas comillas enfáticas. Ahora la cosa era bien diferente. Por poco que se sincerase consigo mismo, García tenía que reconocer que Mara y él se habían distanciado mucho a lo largo de los quince años que llevaban viviendo juntos. En algún momento —que ahora ya era incapaz de precisar— sus intereses, los verdaderos intereses vitales, aquellos que te hacen desear que llegue el día siguiente, habían divergido callada, irrevocablemente, favorecidos por el espejismo de una convivencia tácita, sin discusiones ni altibajos.

Ahora García anticipaba, sin ningún temor a equivocarse, la forma que adoptaría su conversación, el pequeño esfuerzo, la presión que tendría que ejercer sobre la inercia de la rutina, de sus rituales cotidianos, para conseguir que Mara apartase su atención del televisor, del teléfono móvil, de la banal obligación de retirar los platos sucios, y le escuchase, de verdad, durante unos segundos. Entonces sí, una vez hubiera sonado la alarma, el aviso excepcional de "tengo que comentarte algo importante", Mara guardaría el teléfono, dejaría los platos y apagaría el televisor, y se dispondría a escuchar con sus cinco sentidos, a dar su opinión, y a debatir; porque ella sabía que García no era hombre que hablase de banalidades, y a buen seguro tendría algo interesante, algo jugoso que contar.

Habiendo tomado esa determinación, centró su atención en el trabajo que le reclamaba desde el ordenador, le dio un buen empujón al archivo que estaba informatizando, y cuando ya estaba a punto de acabarlo, le asignaron más trabajo, de modo que acabó la tarde, muy a su pesar, inmerso en el vértigo oficinesco y sin un segundo para pensar en sus cosas.

Por fin, cuando ya eran más de las siete, pudo apagar el ordenador y dejar la oficina. Bajó por las escaleras pensando en su mujer, en lo que hablarían aquella noche, en lo que había sido su vida en los últimos años. "Tal vez si tuviéramos hijos", pensaba García, mientras abría la puerta de la calle: una calle del casco antiguo, bastante estrecha, en la que ya se había hecho de noche. Echó a andar distraído y pensativo, mirando al suelo, aunque la fuerza de la costumbre le hacía avanzar sin vacilaciones, en la dirección que tomaba siempre a aquella hora. Cuando apenas se había distanciado unos metros de la puerta, levantó la vista, y empezó a aminorar el paso hasta quedar

detenido. Algo avanzaba por la calzada en dirección a él. En principio —a la luz incierta que daban las pocas farolas que alumbraban la calle —, García lo identificó como un caballo, o más de uno, porque además le pareció ver a unos jinetes, subidos en otras monturas que venían más atrás. Cuando se dio cuenta de lo que realmente estaba viendo, su rostro se demudó, petrificado en una expresión de pánico, y su cuerpo —incapaz de ninguna otra reacción— retrocedió hasta tocar con la espalda en la pared del edificio y se quedó allí inmovilizado, paralizado por el terror. Lo que venía hacia él era un perro, un perro enorme, el lomo a la altura de sus ojos y la cabeza todavía más arriba; y lo que parecían caballistas eran dos gigantes, un hombre y una mujer que iban andando detrás del animal, sujetándolo con una correa. Los gigantes, de desmesurada altura, avanzaban con pasos lentos y acompasados, pero el animal —que tiraba de la correa con impaciencia— se movía más rápido, y García vio con horror cómo dejaba el centro de la calle y se acercaba a él, y le olisqueaba con movimientos rápidos e imprevisibles, tocándole casi con el hocico a la altura del pecho. El hombre gigante —en realidad parecía un chico bastante joven, igual que su compañera— tiró de la correa intentando atraer al perro hacía sí, al tiempo que pronunciaba unas palabras en dirección a García, mirándole con una expresión que pretendía ser tranquilizadora.

Con los ojos desorbitados, con la boca entreabierta y la respiración agitada, García vio pasar a la descomunal pareja por delante de él; vio como el perro se alejaba olisqueando la pared, y el gigante le hablaba con aquella voz lenta y grave, y los dos, el hombre y la mujer, volvían la cabeza y le miraban con expresión cada vez más intrigada, a medida que se alejaban; y sólo al cabo de unos segundos comprendió que el hombre le había dicho: “No hace nada. No muerde”, y que la expresión que había visto en las dos caras, allá arriba, reflejaba la curiosidad y la extrañeza por el pánico que su propio rostro, el de García, debía de expresar en aquellos momentos.

Cuando consiguió reaccionar, la pareja ya había doblado la esquina y desaparecido de su vista. Con la espalda todavía apretada contra la pared, miró a un lado y otro, y entonces echó a correr en la otra dirección, hacia su izquierda, porque había visto una figura, una mujer que venía andando por la calle, desde el mismo lugar por el que habían aparecido los gigantes. “¿Ha visto eso? ¿Los ha visto?”, dijo García, acercándose a la mujer. Pero la mujer le rehuyó, dando un rodeo para evitarlo, acelerando el paso, y García comprendió que su voz había sonado como un balbuceo histérico, que su rostro debía de estar pálido y desencajado, y que tenía que calmarse y recuperar el control sobre sí mismo si pretendía obtener alguna información de cualquier persona ajena a lo que él había vivido.

Pero no intentó hablar con nadie más. Mientras el pánico inicial iba desapareciendo, y su mente se empezaba a enfrentar con la magnitud de lo que le había ocurrido, sus pasos le llevaron a toda prisa hacia su casa, como si su cuerpo, por puro instinto, buscara refugio en el aislamiento y la seguridad del hogar. En pocos minutos, se encontró frente al bloque de pisos que albergaba su vivienda. Abrió la puerta de la calle como un autómata, y mientras se dirigía al ascensor se dio cuenta, con un sobresalto, de que Mara no tardaría en llegar —no había mirado el reloj, pero ya debía de faltar poco para las ocho— y tenía que preparar un discurso coherente, una exposición lógica y desapasionada de los hechos, que estuviera a la altura de la capacidad de análisis de su compañera. "Sí, Mara me ayudará —iba pensando, mientras salía del ascensor y se encaminaba a la puerta del piso—. Cuando ha habido verdaderos problemas siempre ha estado ahí; y además me irá bien hablar con ella, explicarlo todo muy claramente, con tranquilidad, sin dejarme ni un solo detalle."

García iba de un lado a otro de la vivienda —un piso pequeño, pero confortable y decorado con gusto— como un león enjaulado. La rutina automática de los gestos cotidianos le llevaba al perchero, a la habitación, a la nevera, a la mesa de su pequeño estudio, pero una vez allí la intensidad de su pensamiento le distraía de la sencilla acción que tenía que realizar, perdía su impulso, y se quedaba inmóvil durante unos minutos, la mirada ausente, sumida en la profundidad de sus cavilaciones. Tres veces abrió la puerta de la nevera, en sus sucesivos paseos, y las tres veces miró el interior sin asimilar en absoluto lo que veían sus ojos, convertida la acción —destinada en realidad, a elegir los ingredientes para la cena— en un gesto repetitivo y maquinal, desprovisto de todo sentido. Entretanto, su mente libraba una batalla agónica: luchaba con todas sus fuerzas para que el pánico no le dominara, para que la angustia no se adueñara de él, y al mismo tiempo trabajaba a toda velocidad para recomponer sus expectativas, para ajustar su comportamiento a una realidad nueva y despiadada que requería alguna actuación, que no podía ser ignorada ni pospuesta, por muy desagradable, por muy agorera y sombría que fuese.

La angustia, el pesimismo, crecían y decrecían a oleadas, como un flujo y reflujo, como una marea de miedo y desesperación que creciera y creciera, hasta hacerse insoportable, para retirarse al cabo de unos minutos dejando una serenidad en la que asomaba tímidamente el primer destello de esperanza.

En esos momentos pensaba que al fin y al cabo la cosa no era tan grave, que aparte de esos dos breves episodios, él se encontraba perfectamente, con toda su capacidad de racionamiento intacta, y que sería relajante aceptarlo, ponerse en manos de los demás, de algún

especialista, aislar esa pequeña mancha, tan concreta, tan delimitada, reducirla a su exacta dimensión, medicarse si fuera necesario. En esos momentos, él —que gozaba de buena salud, y era un trabajador incansable— veía como una perspectiva agradable el aceptar la enfermedad, dejarse cuidar, y reposar todo lo que fuera necesario, sustituyendo la lucha diaria por la vida, con sus apremiantes exigencias, por la necesidad prioritaria, tal vez gratificante, de curarse.

Pero sus pensamientos seguían girando, en una ronda cíclica y obsesiva que García no era capaz de detener, y al cabo de unos minutos ya estaba pensando que las alucinaciones eran uno de los síntomas de la esquizofrenia, y que ésta —según había leído— se podía manifestar a cualquier edad, aunque no hubiera dado ningún aviso con anterioridad. Razonaba para sí mismo que mientras que la primera visión que había tenido, hacía un mes, era más cuestionable —había sido una percepción limitada a lo visual, y a una considerable distancia—, esta última había sido extraordinariamente cercana, con una absoluta apariencia de realidad, y con una serie de estímulos auditivos, e incluso olfativos, que la hacían mucho más inquietante que la primera.

Y por último, en la atmósfera de angustia que generaban estas ideas, pugnaba por asomar un sentimiento de rebeldía, una fe en lo que habían visto sus ojos, un convencimiento íntimo —más instintivo que racional— en que su cabeza funcionaba a la perfección, como siempre había funcionado, y que todo aquello, por absurdo que pareciera, tenía que tener alguna explicación racional. Pero su inteligencia, su yo más analítico, rechazaba esta idea, por considerarla peligrosa, y le recordaba que los locos, los verdaderos esquizofrénicos, también están convencidos de la "realidad" de sus alucinaciones.

Sumido en esa batalla interior, sorda y obstinada, García perdió la noción del tiempo. Hasta que, de pronto —cuando tan solo había conseguido poner las servilletas encima de la mesa, y todavía no se había quitado el abrigo—, se dio cuenta de que ya eran casi las ocho y media, y que Mara aún no había dado señales de vida. Entonces echó mano al bolsillo, se dio cuenta de que llevaba puesto el abrigo, de que no había activado el sonido de su teléfono —como hacía siempre cuando salía del trabajo—, y de que tenía un mensaje de Mara aguardándole en la diminuta pantalla del aparato. Era un mensaje de texto convencional, el único que, de hecho, podía recibir García en su móvil anticuado. Mara le reprochaba a menudo el que no se hubiera cambiado el teléfono por uno inteligente, que no usara whatsapp y la obligara a ella a enviar mensajes con un sistema cuya mecánica ya casi había olvidado.

El mensaje decía —con muchas elipsis y sobreentendidos— que no

la esperase para cenar, que había olvidado comentarle que esa noche tenían un ensayo especial en la obra de teatro que estaban preparando, que cenaría algo por ahí y lo más probable era que volviese a casa muy tarde.

Por algún extraño motivo, aquel aplazamiento inesperado de la conversación que inevitablemente iba a tener —la primera en la que tendría que hablar de su reciente visión—, tuvo un efecto tranquilizador en su mente atormentada. Fuera por el sólo hecho de aquella tregua temporal, fuera por el simple cansancio de darle vueltas en la cabeza a las mismas ideas, una y otra vez, lo cierto es que al final García, mal que bien, consiguió abstraerse de sus pensamientos y prepararse algo de cena, comió frente al televisor con más apetito del que esperaba, se acostó a la hora acostumbrada y en pocos minutos se quedó profundamente dormido.

Los habituales pitidos del despertador hicieron emerger a García de un sueño denso y oscuro. La consciencia, la memoria, se incorporaron perezosamente, ajustándose con un cierto retraso a la elemental evidencia física de la existencia, del sopor, del cuerpo que se despereza y pide actividad. Pocos segundos tardó ese cuerpo recién nacido en recibir el peso, la carga de una identidad, de unos deberes, de unas imperfecciones, de unos problemas acuciantes que había que resolver sin demora aquel mismo día. García recordó con minuciosa precisión su vívida experiencia del día anterior: los dos gigantes, el perro, el pánico paralizador, con que vivió el episodio. También recordó que tenía que ir a trabajar, que dentro de una hora tenía que estar en la oficina, y que tendría que encontrar algún momento, durante el día, para empezar a buscar algún especialista, un psicólogo o un psiquiatra, aunque fuera por internet, y que tenía que encontrar la manera de contactar con Mara y concertar una buena charla con ella, para que no volviera a ocurrir lo de la noche anterior. "Ya está: cenaremos fuera —pensó García—, sin platos, ni cocina, ni televisión."

La posibilidad de despertarla en aquel mismo momento estaba descartada de antemano. Se había acostado en la habitación de invitados, como hacía a menudo cuando volvía tarde, para no molestar a García con su llegada, para no ser molestada ella misma, y él sabía muy bien que Mara necesitaba un silencio y una oscuridad totales a aquella hora de la mañana, para aprovechar al máximo las horas de sueño que le permitía su peculiar horario laboral, y que cualquier violación de aquella regla que no fuese por una cuestión de vida o muerte contaría desde el principio con una franca animadversión. "Caramba —pensó—, al fin y al cabo la cosa tampoco es tan grave. No me he vuelto loco, al menos de momento. Despertarla ahora sería admitir que he perdido el control." Y, en verdad, no lo había perdido; en aquellos momentos se encontraba bien, como siempre que se levantaba y tomaba el primer café. La sombra ominosa de una posible enfermedad no era más que una amenaza muy vaga, y García se sentía con fuerzas para enfrentarse a ese problema como hacía con todos, metódicamente, paso a paso, pero con determinación. Decidió dejarle a Mara una nota en algún lugar visible, un escrito que al final resultó bastante extenso, en el que le avisaba de la necesidad de hablar de un tema importante, le proponía la cena en un restaurante, y además le marcaba una hora concreta para un contacto telefónico, sabedor de lo azaroso, de lo incierto que era a veces conseguir que su mujer contestara al teléfono. No tenía ninguna duda

de que el aviso sería atendido. En el contexto de sus peculiares hábitos de convivencia, basados en la no intromisión, en el más absoluto respeto a las actividades particulares del otro, aquella nota adquiría una dimensión de alarma y excepcionalidad que no sería desoída.

García salió de casa con decisión, cargado de energía y con las fuerzas intactas para enfrentar un día que nada tenía de rutinario. Y aun así, no pudo evitar una cierta sensación de inquietud, de desvalimiento, cuando se vio en la calle; porque la calle se había convertido para él en un lugar inseguro, en el que podía ocurrir, precisamente, aquello que más temía. Tal vez por eso arrancó con decisión, con paso firme, en actitud retadora. Pensó en la posibilidad de que apareciera de nuevo, en la siguiente bocacalle, uno de aquellos gigantes; intentó imaginar qué actitud adoptaría, y hasta llegó a creer que lo enfrentaría con curiosidad, con espíritu científico, intentando encontrar los límites de una alucinación que, en realidad, no comportaba ningún riesgo físico para él, y que hasta el momento sólo le había producido miedo, un mero trastorno emocional. Pero cuando imaginó en su mente algunos detalles concretos, como la posibilidad de un contacto físico, un tocar con su mano la mano del gigante, o el brazo, sintió un vértigo repentino y un amago de terror en el estómago que le hizo abandonar de inmediato aquellas elucubraciones.

Se centró en aspectos de índole práctica, en la organización mental de todas las cosas que tenía que hacer aquel día, y llegó a la oficina sin que le ocurriera nada excepcional. Durante la primera hora de trabajo, y aprovechando un momento en que Marqués pasó junto a su mesa, García le pidió que desayunará con él, a solas, en un bar diferente al que frecuentaba el resto de los compañeros. Marqués accedió con prontitud, sin hacer ninguna pregunta, y una hora más tarde estaban ambos sentados en las espaciosas butacas de un local un tanto pretencioso, sin duda menos atractivo para el desayuno de las nueve y media que el otro, ruidoso y popular, con su apetitoso surtido de tapas y de bocadillos, y su plancha activa y humeante. “Nos va a salir cara la broma —le dijo Marqués en un expresivo aparte, cuando ya habían pedido sendos bocadillos de jamón de bellota—. Y el tamaño no es para indigestarse, que digamos.”

Cinco minutos más tarde, García ya le había contado, sin omitir ningún detalle, su encuentro con los gigantes de la noche anterior. Marqués le escuchó con mucha atención, mientras masticaba a toda prisa su bocadillo. Después se limpió la boca con la servilleta concienzudamente, con la morosidad del que tiene la mente ocupada en otra cosa, mientras García le daba algún mordisco desganado a su propio bocadillo.

—¡Buf! —dijo Marqués, con un gesto un tanto cómico, mientras

echaba mano a su copa de vino tinto—. Déjame que eche un trago primero.

García, muy sereno, con una suerte de seria cordialidad, esperó a que su compañero echase el trago. Después de pasarse la servilleta por los labios, Marqués tomó de nuevo la palabra:

—Bueno, parece que esta vez estamos ante algo… un poco más serio.

—Eso parece.

—Sí, es evidente. Es evidente, porque… en este caso la “visión”, o como lo quieras llamar, es mucho más elaborada.

—Y no sólo era visión: te digo que hasta noté el olor del perro, y su aliento: un aliento húmedo, y caliente.

—Sí, ya me he dado cuenta, lo has… lo has explicado muy bien. Ya veo que esta vez participaban todos los sentidos en la alucinación.

—No, afortunadamente, no todos.

—¿Por qué dices “afortunadamente”?

—Porque el tacto no. No hubo contacto. Me da pánico pensar que uno de esos… que me pueda tocar.

—Pero… está claro que es algo que ha creado tu mente. Por sus propias características, tiene que ser una experiencia alucinatoria. Lo único… lo único que faltaría saber es si te la inventaste, es decir, si la creaste tú por completo, o si simplemente deformaste, o amplificaste una presencia real; vamos, que realmente pasó una pareja, con un perro, pero no eran tan grandes.

—No sé…

—¿Y no lo vio nadie más? ¿No pasaba más gente por la calle?

—Luego apareció una mujer. Yo… yo le quise preguntar si los había visto, pero se escapó —García esbozó una sonrisa—. Debía de parecer un loco, me di cuenta en el mismo momento. No estaba en condiciones de hablar con nadie. Pero no sé ni siquiera si coincidieron en la calle, la mujer y los gigantes; yo me quedé petrificado, estaba… estaba completamente bloqueado por el pánico; era incapaz de hacer nada, nada más que mirar cómo aquellos gigantones seguían adelante, calle abajo, hasta que desaparecieron por la primera bocacalle.

—Y la mujer apareció después.

—Sí, después. O al mismo tiempo, no sé. También venían otras personas, algo más lejos; pero ya no intenté hablar con nadie más. Espero que no me conociera ninguno de ellos, con la pinta de loco que debía de tener en ese momento.

—Bueno —dijo Marqués, sonriendo—, está claro que no estás loco; razonas estupendamente, pero eso no quiere decir que tu mente no sea capaz de crear una alucinación; algo que, por muy circunstancial, por… por muy aislado que sea, no deja de ser una disfunción.

Hombre, está claro que tendrías que ir a un especialista, aunque sólo sea para tranquilizarte, para que ponga las cosas en su justa dimensión.

—¿Quieres decir un psiquiatra?

—Bueno… o un psicólogo. Puedes empezar por un psicólogo. De todas formas, lo más probable es que te acabe derivando a un psiquiatra. Ah, y prepárate para que te den medicación; siempre lo hacen cuando hay alucinaciones.

—Ya, ya me lo imaginaba… Y no me hace mucha gracia, como podrás comprender.

—Lo entiendo muy bien, pero, a mi modesto entender, creo que deberías encarar el asunto con otra mentalidad. Hay que verlo como lo que es, como un simple problema de salud. Yo conozco personas que tuvieron un brote esquizofrénico, en un momento determinado de su vida, y ahora son personas completamente normales. Si se controla a tiempo, y se vigila, y se toma una medicación cuando es necesaria… El problema es que tendemos a ver la enfermedad mental como una cosa vergonzante, como una lacra que desprestigia al total de la persona. Y no es así.

—Conozco el discurso políticamente correcto, y me parece… pues eso, muy correcto, muy bien elaborado; pero yo nunca he sido muy partidario de la medicación, en general, incluso para enfermedades puramente físicas.

—Pero cuando te duele la cabeza te tomas una aspirina, para poder trabajar…

—Tienes razón. A ver: yo me doy cuenta de que tienes toda la razón. Por eso te he pedido consejo, porque estoy viendo que eres precisamente el tipo de interlocutor que necesito: muy razonable, muy razonador. Pero también comprenderás que me quede algún escrúpulo, alguna duda…

—¿Duda de qué? ¿de si han empezado a aparecer gigantes por la comarca?

—No, hombre, eso no, pero… me resisto a entrar en la rueda de los psiquiatras y de que me intenten arreglar, cuando yo, de cabeza, estoy muy entero. Soy equilibrado, qué caramba, soy estable. Tuve mis momentos de confusión, en la adolescencia: el cambio fue para mí muy traumático, viví el despertar a la sexualidad de una forma muy atormentada; pero precisamente porque pasé por todo eso yo solo, sin… casi sin ayudas, y salí adelante, y no me volví loco, ni me quedé tarado, pues el resultado es que soy… me considero una persona muy fuerte. No sé… Cuando veo la cantidad de gente que necesita tomar pastillas, y aun así está siempre con problemas… Yo, en realidad, me encuentro muy bien. Y solamente ahora, al final, en cosa de un mes,

he tenido dos momentos, dos momentos muy breves, en los que parece que sí, que algo, algún cable, se ha cruzado.

—Ya veo: lo tuyo es el síndrome de Supermán. No creas, es bueno tener fe en uno mismo, a base de repetirse la misma cosa un montón de veces puede uno llegar a creérsela. Lo que pasa es que a lo mejor no somos tan fuertes como nos pensamos. A lo mejor, todo esto que te pasa te está avisando de que hay algo que no va bien, algo que tú has negado, u ocultado, o de lo que ni siquiera eres consciente.

—Mira… no creo en el psicoanálisis, me parece un invento de unos tipos maliciosos obsesionados por el sexo.

—Pues si no crees en el psicoanálisis, cree al menos en las hormonas. La adolescencia es una época de desmadre hormonal; quizás ahora, yo que sé, te acercas a la andropausia, o lo que sea, y estás pasando por otro bombardeo de sustancias que… En fin, el cerebro funciona a base de química, no es tan disparatado dejarse ayudar con un poco de química externa, para no tener que pasar todo el calvario que pasaste en la edad del pavo.

—Ya veo que tienes respuestas para todo, y que todas tienden a lo mismo: que vaya al loquero.

—Lo contrario sería un error, a mi modesto entender. Imagínate que la cosa va a más, que no la puedes controlar. Por mucho que no te juegues el físico, que tus gigantes no puedan hacerte daño en el plano material, al final podrían acabar afectando a lo otro, al resto de tu vida, a esa cordura de la que tanto, y con razón, presumes. Y además, esas experiencias te hacen sufrir, te angustian, según tú mismo me has dicho; no las puedes ignorar aunque quieras.

—Me angustian porque son muy reales, son brutalmente reales, y mi razón me dice que eso es imposible. Pero ahí están. Ya te he contado lo del perro, lo viví con una gran intensidad, con todo lujo de detalles. ¿De dónde podría haber sacado yo el "material" para componer ese delirio? No existen perros de… de quinientos kilos.

—Pero existen perros, y existen caballos, por separado. Tú mismo has dicho que al principio te pareció que era un caballo. Lo único que has hecho, ha sido juntar las dos cosas o… o mejor aún… espera: a lo mejor lo has sacado de una experiencia de la infancia, eso es, de la primera infancia; algo que no quedó en la memoria consciente, pero sí en la inconsciente, precisamente porque fue una experiencia traumática. Fíjate, todo coincide: para un niño de… yo qué sé, de uno o dos años, la proporción con un perro grande habría sido la misma que tu describes. Eso lo explicaría todo, bueno, o casi todo.

García se quedó unos segundos en silencio, dirigiendo a su interlocutor una mirada valorativa, una media sonrisa en la que apuntaba la curiosidad, y también la admiración.

—A este paso… no necesitaré ir al psiquiatra. Ya me curarás tú en dos sesiones. ¿Cómo es que sabes tanto de todo esto, de psiquiatría y…?

—Viví un caso muy de cerca —dijo Marqués—, en mi familia, y me interesé por el asunto… Si no doy más detalles es por respeto a la persona, a la persona interesada, que, por los motivos que sea, no quiere que se sepa.

Marqués dio un respingo al mirar su reloj de pulsera.

—¡Pero si es tardísimo! —dijo, al tiempo que se levantaba—. Vamos a llegar tarde, y tú ni siquiera te has comido el bocadillo. Venga, vamos a pagar a la barra. Diles que te lo envuelvan, y te lo llevas.

García dio un trago prolongado a su cerveza mientras se ponía en pie, y cogió el bocadillo envolviéndolo con la servilleta.

—Espera, pago yo, que soy el que te ha liado en esto —dijo García, al ver que su compañero se encaminaba a la caja rebuscando en un bolsillo.

Poco después, apoyado en la barra, apuntando con un billete de veinte euros a la zona en la que se movía el camarero, García le dijo a Marqués:

—Esta noche hablaré de todo esto con mi mujer. Cenaremos en algún sitio para poder hablar con calma. Seguro que me dice lo mismo que tú, porque… es muy inteligente, y muy sensata.

Los dos amigos salieron a la calle, y al final coincidieron en la escalera de la oficina con los compañeros que habían desayunado en el sitio de siempre. García trabajó con eficacia durante toda la mañana. Al mediodía, como acostumbraba a hacer la mayoría de las veces, comió solo. Lo hacía en un restaurante céntrico y muy concurrido, en el que le reservaban tácitamente un rincón apartado, con una mesa individual y un periódico que iba leyendo sin prisas mientras daba cuenta del menú.

A lo largo del día, Marqués hizo para él unas gestiones, unas llamadas, y a media tarde le pasó una nota con el nombre y el teléfono de un psiquiatra que, según le dijo, “era el mejor que había”. “Hay algunos psicólogos —añadió—, una que es bastante buena, pero mejor asegurar el tiro. Luego, si no te convence, siempre puedes cambiar.”

García, que ya había podido hablar con su mujer, y había quedado con ella para cenar, llamó aquella misma tarde, desde la oficina, al número que le había dado Marqués. Le respondió el propio psiquiatra —o así lo entendió él—, una voz neutra, más bien inexpresiva, con la que acabó concertando una visita para el día siguiente. La hora acordada era un poco rara, al mediodía, y le obligaría a comer más tarde de lo acostumbrado, pero las otras opciones se retrasaban hasta

la semana siguiente, de modo que prefirió liquidar el asunto cuanto antes.

Satisfecho por el éxito que habían tenido todas sus gestiones, García salió de la oficina con la intención de ir a su casa, para ducharse y cambiarse de ropa para la cena. En el momento de salir a la calle, no pudo evitar el sentir una cierta aprensión, y abrió la puerta mirando cautelosamente en las dos direcciones. Pero no vio nada raro. Al fondo de la calle, recortado con nitidez contra los aleros de los tejados, el cielo todavía conservaba algo de la claridad diurna. Las cuatro o cinco personas que pasaban a esa hora por la calle no tenían nada de alarmante, y él empezó a andar en dirección a su casa. Entonces se acordó de que Mara le había pedido que comprara algo de fruta. Se lo había dicho cuando hablaron por teléfono, para acordar la cena; García lo había olvidado, ocupado en el asunto del psiquiatra, pero ahora, en el último momento, se acordaba de golpe de esa pequeña obligación. Era Mara la que hacía casi todas las compras, por la mañana; pero no era raro que al llegar a casa García se encontrara con una nota pegada en la nevera que le obligaba a salir a la calle, en busca de las provisiones que su mujer había olvidado —o no había podido— comprar.

García dio media vuelta, pasó de nuevo frente a la puerta de la oficina, y siguió adelante en dirección a la plaza del ayuntamiento, que no quedaba muy lejos, en cuyas inmediaciones había una frutería a la que había recurrido en ocasiones similares. Cuando ya estaba cerca de su destino —todavía en la plaza del ayuntamiento—, oyó a su izquierda una voz que le llamaba desde la terraza de un bar. Miró en aquella dirección y vio a su amigo Torrente, que le hacía un gesto con el brazo desde una de las mesas de la terraza. García se paró, y se quedó en silencio, inmóvil, mirando a su amigo.

—Sí, sí, soy yo —le dijo éste—, no soy Adrien Brody.

García esbozó una sonrisa forzada.

—¿A dónde vas? Siéntate aquí un momento.

Pero García no era capaz de moverse. Desde el primer momento, había notado algo raro al ver a su amigo. Torrente era alto y delgado, realmente alto para ser un hombre de su generación —estaba más cerca de los sesenta que de los cincuenta años—; tenía un rostro largo, vagamente equino, y él mismo se anticipaba y bromeaba con su razonable parecido con el famoso actor. Todo eso estaba ahí, conocido y reconocible, llamándole desde una mesa de un bar. Pero esta vez, además, había algo desconcertante, algo descompensado y turbador. No había mucha luz, porque la noche se había engolfado ya en aquella plaza, y la terraza se contentaba con el alumbrado público, pero a García le pareció, desde el primer momento, que su amigo era más grande de lo normal. Su primer impulso fue el de huir, seguir adelante

pretextando una prisa inaplazable, con alguna frase lanzada al boleo, desde la distancia. Y no obstante se obligó a sí mismo a acudir a la llamada, en un intento de racionalizar sus temores, anhelando descubrir que se había equivocado, que su primera impresión había sido engañosa.

Pero a medida que, sorteando las otras mesas, se acercaba a la que ocupaba su amigo, el rostro de García se fue congelando en una expresión de asombro y de temor. Era imposible precisar, desde su posición sentada, que altura tendría Torrente cuando se pusiese en pie, pero García vio que la mesa —que era, como todas las de aquel local, de madera, y bastante grande— resultaba pequeña y estrecha bajo los brazos del gigante encorvado, que sostenía un vaso diminuto con una mano enorme, mientras la mitad de sus piernas estiradas sobresalía por delante de la mesa.

—Siéntate, hombre, siéntate; hacía tiempo que no… Oye ¿Te encuentras bien?

Haciendo un terrible esfuerzo por controlarse, García consiguió componer una sonrisa y una frase convencional de explicación. Torrente, que se había quedado quieto, mirándolo con sorprendida curiosidad, dio por bueno el cambio de actitud y encogió las piernas con alguna dificultad, tocando la mesa con las rodillas, para que su amigo pudiera acercar una silla y sentarse.

—Pide algo y me acompañas. Paga la casa —dijo Torrente, jugueteando con el palillo de una tapa que, a juzgar por el platillo vacío sobre la mesa, ya había consumido.

Durante unos minutos, García asistió al monólogo de su anfitrión. Instalado en una náusea sorda y mareante, en una angustia latente, observaba con estupor el palillo que se perdía, como una brizna, entre los dedos larguísimos; el vaso de cerveza convertido en un dedal; el rostro de Torrente que le hablaba con su característico cabeceo, como el de un pájaro, que se inclinaba hacia él y aun así quedaba muy alto, muy arriba, de modo que García tenía que levantar la cabeza para mirarle, para mirar esas gafas enormes, cuadradas y pobladas de brillos, como dos faros. Y, sin embargo, era evidente que su amigo no notaba nada de eso: hablaba y hablaba sin parar, al no verse interrumpido, y García —por encima de la náusea creciente— seguía aunque no quisiera el discurso previsible, ya conocido, pues era repetitivo y calcado al de tantas otras veces.

Todavía no había aparecido el camarero, y Torrente hizo ademán de levantarse, al tiempo que decía “¿Qué quieres tomar?”, pero García saltó de la silla, como impulsado por un resorte. “¡No te levantes!” dijo casi a voz en grito, y se disculpó atropelladamente, farfullando una excusa —había olvidado algo, tenía que marcharse— y salió de la terraza tropezando con las mesas, corriendo, sin preocuparse, sin

querer ver el resultado de su extraña despedida, la cara de sorpresa y de desconcierto que debía poner su amigo en aquel momento.

García anduvo a toda prisa, sin rumbo fijo, impulsado en un principio por la simple necesidad de alejarse cuanto antes del lugar en el que quedaba Torrente, y después por una inercia ciega, ya sin objetivo alguno, que le hizo deambular erráticamente, siempre por las calles más céntricas, las más concurridas, posponiendo el momento de volver a su casa y quedarse a solas con sus obsesiones, aunque sólo fuera durante el tiempo de darse una ducha y cambiarse de ropa. Y no es que en ese momento, en la calle, no le atosigaran sus pensamientos; muy al contrario, le ocupaban por completo, le dominaban, le tiranizaban hasta el extremo de que sólo una pequeña porción de su voluntad quedaba libre, ocupada en la tarea banal de hacerle callejear sin descanso. Pero en la calle al menos podía andar, y sobre todo podía retroceder, dar media vuelta y escapar, si se encontraba con algo desagradable.

Cuando salió de la oficina todavía faltaba más de una hora y media para el momento en que debía encontrase con Mara. Pero ahora la noche iba cayendo, oscurecía a marchas forzadas, y cada vez le quedaba menos tiempo para una ducha que, por otra parte, resultaba más necesaria que nunca, a causa de la caminata larga y presurosa que estaba haciendo. García deambuló por aceras llenas de gente, por plazas y avenidas en las que reinaba una insólita animación, una vida en la calle que anticipaba ya la trasgresión y la indulgencia de las noches de verano. “Qué raro —pensó García, en un momento dado—, todavía no ha llegado el fin de semana, y ya parece que sea sábado.” Después se dio cuenta de que toda aquella actividad se debía sin duda a una campaña que habían promovido los bares del casco antiguo desde hacía algún tiempo, con unas ofertas y unos precios especiales que hacían que el público afluyese en abundancia las noches de los jueves. Pero ese razonamiento fue sólo una breve tregua, una reacción instintiva de su mente para alejarlo, por unos segundos, de su pensamiento constante y obsesivo.

El encuentro con su amigo Torrente le había sumido en un pesimismo cercano a la desesperación: no sólo confirmaba sus peores miedos, sus más negras previsiones, sino que además venía a añadir nuevos elementos en los que se podía propagar su delirio, pues ahora la aparente transformación, aquello que le decían con toda claridad sus sentidos, se había producido en una persona conocida, de la que García tenía una imagen muy clara y delimitada, elaborada durante años de trato y de encuentros ocasionales. En los peores momentos, mientras sus piernas le llevaban hacia adelante por puro instinto, García sentía que iba a perder el control, que se dejaría llevar por el pánico, y se imaginaba pidiendo auxilio, llamando a alguna puerta, al

hospital, a urgencias, pidiendo una pastilla, una inyección, algo que le hiciera dormir o que le sumiera en la inconsciencia. Luego, al cabo de unos minutos, recuperaba la sangre fría, se decía a sí mismo que las alucinaciones habían sido siempre muy concretas, muy circunstanciales, y que por lo tanto no le sería difícil rehuirlas. Se consolaba pensando que en ese momento no veía nada raro, que al fin y al cabo había seguido los pasos correctos, y que tenía una cita con el psiquiatra, concertada para el día siguiente, a unas pocas horas vista.

En uno de esos momentos de combatividad, llegó a la conclusión de que tenía que controlarse, y seguir rigurosamente el programa de actuación que se había impuesto. Rechazó, no obstante, la posibilidad de comprar la fruta, porque significaba meterse en una tienda, en una encerrona que planteaba demasiadas incertidumbres; pero en cambió encontró la fuerza para vencer la inercia de su deambular y caminó por fin en dirección a su casa. Pensó que ojalá todo aquello fuera un sueño, una de esas pesadillas pegajosas que te van angustiando, que te amargan la vida, hasta que te das cuenta de que la vida no era tal, sino un sueño. Y entonces descubres lo agradable, el placer tan sencillo e infalible que es despertar a la verdadera vida; esa vida mediocre, de pequeños placeres y pequeñas miserias, que entonces, en el momento de escapar de la pesadilla, parece tan gratificante y maravillosa.

Mientras se aproximaba a su casa, García iba pensando que, por desgracia, esta vez no se trataba de un sueño, sino de una realidad terrible, de una enfermedad —mental, en este caso—: una de esas cosas que todo el mundo teme, pero que nadie, en su fuero interno, cree que vaya a padecer. Y su pensamiento le llevó a la reflexión, al razonamiento teórico de que tantos tópicos mil veces repetidos, como levantar los ojos al cielo, pedir ayuda a Dios o desear que todo sea un sueño, son un producto instintivo de la desesperación, proceden de la realidad, y no de la imaginación de escritores y guionistas.

Por fin llegó a su casa. El piso estaba vacío y silencioso, y García se encontró con buena parte de la compra —que había hecho Mara, por la mañana—, todavía dentro de las bolsas de plástico, encima de la mesa de la cocina. Sin ni siquiera pensarlo, impulsado por la costumbre, empezó a vaciar el contenido de las bolsas y a guardar cada cosa en el lugar correspondiente. Pensó en la irritación que le producía siempre esta actividad trivial, en el rencor sordo y mezquino que le inspiraba la dejadez de Mara, en la sensación de triunfo y de exagerada indignación con que descubría, en alguna de las bolsas, un producto que tendría que haber sido guardado en la nevera. Después, ella se defendería diciendo que tenía mucha prisa, que de todas formas, si lo guardase todo, él tampoco estaría satisfecho con el sitio en que había puesto las cosas. Ahora, desde la magnitud del drama

que estaba viviendo, esas pequeñas rencillas le parecieron sórdidas y pueriles, ridículas en su diaria repetición.

García se duchó, se cambió completamente de ropa y sintió durante unos segundos la vaga satisfacción, la disposición renovadora que este sencillo acto siempre produce. Y sin embargo, no tardaron en asaltarle las incertidumbres oscuras que le venían atormentando desde hacía una hora, unidas a otras nuevas e inquietantes que suscitaba la inminencia de su encuentro con Mara. Por más que lo intentaba, no era capaz de imaginar cómo se desarrollaría su conversación ¡Hacía tanto tiempo que no hablaban de verdad de ellos mismos, de sus verdaderas preocupaciones! Todo se daba por sabido, por sobreentendido. Llegaron a conocerse tanto que ahora ya no había nada que hablar; conocían demasiado bien todos sus defectos, y sus virtudes; y sabían perfectamente lo que les estaba ocurriendo como pareja ¿qué necesidad había de hablar de ello, si los dos lo sabían? Eran demasiado inteligentes, demasiado lúcidos y analíticos como para ignorarlo. Pero ahora sí, ahora tendrían que hablar, ahora había algo realmente importante de lo que hablar, un problema serio, muy serio, que padecía él pero que también, como no podía ser menos, le afectaba a ella. Y al final García acabó pensando que la charla con Mara, la explicación de lo que le estaba ocurriendo, no sólo era inevitable, sino que además le resultaría beneficiosa —como beneficiosa había sido su conversación con Marqués—, porque le obligaría una vez más a poner orden en sus pensamientos, y además Mara era una mujer serena y receptiva, y no se dejaría impresionar por lo que García pudiera contarle, por muy terrible que fuese.

Con este ánimo, vestido ya y atildado, se decidió a salir de casa. Entonces se dio cuenta de que se le había hecho un poco tarde, porque el reloj marcaba precisamente la hora a la que había quedado con Mara. Pero el restaurante no estaba lejos. García se internó a buen paso en el intrincado laberinto de calles del casco antiguo, y en unos pocos minutos llegó al lugar de la cita. Acabó el recorrido casi a la carrera, en parte para no llegar tarde, y también por el temor a encontrarse con otra de sus visiones. El restaurante, en realidad una vinatería, era caro y con una carta reducida, a base de ensaladas y fiambres de calidad, pero García lo había escogido porque era tranquilo y acogedor, con una luz cálida que resultaba muy agradable y una serie de mesas colocadas en rincones estratégicos.

Todavía en la calle, García miró al interior por un ventanal amplio que había al lado de la puerta, y lo que vio le dejó clavado frente al cristal, incapaz de moverse, incapaz de dar los dos pasos que le separaban de la puerta de entrada al local. Lo primero que vio fue a un gigante, una mujer gigante que se movía allí dentro, por entre las mesas. Después se dio cuenta, con un estremecimiento de pánico, de

que aquella mujer era Mara. García reconocía cada movimiento, cada gesto, la forma de andar, el peinado, la ropa que llevaba puesta, la sonrisa. Todo era lo habitual, lo de siempre, sólo que con un tamaño, en una proporción con todo lo que la rodeaba, que la convertía en algo monstruoso, y de alguna manera grotesco. El local era irregular, con espacios a diferentes niveles y algunas rampas de suave pendiente. Mara, con el abrigo colgado del brazo, seguía al camarero con cierta torpeza, encorvándose exageradamente y mirando hacia arriba, para no tocar el techo con la cabeza. Al final de una breve rampa, el camarero se detuvo frente a una mesa solitaria, resguardada entre una columna y la pared. Mara despidió al camarero con una sonrisa, inclinó y plegó trabajosamente su cuerpo hasta hacerlo caber en el espacio que quedaba entre la silla y la mesa, y en cuanto estuvo sentada empezó a consultar su teléfono móvil. De pronto alzó la cabeza, y miró a su alrededor. García se apartó de un salto, porque en su barrido rápido pero totalizador, los ojos de Mara habían apuntado por un instante a la ventana tras la que él se encontraba. Pero la de la giganta era la mirada miope de quien acaba de levantar la vista de la lectura y no ha tenido tiempo de enfocar, y era evidente que no le había visto, porque —según pudo comprobar García, asomando con cautela un único ojo— al poco rato estaba de nuevo consultando el teléfono con la misma indiferencia de hacía unos segundos.

De nuevo sintió cómo se derrumbaba, de un solo golpe brutal, toda la serenidad y la esperanza frágil que con tanta dificultad había conseguido edificar —después de su última alucinación— durante una interminable hora de dudas y reflexiones. Pero ahora, además, tenía que hacer algo, tenía que actuar, porque su mujer estaba allí, en el restaurante, esperando su llegada. Pero él no podía llegar. Por encima del miedo, de la sofocada angustia, de la necesidad que tenía en este caso de tomar alguna decisión y actuar cuanto antes, sintió García la certeza de que no podía entrar allí, que no sería capaz, que no tendría fuerzas para sentarse delante de Mara —de esa Mara absurda e inconcebible que ahora estaba viendo— y hablar con ella con una mínima coherencia, fuera para confesarle abiertamente lo que estaba viendo, o para disimular y explicarle tan sólo lo otro, las otras alucinaciones, las que nada tenían que ver con ella. No, no sería capaz, su mente retrocedía asustada en cuanto intentaba imaginar los detalles concretos de lo que sería aquella escena, el rostro de ella mirándole desde aquella altura, la posibilidad de que, sin previo aviso, alargara una mano para tocar la suya por encima de la mesa… Apartó de su mente aquellas imágenes estremecedoras. Una vez más sintió cómo la angustia se apoderaba de su mente, y una vez más hizo denodados esfuerzos por no dejarse arrastrar por ella. Se apartó de la ventana y empezó a desandar el camino que había hecho, como si

quisiera volver a su casa; pero se alejó de ésta, la dejó atrás y siguió andando con un impulso centrífugo, que le llevaba hacia los barrios periféricos de la pequeña ciudad provinciana. Mientras tanto, iba pensando. Pensó en llamar a Mara por teléfono, después en enviar un mensaje, y después de nuevo en llamarla, aunque ello significaba preparar muy bien lo que pensaba decir, y tener capacidad de reacción, de improvisación, en caso de que ella le descolocara con alguna pregunta inesperada.

Al final decidió que le enviaría un mensaje. No sería ni rápido ni fácil, por su escasa habilidad en el manejo del teléfono, y porque la redacción del texto tenía que ser muy precisa y bien meditada. Buscó un banco para sentarse, bajo una farola —caminaba por una avenida ancha y solitaria, que moría ya a campo abierto— y sacó el teléfono con la intención de empezar a teclear. Entonces se dio cuenta de que tampoco podía ir a dormir a su casa esa noche, que no podía exponerse a un encuentro con Mara hasta que no hubiera hablado con el psiquiatra, hasta que no hubiera empezado a tomar la medicación que sin duda alguna iba a recetarle. Se trataba, tan solo, de un inoportuno desfase, de unas pocas horas que tenía que cubrir como fuese —tendría que buscar un hotel para pasar la noche—, y que ahora, con unas pocas palabras, tenía que justificar de forma que se entendiera, pero que tampoco resultara demasiado alarmante. Por su mente pasó la idea de inventarse una mentira, una inaplazable llamada de auxilio de algún familiar lejano, de su amigo Marcos, o mejor, de su hermano. Sí, eso: un viaje relámpago a París, por algún asunto que se tendría que inventar. Poco tardó en rechazar esa idea, por absurda, porque necesitaría —como todas las mentiras— de una cadena de pequeñas mentiras suplementarias, y porque Mara conocía todos sus contactos, e incluso era ella la que se había preocupado de guardar todos los teléfonos y las direcciones, y podía acceder en unos pocos segundos, con mucha más facilidad que él, a cualquiera de esas personas supuestamente necesitadas de auxilio.

Al final acabó redactando un texto muy neutro, en el que suprimió incluso cualquier referencia a la salud, y que en esencia incidía en su imposibilidad de contactar con ella hasta el día siguiente, aplazando para ese momento todas las explicaciones. Concluía el mensaje tranquilizando a su destinataria, y asegurándole que su ausencia nada tenía que ver con la infidelidad ni con su vida de pareja.

Una vez hubo repasado el texto varias veces, y enviado el mensaje, empezó a pensar en el asunto del hotel. Rechazó de buen principio la idea de ir a alguno de los hoteles del extrarradio, establecimientos de medio pelo, aunque modernos y confortables, que habían nacido al amparo de la autopista y la carretera general. Lo rechazaba porque significaba tener que sacar el coche del garaje, que estaba en los bajos

del edificio de su vivienda, y por lo tanto le exponía a un encuentro con Mara. Por el mismo motivo, y considerando que se acababa de duchar y cambiar de ropa, no se arriesgó a pasar por el piso a recoger un pijama, una muda de ropa o el cepillo de dientes, convencido de que —aun en el hipotético caso de que tuviera que pasar una segunda noche fuera de casa— podía hacerse con esos objetos al día siguiente, por la tarde, antes de entrar en la oficina.

Decidió ir al antiguo hotel de la plaza del mercado, el único —aparte de algunas fondas de dudosa categoría— que estaba en el núcleo urbano de la población. El hotel, con un nombre que hacía referencia al pasado romano de la comarca, había recuperado hacía poco su tercera estrella, con una reforma que había traído consigo el último cambio de propietario.

García sólo quería dormir: cenar algo y acostarse cuanto antes, dormir como un tronco hasta las ocho, y luego pasar la mañana en la oficina, hasta la hora de ir a ver al psiquiatra. Se levantó del banco, dispuesto a recorrer, caminando sin prisas, el kilómetro escaso que le separaba del hotel. Entonces sonó su teléfono. Cuando vio que era una llamada de Mara, dejó que siguiera sonando en su bolsillo mientras empezaba a andar en la dirección contraria a la que le había llevado hasta allí.

Cenó en el mismo hotel, en un comedor silencioso y no muy bien iluminado, en el que él era el único comensal. Un camarero, tan silente como el propio comedor, asistió desde una esquina de la barra a toda la cena de García, con la única tregua de los pocos momentos en que desaparecía en busca del siguiente plato.

La habitación, en la que se notaba el reciente cambio de decoración, resultó limpia y acogedora. García —que por no traer, ni siquiera se había traído un libro— miró la televisión desde la cama, hasta que la somnolencia le hizo apagarla. Como le había ocurrido la noche anterior, se durmió sin ninguna dificultad, como si el cuerpo, sabiamente, compensase con el olvido transitorio del sueño los sufrimientos que estaba padeciendo la mente.

Los habituales pitidos del despertador hicieron emerger a García de un sueño denso y oscuro. La consciencia, la memoria, se incorporaron perezosamente, ajustándose con un cierto retraso a la elemental evidencia física de la existencia, del sopor, del cuerpo que se despereza y pide actividad. Pocos segundos tardó ese cuerpo recién nacido en recibir el peso, la carga de una identidad, de unos deberes, de unas imperfecciones, de unos problemas acuciantes que había que resolver sin demora aquel mismo día. García recordó con minuciosa precisión su vívida experiencia del día anterior: los dos gigantes, el perro, el pánico paralizador, con que vivió el episodio. También recordó que tenía que ir a trabajar, que dentro de una hora tenía que estar en la oficina, y que tendría que encontrar algún momento, durante el día, para empezar a buscar algún especialista, un psicólogo o un psiquiatra, aunque fuera por internet, y que tenía que encontrar la manera de contactar con Mara y concertar una buena charla con ella, para que no volviera a ocurrir lo de la noche anterior. “Ya está: cenaremos fuera —pensó García—, sin platos, ni cocina, ni televisión.”

La posibilidad de despertarla en aquel mismo momento estaba descartada de antemano. Se había acostado en la habitación de invitados, como hacía a menudo cuando volvía tarde, para no molestar a García con su llegada, para no ser molestada ella misma, y él sabía muy bien que Mara necesitaba un silencio y una oscuridad totales a aquella hora de la mañana, para aprovechar al máximo las horas de sueño que le permitía su peculiar horario laboral, y que cualquier violación de aquella regla que no fuese por una cuestión de vida o muerte contaría desde el principio con una franca animadversión. “Caramba —pensó—, al fin y al cabo la cosa tampoco es tan grave. No me he vuelto loco, al menos de momento. Despertarla ahora sería admitir que he perdido el control.” Y, en verdad, no lo había perdido; en aquellos momentos se encontraba bien, como siempre que se levantaba y tomaba el primer café. La sombra ominosa de una posible enfermedad no era más que una amenaza muy vaga, y García se sentía con fuerzas para enfrentarse a ese problema como hacía con todos, metódicamente, paso a paso, pero con determinación. Decidió dejarle a Mara una nota en algún lugar visible, un escrito que al final resultó bastante extenso, en el que le avisaba de la necesidad de hablar de un tema importante, le proponía la cena en un restaurante, y además le marcaba una hora concreta para un contacto telefónico, sabedor de lo azaroso, de lo incierto que era a veces conseguir que su mujer contestara al teléfono. No tenía ninguna duda

de que el aviso sería atendido. En el contexto de sus peculiares hábitos de convivencia, basados en la no intromisión, en el más absoluto respeto a las actividades particulares del otro, aquella nota adquiría una dimensión de alarma y excepcionalidad que no sería desoída.

García salió de casa con decisión, cargado de energía y con las fuerzas intactas para enfrentar un día que nada tenía de rutinario. Y aun así, no pudo evitar una cierta sensación de inquietud, de desvalimiento, cuando se vio en la calle; porque la calle se había convertido para él en un lugar inseguro, en el que podía ocurrir, precisamente, aquello que más temía. Tal vez por eso arrancó con decisión, con paso firme, en actitud retadora. Pensó en la posibilidad de que apareciera de nuevo, en la siguiente bocacalle, uno de aquellos gigantes; intentó imaginar qué actitud adoptaría, y hasta llegó a creer que lo enfrentaría con curiosidad, con espíritu científico, intentando encontrar los límites de una alucinación que, en realidad, no comportaba ningún riesgo físico para él, y que hasta el momento sólo le había producido miedo, un mero trastorno emocional. Pero cuando imaginó en su mente algunos detalles concretos, como la posibilidad de un contacto físico, un tocar con su mano la mano del gigante, o el brazo, sintió un vértigo repentino y un amago de terror en el estómago que le hizo abandonar de inmediato aquellas elucubraciones.

Se centró en aspectos de índole práctica, en la organización mental de todas las cosas que tenía que hacer aquel día, y llegó a la oficina sin que le ocurriera nada excepcional. Durante la primera hora de trabajo, y aprovechando un momento en que Marqués pasó junto a su mesa, García le pidió que desayunará con él, a solas, en un bar diferente al que frecuentaba el resto de los compañeros. Marqués accedió con prontitud, sin hacer ninguna pregunta, y una hora más tarde estaban ambos sentados en las espaciosas butacas de un local un tanto pretencioso, sin duda menos atractivo para el desayuno de las nueve y media que el otro, ruidoso y popular, con su apetitoso surtido de tapas y de bocadillos, y su plancha activa y humeante. “Nos va a salir cara la broma —le dijo Marqués en un expresivo aparte, cuando ya habían pedido sendos bocadillos de jamón de bellota—. Y el tamaño no es para indigestarse, que digamos.”

Cinco minutos más tarde, García ya le había contado, sin omitir ningún detalle, su encuentro con los gigantes de la noche anterior. Marqués le escuchó con mucha atención, mientras masticaba a toda prisa su bocadillo. Después se limpió la boca con la servilleta concienzudamente, con la morosidad del que tiene la mente ocupada en otra cosa, mientras García le daba algún mordisco desganado a su propio bocadillo.

—¡Buf! —dijo Marqués, con un gesto un tanto cómico, mientras

echaba mano a su copa de vino tinto—. Déjame que eche un trago primero.

García, muy sereno, con una suerte de seria cordialidad, esperó a que su compañero echase el trago. Después de pasarse la servilleta por los labios, Marqués tomó de nuevo la palabra:

—Bueno, parece que esta vez estamos ante algo… un poco más serio.

—Eso parece.

—Sí, es evidente. Es evidente, porque… en este caso la “visión”, o como lo quieras llamar, es mucho más elaborada.

—Y no sólo era visión: te digo que hasta noté el olor del perro, y su aliento: un aliento húmedo, y caliente.

—Sí, ya me he dado cuenta, lo has… lo has explicado muy bien. Ya veo que esta vez participaban todos los sentidos en la alucinación.

—No, afortunadamente, no todos.

—¿Por qué dices “afortunadamente”?

—Porque el tacto no. No hubo contacto. Me da pánico pensar que uno de esos… que me pueda tocar.

—Pero… está claro que es algo que ha creado tu mente. Por sus propias características, tiene que ser una experiencia alucinatoria. Lo único… lo único que faltaría saber es si te la inventaste, es decir, si la creaste tú por completo, o si simplemente deformaste, o amplificaste una presencia real; vamos, que realmente pasó una pareja, con un perro, pero no eran tan grandes.

—No sé…

—¿Y no lo vio nadie más? ¿No pasaba más gente por la calle?

—Luego apareció una mujer. Yo… yo le quise preguntar si los había visto, pero se escapó —García esbozó una sonrisa—. Debía de parecer un loco, me di cuenta en el mismo momento. No estaba en condiciones de hablar con nadie. Pero no sé ni siquiera si coincidieron en la calle, la mujer y los gigantes; yo me quedé petrificado, estaba… estaba completamente bloqueado por el pánico; era incapaz de hacer nada, nada más que mirar cómo aquellos gigantones seguían adelante, calle abajo, hasta que desaparecieron por la primera bocacalle.

—Y la mujer apareció después.

—Sí, después. O al mismo tiempo, no sé. También venían otras personas, algo más lejos; pero ya no intenté hablar con nadie más. Espero que no me conociera ninguno de ellos, con la pinta de loco que debía de tener en ese momento.

—Bueno —dijo Marqués, sonriendo—, está claro que no estás loco; razonas estupendamente, pero eso no quiere decir que tu mente no sea capaz de crear una alucinación; algo que, por muy circunstancial, por… por muy aislado que sea, no deja de ser una disfunción.

Hombre, está claro que tendrías que ir a un especialista, aunque sólo sea para tranquilizarte, para que ponga las cosas en su justa dimensión.

—¿Quieres decir un psiquiatra?

—Bueno… o un psicólogo. Puedes empezar por un psicólogo. De todas formas, lo más probable es que te acabe derivando a un psiquiatra. Ah, y prepárate para que te den medicación; siempre lo hacen cuando hay alucinaciones.

—Ya, ya me lo imaginaba… Y no me hace mucha gracia, como podrás comprender.

—Lo entiendo muy bien, pero, a mi modesto entender, creo que deberías encarar el asunto con otra mentalidad. Hay que verlo como lo que es, como un simple problema de salud. Yo conozco personas que tuvieron un brote esquizofrénico, en un momento determinado de su vida, y ahora son personas completamente normales. Si se controla a tiempo, y se vigila, y se toma una medicación cuando es necesaria… El problema es que tendemos a ver la enfermedad mental como una cosa vergonzante, como una lacra que desprestigia al total de la persona. Y no es así.

—Conozco el discurso políticamente correcto, y me parece… pues eso, muy correcto, muy bien elaborado; pero yo nunca he sido muy partidario de la medicación, en general, incluso para enfermedades puramente físicas.

—Pero cuando te duele la cabeza te tomas una aspirina, para poder trabajar…

—Tienes razón. A ver: yo me doy cuenta de que tienes toda la razón. Por eso te he pedido consejo, porque estoy viendo que eres precisamente el tipo de interlocutor que necesito: muy razonable, muy razonador. Pero también comprenderás que me quede algún escrúpulo, alguna duda…

—¿Duda de qué? ¿de si han empezado a aparecer gigantes por la comarca?

—No, hombre, eso no, pero… me resisto a entrar en la rueda de los psiquiatras y de que me intenten arreglar, cuando yo, de cabeza, estoy muy entero. Soy equilibrado, qué caramba, soy estable. Tuve mis momentos de confusión, en la adolescencia: el cambio fue para mí muy traumático, viví el despertar a la sexualidad de una forma muy atormentada; pero precisamente porque pasé por todo eso yo solo, sin… casi sin ayudas, y salí adelante, y no me volví loco, ni me quedé tarado, pues el resultado es que soy… me considero una persona muy fuerte. No sé… Cuando veo la cantidad de gente que necesita tomar pastillas, y aun así está siempre con problemas… Yo, en realidad, me encuentro muy bien. Y solamente ahora, al final, en cosa de un mes,

he tenido dos momentos, dos momentos muy breves, en los que parece que sí, que algo, algún cable, se ha cruzado.

—Ya veo: lo tuyo es el síndrome de Supermán. No creas, es bueno tener fe en uno mismo, a base de repetirse la misma cosa un montón de veces puede uno llegar a creérsela. Lo que pasa es que a lo mejor no somos tan fuertes como nos pensamos. A lo mejor, todo esto que te pasa te está avisando de que hay algo que no va bien, algo que tú has negado, u ocultado, o de lo que ni siquiera eres consciente.

—Mira… no creo en el psicoanálisis, me parece un invento de unos tipos maliciosos obsesionados por el sexo.

—Pues si no crees en el psicoanálisis, cree al menos en las hormonas. La adolescencia es una época de desmadre hormonal; quizás ahora, yo que sé, te acercas a la andropausia, o lo que sea, y estás pasando por otro bombardeo de sustancias que… En fin, el cerebro funciona a base de química, no es tan disparatado dejarse ayudar con un poco de química externa, para no tener que pasar todo el calvario que pasaste en la edad del pavo.

—Ya veo que tienes respuestas para todo, y que todas tienden a lo mismo: que vaya al loquero.

—Lo contrario sería un error, a mi modesto entender. Imagínate que la cosa va a más, que no la puedes controlar. Por mucho que no te juegues el físico, que tus gigantes no puedan hacerte daño en el plano material, al final podrían acabar afectando a lo otro, al resto de tu vida, a esa cordura de la que tanto, y con razón, presumes. Y además, esas experiencias te hacen sufrir, te angustian, según tú mismo me has dicho; no las puedes ignorar aunque quieras.

—Me angustian porque son muy reales, son brutalmente reales, y mi razón me dice que eso es imposible. Pero ahí están. Ya te he contado lo del perro, lo viví con una gran intensidad, con todo lujo de detalles. ¿De dónde podría haber sacado yo el “material” para componer ese delirio? No existen perros de… de quinientos kilos.

—Pero existen perros, y existen caballos, por separado. Tú mismo has dicho que al principio te pareció que era un caballo. Lo único que has hecho, ha sido juntar las dos cosas o… o mejor aún… espera: a lo mejor lo has sacado de una experiencia de la infancia, eso es, de la primera infancia; algo que no quedó en la memoria consciente, pero sí en la inconsciente, precisamente porque fue una experiencia traumática. Fíjate, todo coincide: para un niño de… yo qué sé, de uno o dos años, la proporción con un perro grande habría sido la misma que tu describes. Eso lo explicaría todo, bueno, o casi todo.

García se quedó unos segundos en silencio, dirigiendo a su interlocutor una mirada valorativa, una media sonrisa en la que apuntaba la curiosidad, y también la admiración.

—A este paso… no necesitaré ir al psiquiatra. Ya me curarás tú en dos sesiones. ¿Cómo es que sabes tanto de todo esto, de psiquiatría y…?

—Viví un caso muy de cerca —dijo Marqués—, en mi familia, y me interesé por el asunto… Si no doy más detalles es por respeto a la persona, a la persona interesada, que, por los motivos que sea, no quiere que se sepa.

Marqués dio un respingo al mirar su reloj de pulsera.

—¡Pero si es tardísimo! —dijo, al tiempo que se levantaba—. Vamos a llegar tarde, y tú ni siquiera te has comido el bocadillo. Venga, vamos a pagar a la barra. Diles que te lo envuelvan, y te lo llevas.

García dio un trago prolongado a su cerveza mientras se ponía en pie, y cogió el bocadillo envolviéndolo con la servilleta.

—Espera, pago yo, que soy el que te ha liado en esto —dijo García, al ver que su compañero se encaminaba a la caja rebuscando en un bolsillo.

Poco después, apoyado en la barra, apuntando con un billete de veinte euros a la zona en la que se movía el camarero, García le dijo a Marqués:

—Esta noche hablaré de todo esto con mi mujer. Cenaremos en algún sitio para poder hablar con calma. Seguro que me dice lo mismo que tú, porque… es muy inteligente, y muy sensata.

Los dos amigos salieron a la calle, y al final coincidieron en la escalera de la oficina con los compañeros que habían desayunado en el sitio de siempre. García trabajó con eficacia durante toda la mañana. Al mediodía, como acostumbraba a hacer la mayoría de las veces, comió solo. Lo hacía en un restaurante céntrico y muy concurrido, en el que le reservaban tácitamente un rincón apartado, con una mesa individual y un periódico que iba leyendo sin prisas mientras daba cuenta del menú.

A lo largo del día, Marqués hizo para él unas gestiones, unas llamadas, y a media tarde le pasó una nota con el nombre y el teléfono de un psiquiatra que, según le dijo, “era el mejor que había”. “Hay algunos psicólogos —añadió—, una que es bastante buena, pero mejor asegurar el tiro. Luego, si no te convence, siempre puedes cambiar.”

García, que ya había podido hablar con su mujer, y había quedado con ella para cenar, llamó aquella misma tarde, desde la oficina, al número que le había dado Marqués. Le respondió el propio psiquiatra —o así lo entendió él—, una voz neutra, más bien inexpresiva, con la que acabó concertando una visita para el día siguiente. La hora acordada era un poco rara, al mediodía, y le obligaría a comer más tarde de lo acostumbrado, pero las otras opciones se retrasaban hasta

la semana siguiente, de modo que prefirió liquidar el asunto cuanto antes.

Satisfecho por el éxito que habían tenido todas sus gestiones, García salió de la oficina con la intención de ir a su casa, para ducharse y cambiarse de ropa para la cena. En el momento de salir a la calle, no pudo evitar el sentir una cierta aprensión, y abrió la puerta mirando cautelosamente en las dos direcciones. Pero no vio nada raro. Al fondo de la calle, recortado con nitidez contra los aleros de los tejados, el cielo todavía conservaba algo de la claridad diurna. Las cuatro o cinco personas que pasaban a esa hora por la calle no tenían nada de alarmante, y él empezó a andar en dirección a su casa. Entonces se acordó de que Mara le había pedido que comprara algo de fruta. Se lo había dicho cuando hablaron por teléfono, para acordar la cena; García lo había olvidado, ocupado en el asunto del psiquiatra, pero ahora, en el último momento, se acordaba de golpe de esa pequeña obligación. Era Mara la que hacía casi todas las compras, por la mañana; pero no era raro que al llegar a casa García se encontrara con una nota pegada en la nevera que le obligaba a salir a la calle, en busca de las provisiones que su mujer había olvidado —o no había podido— comprar.

García dio media vuelta, pasó de nuevo frente a la puerta de la oficina, y siguió adelante en dirección a la plaza del ayuntamiento, que no quedaba muy lejos, en cuyas inmediaciones había una frutería a la que había recurrido en ocasiones similares. Cuando ya estaba cerca de su destino —todavía en la plaza del ayuntamiento—, oyó a su izquierda una voz que le llamaba desde la terraza de un bar. Miró en aquella dirección y vio a su amigo Torrente, que le hacía un gesto con el brazo desde una de las mesas de la terraza. García se paró, y se quedó en silencio, inmóvil, mirando a su amigo.

—Sí, sí, soy yo —le dijo éste—, no soy Adrien Brody.

García esbozó una sonrisa forzada.

—¿A dónde vas? Siéntate aquí un momento.

Pero García no era capaz de moverse. Desde el primer momento, había notado algo raro al ver a su amigo. Torrente era alto y delgado, realmente alto para ser un hombre de su generación —estaba más cerca de los sesenta que de los cincuenta años—; tenía un rostro largo, vagamente equino, y él mismo se anticipaba y bromeaba con su razonable parecido con el famoso actor. Todo eso estaba ahí, conocido y reconocible, llamándole desde una mesa de un bar. Pero esta vez, además, había algo desconcertante, algo descompensado y turbador. No había mucha luz, porque la noche se había engolfado ya en aquella plaza, y la terraza se contentaba con el alumbrado público, pero a García le pareció, desde el primer momento, que su amigo era más grande de lo normal. Su primer impulso fue el de huir, seguir adelante

pretextando una prisa inaplazable, con alguna frase lanzada al boleo, desde la distancia. Y no obstante se obligó a sí mismo a acudir a la llamada, en un intento de racionalizar sus temores, anhelando descubrir que se había equivocado, que su primera impresión había sido engañosa.

Pero a medida que, sorteando las otras mesas, se acercaba a la que ocupaba su amigo, el rostro de García se fue congelando en una expresión de asombro y de temor. Era imposible precisar, desde su posición sentada, que altura tendría Torrente cuando se pusiese en pie, pero García vio que la mesa —que era, como todas las de aquel local, de madera, y bastante grande— resultaba pequeña y estrecha bajo los brazos del gigante encorvado, que sostenía un vaso diminuto con una mano enorme, mientras la mitad de sus piernas estiradas sobresalía por delante de la mesa.

—Siéntate, hombre, siéntate; hacía tiempo que no… Oye ¿Te encuentras bien?

Haciendo un terrible esfuerzo por controlarse, García consiguió componer una sonrisa y una frase convencional de explicación. Torrente, que se había quedado quieto, mirándolo con sorprendida curiosidad, dio por bueno el cambio de actitud y encogió las piernas con alguna dificultad, tocando la mesa con las rodillas, para que su amigo pudiera acercar una silla y sentarse.

—Pide algo y me acompañas. Paga la casa —dijo Torrente, jugueteando con el palillo de una tapa que, a juzgar por el platillo vacío sobre la mesa, ya había consumido.

Durante unos minutos, García asistió al monólogo de su anfitrión. Instalado en una náusea sorda y mareante, en una angustia latente, observaba con estupor el palillo que se perdía, como una brizna, entre los dedos larguísimos; el vaso de cerveza convertido en un dedal; el rostro de Torrente que le hablaba con su característico cabeceo, como el de un pájaro, que se inclinaba hacia él y aun así quedaba muy alto, muy arriba, de modo que García tenía que levantar la cabeza para mirarle, para mirar esas gafas enormes, cuadradas y pobladas de brillos, como dos faros. Y, sin embargo, era evidente que su amigo no notaba nada de eso: hablaba y hablaba sin parar, al no verse interrumpido, y García —por encima de la náusea creciente— seguía aunque no quisiera el discurso previsible, ya conocido, pues era repetitivo y calcado al de tantas otras veces.

Todavía no había aparecido el camarero, y Torrente hizo ademán de levantarse, al tiempo que decía “¿Qué quieres tomar?”, pero García saltó de la silla, como impulsado por un resorte. “¡No te levantes!” dijo casi a voz en grito, y se disculpó atropelladamente, farfullando una excusa —había olvidado algo, tenía que marcharse— y salió de la terraza tropezando con las mesas, corriendo, sin preocuparse, sin

querer ver el resultado de su extraña despedida, la cara de sorpresa y de desconcierto que debía poner su amigo en aquel momento.

García anduvo a toda prisa, sin rumbo fijo, impulsado en un principio por la simple necesidad de alejarse cuanto antes del lugar en el que quedaba Torrente, y después por una inercia ciega, ya sin objetivo alguno, que le hizo deambular erráticamente, siempre por las calles más céntricas, las más concurridas, posponiendo el momento de volver a su casa y quedarse a solas con sus obsesiones, aunque sólo fuera durante el tiempo de darse una ducha y cambiarse de ropa. Y no es que en ese momento, en la calle, no le atosigaran sus pensamientos; muy al contrario, le ocupaban por completo, le dominaban, le tiranizaban hasta el extremo de que sólo una pequeña porción de su voluntad quedaba libre, ocupada en la tarea banal de hacerle callejear sin descanso. Pero en la calle al menos podía andar, y sobre todo podía retroceder, dar media vuelta y escapar, si se encontraba con algo desagradable.

Cuando salió de la oficina todavía faltaba más de una hora y media para el momento en que debía encontrase con Mara. Pero ahora la noche iba cayendo, oscurecía a marchas forzadas, y cada vez le quedaba menos tiempo para una ducha que, por otra parte, resultaba más necesaria que nunca, a causa de la caminata larga y presurosa que estaba haciendo. García deambuló por aceras llenas de gente, por plazas y avenidas en las que reinaba una insólita animación, una vida en la calle que anticipaba ya la trasgresión y la indulgencia de las noches de verano. “Qué raro —pensó García, en un momento dado—, todavía no ha llegado el fin de semana, y ya parece que sea sábado.” Después se dio cuenta de que toda aquella actividad se debía sin duda a una campaña que habían promovido los bares del casco antiguo desde hacía algún tiempo, con unas ofertas y unos precios especiales que hacían que el público afluyese en abundancia las noches de los jueves. Pero ese razonamiento fue sólo una breve tregua, una reacción instintiva de su mente para alejarlo, por unos segundos, de su pensamiento constante y obsesivo.

El encuentro con su amigo Torrente le había sumido en un pesimismo cercano a la desesperación: no sólo confirmaba sus peores miedos, sus más negras previsiones, sino que además venía a añadir nuevos elementos en los que se podía propagar su delirio, pues ahora la aparente transformación, aquello que le decían con toda claridad sus sentidos, se había producido en una persona conocida, de la que García tenía una imagen muy clara y delimitada, elaborada durante años de trato y de encuentros ocasionales. En los peores momentos, mientras sus piernas le llevaban hacia adelante por puro instinto, García sentía que iba a perder el control, que se dejaría llevar por el pánico, y se imaginaba pidiendo auxilio, llamando a alguna puerta, al

hospital, a urgencias, pidiendo una pastilla, una inyección, algo que le hiciera dormir o que le sumiera en la inconsciencia. Luego, al cabo de unos minutos, recuperaba la sangre fría, se decía a sí mismo que las alucinaciones habían sido siempre muy concretas, muy circunstanciales, y que por lo tanto no le sería difícil rehuirlas. Se consolaba pensando que en ese momento no veía nada raro, que al fin y al cabo había seguido los pasos correctos, y que tenía una cita con el psiquiatra, concertada para el día siguiente, a unas pocas horas vista.

En uno de esos momentos de combatividad, llegó a la conclusión de que tenía que controlarse, y seguir rigurosamente el programa de actuación que se había impuesto. Rechazó, no obstante, la posibilidad de comprar la fruta, porque significaba meterse en una tienda, en una encerrona que planteaba demasiadas incertidumbres; pero en cambió encontró la fuerza para vencer la inercia de su deambular y caminó por fin en dirección a su casa. Pensó que ojalá todo aquello fuera un sueño, una de esas pesadillas pegajosas que te van angustiando, que te amargan la vida, hasta que te das cuenta de que la vida no era tal, sino un sueño. Y entonces descubres lo agradable, el placer tan sencillo e infalible que es despertar a la verdadera vida; esa vida mediocre, de pequeños placeres y pequeñas miserias, que entonces, en el momento de escapar de la pesadilla, parece tan gratificante y maravillosa.

Mientras se aproximaba a su casa, García iba pensando que, por desgracia, esta vez no se trataba de un sueño, sino de una realidad terrible, de una enfermedad —mental, en este caso—: una de esas cosas que todo el mundo teme, pero que nadie, en su fuero interno, cree que vaya a padecer. Y su pensamiento le llevó a la reflexión, al razonamiento teórico de que tantos tópicos mil veces repetidos, como levantar los ojos al cielo, pedir ayuda a Dios o desear que todo sea un sueño, son un producto instintivo de la desesperación, proceden de la realidad, y no de la imaginación de escritores y guionistas.

Por fin llegó a su casa. El piso estaba vacío y silencioso, y García se encontró con buena parte de la compra —que había hecho Mara, por la mañana—, todavía dentro de las bolsas de plástico, encima de la mesa de la cocina. Sin ni siquiera pensarlo, impulsado por la costumbre, empezó a vaciar el contenido de las bolsas y a guardar cada cosa en el lugar correspondiente. Pensó en la irritación que le producía siempre esta actividad trivial, en el rencor sordo y mezquino que le inspiraba la dejadez de Mara, en la sensación de triunfo y de exagerada indignación con que descubría, en alguna de las bolsas, un producto que tendría que haber sido guardado en la nevera. Después, ella se defendería diciendo que tenía mucha prisa, que de todas formas, si lo guardase todo, él tampoco estaría satisfecho con el sitio en que había puesto las cosas. Ahora, desde la magnitud del drama

que estaba viviendo, esas pequeñas rencillas le parecieron sórdidas y pueriles, ridículas en su diaria repetición.

García se duchó, se cambió completamente de ropa y sintió durante unos segundos la vaga satisfacción, la disposición renovadora que este sencillo acto siempre produce. Y sin embargo, no tardaron en asaltarle las incertidumbres oscuras que le venían atormentando desde hacía una hora, unidas a otras nuevas e inquietantes que suscitaba la inminencia de su encuentro con Mara. Por más que lo intentaba, no era capaz de imaginar cómo se desarrollaría su conversación ¡Hacía tanto tiempo que no hablaban de verdad de ellos mismos, de sus verdaderas preocupaciones! Todo se daba por sabido, por sobreentendido. Llegaron a conocerse tanto que ahora ya no había nada que hablar; conocían demasiado bien todos sus defectos, y sus virtudes; y sabían perfectamente lo que les estaba ocurriendo como pareja ¿qué necesidad había de hablar de ello, si los dos lo sabían? Eran demasiado inteligentes, demasiado lúcidos y analíticos como para ignorarlo. Pero ahora sí, ahora tendrían que hablar, ahora había algo realmente importante de lo que hablar, un problema serio, muy serio, que padecía él pero que también, como no podía ser menos, le afectaba a ella. Y al final García acabó pensando que la charla con Mara, la explicación de lo que le estaba ocurriendo, no sólo era inevitable, sino que además le resultaría beneficiosa —como beneficiosa había sido su conversación con Marqués—, porque le obligaría una vez más a poner orden en sus pensamientos, y además Mara era una mujer serena y receptiva, y no se dejaría impresionar por lo que García pudiera contarle, por muy terrible que fuese.

Con este ánimo, vestido ya y atildado, se decidió a salir de casa. Entonces se dio cuenta de que se le había hecho un poco tarde, porque el reloj marcaba precisamente la hora a la que había quedado con Mara. Pero el restaurante no estaba lejos. García se internó a buen paso en el intrincado laberinto de calles del casco antiguo, y en unos pocos minutos llegó al lugar de la cita. Acabó el recorrido casi a la carrera, en parte para no llegar tarde, y también por el temor a encontrarse con otra de sus visiones. El restaurante, en realidad una vinatería, era caro y con una carta reducida, a base de ensaladas y fiambres de calidad, pero García lo había escogido porque era tranquilo y acogedor, con una luz cálida que resultaba muy agradable y una serie de mesas colocadas en rincones estratégicos.

Todavía en la calle, García miró al interior por un ventanal amplio que había al lado de la puerta, y lo que vio le dejó clavado frente al cristal, incapaz de moverse, incapaz de dar los dos pasos que le separaban de la puerta de entrada al local. Lo primero que vio fue a un gigante, una mujer gigante que se movía allí dentro, por entre las mesas. Después se dio cuenta, con un estremecimiento de pánico, de

que aquella mujer era Mara. García reconocía cada movimiento, cada gesto, la forma de andar, el peinado, la ropa que llevaba puesta, la sonrisa. Todo era lo habitual, lo de siempre, sólo que con un tamaño, en una proporción con todo lo que la rodeaba, que la convertía en algo monstruoso, y de alguna manera grotesco. El local era irregular, con espacios a diferentes niveles y algunas rampas de suave pendiente. Mara, con el abrigo colgado del brazo, seguía al camarero con cierta torpeza, encorvándose exageradamente y mirando hacia arriba, para no tocar el techo con la cabeza. Al final de una breve rampa, el camarero se detuvo frente a una mesa solitaria, resguardada entre una columna y la pared. Mara despidió al camarero con una sonrisa, inclinó y plegó trabajosamente su cuerpo hasta hacerlo caber en el espacio que quedaba entre la silla y la mesa, y en cuanto estuvo sentada empezó a consultar su teléfono móvil. De pronto alzó la cabeza, y miró a su alrededor. García se apartó de un salto, porque en su barrido rápido pero totalizador, los ojos de Mara habían apuntado por un instante a la ventana tras la que él se encontraba. Pero la de la giganta era la mirada miope de quien acaba de levantar la vista de la lectura y no ha tenido tiempo de enfocar, y era evidente que no le había visto, porque —según pudo comprobar García, asomando con cautela un único ojo— al poco rato estaba de nuevo consultando el teléfono con la misma indiferencia de hacía unos segundos.

De nuevo sintió cómo se derrumbaba, de un solo golpe brutal, toda la serenidad y la esperanza frágil que con tanta dificultad había conseguido edificar —después de su última alucinación— durante una interminable hora de dudas y reflexiones. Pero ahora, además, tenía que hacer algo, tenía que actuar, porque su mujer estaba allí, en el restaurante, esperando su llegada. Pero él no podía llegar. Por encima del miedo, de la sofocada angustia, de la necesidad que tenía en este caso de tomar alguna decisión y actuar cuanto antes, sintió García la certeza de que no podía entrar allí, que no sería capaz, que no tendría fuerzas para sentarse delante de Mara —de esa Mara absurda e inconcebible que ahora estaba viendo— y hablar con ella con una mínima coherencia, fuera para confesarle abiertamente lo que estaba viendo, o para disimular y explicarle tan sólo lo otro, las otras alucinaciones, las que nada tenían que ver con ella. No, no sería capaz, su mente retrocedía asustada en cuanto intentaba imaginar los detalles concretos de lo que sería aquella escena, el rostro de ella mirándole desde aquella altura, la posibilidad de que, sin previo aviso, alargara una mano para tocar la suya por encima de la mesa… Apartó de su mente aquellas imágenes estremecedoras. Una vez más sintió cómo la angustia se apoderaba de su mente, y una vez más hizo denodados esfuerzos por no dejarse arrastrar por ella. Se apartó de la ventana y empezó a desandar el camino que había hecho, como si

quisiera volver a su casa; pero se alejó de ésta, la dejó atrás y siguió andando con un impulso centrífugo, que le llevaba hacia los barrios periféricos de la pequeña ciudad provinciana. Mientras tanto, iba pensando. Pensó en llamar a Mara por teléfono, después en enviar un mensaje, y después de nuevo en llamarla, aunque ello significaba preparar muy bien lo que pensaba decir, y tener capacidad de reacción, de improvisación, en caso de que ella le descolocara con alguna pregunta inesperada.

Al final decidió que le enviaría un mensaje. No sería ni rápido ni fácil, por su escasa habilidad en el manejo del teléfono, y porque la redacción del texto tenía que ser muy precisa y bien meditada. Buscó un banco para sentarse, bajo una farola —caminaba por una avenida ancha y solitaria, que moría ya a campo abierto— y sacó el teléfono con la intención de empezar a teclear. Entonces se dio cuenta de que tampoco podía ir a dormir a su casa esa noche, que no podía exponerse a un encuentro con Mara hasta que no hubiera hablado con el psiquiatra, hasta que no hubiera empezado a tomar la medicación que sin duda alguna iba a recetarle. Se trataba, tan solo, de un inoportuno desfase, de unas pocas horas que tenía que cubrir como fuese —tendría que buscar un hotel para pasar la noche—, y que ahora, con unas pocas palabras, tenía que justificar de forma que se entendiera, pero que tampoco resultara demasiado alarmante. Por su mente pasó la idea de inventarse una mentira, una inaplazable llamada de auxilio de algún familiar lejano, de su amigo Marcos, o mejor, de su hermano. Sí, eso: un viaje relámpago a París, por algún asunto que se tendría que inventar. Poco tardó en rechazar esa idea, por absurda, porque necesitaría —como todas las mentiras— de una cadena de pequeñas mentiras suplementarias, y porque Mara conocía todos sus contactos, e incluso era ella la que se había preocupado de guardar todos los teléfonos y las direcciones, y podía acceder en unos pocos segundos, con mucha más facilidad que él, a cualquiera de esas personas supuestamente necesitadas de auxilio.

Al final acabó redactando un texto muy neutro, en el que suprimió incluso cualquier referencia a la salud, y que en esencia incidía en su imposibilidad de contactar con ella hasta el día siguiente, aplazando para ese momento todas las explicaciones. Concluía el mensaje tranquilizando a su destinataria, y asegurándole que su ausencia nada tenía que ver con la infidelidad ni con su vida de pareja.

Una vez hubo repasado el texto varias veces, y enviado el mensaje, empezó a pensar en el asunto del hotel. Rechazó de buen principio la idea de ir a alguno de los hoteles del extrarradio, establecimientos de medio pelo, aunque modernos y confortables, que habían nacido al amparo de la autopista y la carretera general. Lo rechazaba porque significaba tener que sacar el coche del garaje, que estaba en los bajos

del edificio de su vivienda, y por lo tanto le exponía a un encuentro con Mara. Por el mismo motivo, y considerando que se acababa de duchar y cambiar de ropa, no se arriesgó a pasar por el piso a recoger un pijama, una muda de ropa o el cepillo de dientes, convencido de que —aun en el hipotético caso de que tuviera que pasar una segunda noche fuera de casa— podía hacerse con esos objetos al día siguiente, por la tarde, antes de entrar en la oficina.

Decidió ir al antiguo hotel de la plaza del mercado, el único —aparte de algunas fondas de dudosa categoría— que estaba en el núcleo urbano de la población. El hotel, con un nombre que hacía referencia al pasado romano de la comarca, había recuperado hacía poco su tercera estrella, con una reforma que había traído consigo el último cambio de propietario.

García sólo quería dormir: cenar algo y acostarse cuanto antes, dormir como un tronco hasta las ocho, y luego pasar la mañana en la oficina, hasta la hora de ir a ver al psiquiatra. Se levantó del banco, dispuesto a recorrer, caminando sin prisas, el kilómetro escaso que le separaba del hotel. Entonces sonó su teléfono. Cuando vio que era una llamada de Mara, dejó que siguiera sonando en su bolsillo mientras empezaba a andar en la dirección contraria a la que le había llevado hasta allí.

Cenó en el mismo hotel, en un comedor silencioso y no muy bien iluminado, en el que él era el único comensal. Un camarero, tan silente como el propio comedor, asistió desde una esquina de la barra a toda la cena de García, con la única tregua de los pocos momentos en que desaparecía en busca del siguiente plato.

La habitación, en la que se notaba el reciente cambio de decoración, resultó limpia y acogedora. García —que por no traer, ni siquiera se había traído un libro— miró la televisión desde la cama, hasta que la somnolencia le hizo apagarla. Como le había ocurrido la noche anterior, se durmió sin ninguna dificultad, como si el cuerpo, sabiamente, compensase con el olvido transitorio del sueño los sufrimientos que estaba padeciendo la mente.

Sonó el despertador. García lo paró instintivamente, en un estado que todavía era de semiinconsciencia. Al poco rato recuperó la memoria, y a su mente acudieron, de golpe, todas las impresiones del día anterior: el abandono de Mara, el piso saqueado, las pastillas, la visita al psiquiatra, su moderado optimismo durante la tarde, la somnolencia de antes de irse a dormir. Se dio cuenta de que eran las ocho, y que no se había acordado de poner el despertador para una hora más tarde, como hacía todos los sábados. Pero ya no tenía sueño, en realidad había dormido más horas de lo acostumbrado, porque se había ido a la cama muy temprano, y además se le acababa de ocurrir una idea, algo que ya le rondaba por la cabeza desde el día anterior. Decidió que aprovecharía esta circunstancia, el haberse levantado a aquella hora, para salir a correr. Había hecho atletismo cuando era adolescente, y ahora, desde hacía algún tiempo, corría aproximadamente diez kilómetros, el sábado o el domingo por la mañana, y nunca le satisfacía tanto este ejercicio como cuando lo hacía muy temprano, porque a esa hora las calles y los caminos de las afueras estaban más tranquilos, apenas pasaban coches, y además García sabía lo bien que se encontraba uno, lo agradable que era darse una ducha y desayunar sin prisa ninguna, y descubrir —después de todo eso— que todavía no habían dado las diez, y aún le quedaba todo el día por delante.

Con la promesa de esa recompensa, García se puso la ropa que tenía para ir a correr y sintió, como de costumbre, esa satisfacción inefable, y un tanto ingenua, en el momento de atarse los cordones de las zapatillas: unas zapatillas que le habían costado un dineral y estaban casi nuevas, ligeras y al mismo tiempo resistentes, decoradas con llamativos colores. García se bebió un vaso de zumo de naranja con un poco de miel, y salió a la calle dispuesto a correr sus diez kilómetros habituales. Las zapatillas eran ligeras, pero el cuerpo no. García sintió esa frustrante sensación de cansancio, esa dureza de los primeros minutos, acrecentada en esta ocasión por una mayor pesadez, que tal vez era consecuencia de las pastillas que había empezado a tomar. Para colmo, el día estaba nublado, encapotado por un cielo gris, de nubes bajas, que le privaría del estimulante espectáculo de la salida del sol. Y a pesar de todo, cuando dejó atrás el asfalto y se internó en el primer tramo de camino, se sintió algo mejor —como siempre le ocurría más o menos a esa altura— y tuvo el primer destello de ese placer íntimo e intransferible, que tan bien conocen los que practican algún deporte, del esfuerzo físico intenso y

prolongado.

En su recorrido por las calles de la ciudad, García se había encontrado con pocos coches y con muy pocas personas, pero ahora, en aquel camino que discurría entre los campos de labor, la soledad y la quietud eran totales. García sabía que, a aquella hora, lo máximo que se podría encontrar sería algún caminante solitario, o un coche aparcado al borde del camino (¿una pareja, un temprano buscador de espárragos?), mientras que un poco más tarde ya empezarían a menudear los coches, y los consabidos grupos de ciclistas que últimamente tanto proliferaban.

Se encontraba bien, no quería ni pensar en aquello que tanto le había atormentado. Temía atraer la desgracia, estropearlo todo si se paraba a recontar su tesoro, a considerar que todo había ido bien desde que se tomó la primera pastilla, que no había vuelto a ver nada extraño, o que si aquello se había vuelto a insinuar en algún momento, le había bastado rechazarlo y no prestarle ninguna atención para hacerlo desparecer. Quería limitarse a disfrutar de la normalidad, de la gratificante sensación de cansancio y el sudor que empezaba a brotar por todo su cuerpo, de los pulmones y el corazón trabajando a pleno rendimiento, con la promesa de la ducha y el desayuno que vendría después.

Absorto en estos pensamientos, tardó algún tiempo en darse cuenta del confuso rumor que sonaba a sus espaldas. En una fracción de segundo, le vinieron a la cabeza varias cosas: pensó en los perros, que siempre le daban un poco de miedo; pensó que alguna vez que había salido muy temprano a correr había visto un zorro cruzando el camino, o incluso una piara de jabalíes. Pero en poco tiempo el rumor le envolvió, y las pisadas —porque ahora ya sabía que eran pisadas— resonaron a su alrededor, y García vio, mientras se le erizaba la piel y un escalofrío le recorría las entrañas, cómo le rodeaba, y le adelantaba, y en poco tiempo le dejaba atrás, un grupo de gigantes muy numeroso, compuesto tal vez por diez o doce individuos. García percibió con nitidez el olor acre y hormonal del sudor de aquellos seres, cuyas ingles le quedaban a la altura de la cabeza. Los gigantes le habían saludado, no todos, pero sí alguno de ellos, vocalizando confusamente un "buenos días" apresurado, alterado por el esfuerzo. Siguió corriendo unos metros por pura inercia, con la mirada agónica y horrorizada fija en el grupo que se alejaba a toda prisa: un grupo formado por hombres jóvenes, de aspecto en verdad deportivo, que dejaban una estela, un olor a cuerpos sudorosos y tejidos sintéticos. Pero García empezó a aminorar la marcha, como si hubiera perdido el impulso que lo hacía avanzar, y en unos pocos metros su zancada decayó, dio tres o cuatro pasos caminando y al final se paró, jadeando todavía por el esfuerzo, con la mirada perdida en la profundidad de

sus pensamientos. Permaneció así por espacio de un minuto, el aire silbando al salir por la boca abierta, el pecho subiendo y bajando al ritmo de la respiración. Luego se dio la vuelta lentamente, con la derrota y la desesperanza pintada en cada gesto, en cada movimiento de un cuerpo que parecía haberse encogido, que había perdido todo su vigor y su determinación.

Muy despacio al principio, porque además el regreso era en subida, empezó a desandar el camino, primero andando, después trotando, con un trote impotente y cansado que apenas levantaba los pies del suelo, con la cabeza baja. Hasta que de pronto levantó la mirada, y en un impulso de rabia y rebeldía, García arrancó a correr con todas sus fuerzas, apretando los dientes, arrugando el rostro en una mueca de ferocidad o de llanto contenido, estirando al máximo la zancada e intentando elevarse en cada paso, como antes, cuando era joven y ágil, y ligero. La experiencia fue penosa, frustrante. Al cabo de cien metros tuvo que aminorar la marcha, porque las piernas no le respondían, le faltaba aire, como si fuera un pez fuera del agua, y parecía que el corazón le iba a estallar dentro del pecho. Y sin embargo, ese patético esfuerzo tuvo algún sentido, surtió su efecto, en parte porque el llegar al límite le había dado conciencia de su cuerpo, de que no sólo era una mente atormentada, sino que había una parte física, animal, que tenía sus propias leyes y sus exigencias; y en parte, también, por lo que tenía de rebeldía y de no dejarse amilanar por la adversidad.

Durante un buen tramo, se limitó a andar y a recuperarse del brutal esfuerzo, pero cuando se acabó la subida —momento que coincidía con la vuelta al asfalto y la primera visión de la ciudad— volvió a correr al ritmo de siempre, con el fin de regresar a su casa cuanto antes. El encuentro con el grupo de atletas gigantes había removido muchas cosas en su interi or, y lo que vio cuando se encontró de nuevo en las calles de la ciudad no hizo sino reafirmar el rumbo que estaban tomando sus pensamientos. En tan sólo media hora, la ciudad había despertado completamente, sobre todo en su zona más céntrica: se veía a mucha gente andando por las calles, y otros tantos habían empezado ya su jornada laboral. García no pudo menos que constatar, enfrentándose a ello con valentía, que entre los peatones que iban arriba y abajo por las dos orillas —estaba ahora en una calle larga y recta, de aceras bastante anchas— había más de un gigante, más de una persona de dimensiones descomunales, que caminaba con toda tranquilidad, entre la indiferencia de los que pasaban a su lado. Y también se dio cuenta de que ya eran muchos los edificios en los que se veía, en los que “él” veía uno de aquellos tubos de plástico, todos del mismo color, de ese amarillo feo y blanqueado por el polvo del yeso y el roce de los escombros, emergiendo de

alguna ventana: algunos muy largos, porque colgaban desde un tercer o cuarto piso; otros más cortos, que, desde un entresuelo o un primero, sólo tenían que salvar unos pocos metros para llegar al contenedor que descansaba en la acera. Y todos eran iguales, todos estaban formados por unos segmentos, del tamaño de un cubo comunitario de basuras, sujetos con cadenas entre sí y por último a la ventana.

Por primera vez, García se atrevió a confesarse a sí mismo por qué le inquietaban tanto, por qué le despertaban esa sorda antipatía aquellas obras en las viviendas. Ahora que se rendía a la evidencia, ahora que comprendía que se había precipitado, que las pastillas todavía no habían empezado a hacer su efecto —tal como le previno el médico— y su mente seguía produciendo impunemente las alucinaciones, ahora se atrevió a admitir que relacionaba las reformas en los edificios con los gigantes, que en su yo más íntimo atribuía esas obras —las primeras tal vez existían de verdad, las últimas por fuerza formaban parte de su delirio— a la necesidad de esos seres gigantescos de acondicionar las viviendas a su desproporcionada estatura.

Y en ese momento, cuando se rindió, cuando admitió que aún le faltaba mucho para empezar la mejoría, comprendió que tal vez el psiquiatra tenía razón y que debería pedir la baja y tomarse unas vacaciones para hacer una buena cura de reposo.

Con esta idea llegó hasta su casa con una cierta serenidad, y aunque en un momento dado cambió de acera para evitar el roce con una mujer gigante que empujaba un diminuto cochecito de bebé, consiguió refrenar en gran medida su angustia, e incluso llegó a mirar a aquellos fenómenos de reojo, con un sentimiento parecido a la indiferencia.

Ya en su casa, se duchó y desayunó sin prisas, dejando que pasase el tiempo. Y aun así, después incluso de fregar los pocos platos que había usado, y de dejarlo todo en orden, miró el reloj y le pareció que todavía era demasiado pronto para llamar al psiquiatra, pues tan sólo pasaban unos minutos de las diez, y él, de una forma tan arbitraria como estricta, se había marcado el límite de las diez y media como una hora prudente para llamar por teléfono. Así pues, le quedaban unos minutos, pero tampoco quería ir al supermercado a comprar provisiones —que era otra de las posibles tareas en las que ocuparse—, porque algunas de las decisiones que pensaba tomar a lo largo de aquella mañana podían hacer innecesario el acopio de víveres. Al final optó por encender el ordenador (afortunadamente, Mara no se había llevado el *routter*) para consultar el correo y empezar a investigar la forma de conseguir un billete de tren o incluso de avión. Lo cierto es que García era un desastre para esas cosas, y estaba acostumbrado a

que fuera Mara, o incluso Nuria, una chica de la oficina, la que le resolviera esos asuntos, en las pocas ocasiones en que había necesitado un servicio de ese tipo. Mara se asombraba de que una persona como él, que se pasaba varias horas al día frente a un ordenador, no fuera capaz de conseguir por ese medio unas entradas para el teatro, y le reprochaba su escaso interés, el poco esfuerzo que hacía para aprender esas cosas. Nuria, sin el matiz de irritado fastidio de Mara, venía a decirle más o menos lo mismo. Lo cierto es que su trabajo en la oficina era de carácter técnico y estrictamente interno, y no llevaba aparejado, como en el caso de otros compañeros, el contacto con personas y empresas ajenas al despacho.

García se puso ante el ordenador, consultó su correo sin encontrar ninguna novedad, pues recibía poquísimos mensajes, y a continuación se puso a buscar las webs de la Renfe y de las compañías aéreas. La mecánica de este tipo de consultas le parecía esta vez más complicada que nunca. “Debe ser cosa de las pastillas”, dijo para sí, en un momento en el que se sintió especialmente perdido. Al cabo de un cuarto de hora de batallar con el ratón y con el teclado, llegó a la conclusión de que aquello era muy difícil para él, que siempre había algún paso en el que se perdía sin remedio, y que además había llegado la hora —ya eran las diez y media— de llamar al psiquiatra y pedirle que le tramitara la baja que le había prometido.

El psiquiatra tardó en descolgar el teléfono, pero en cuanto reconoció a García se mostró asequible e interesado en lo que éste le decía.

—Ha vuelto a sufrir alguna alucinación —dijo, afirmando más que preguntando, en cuanto García le expuso el asunto de la baja.

—La verdad es que sí. Ayer me las prometía muy felices, pero…

—¿Ayer? —dijo el psiquiatra, fingiendo escandalizarse— Pero si ya le dije que la cosa podía tardar días, que el efecto no era inmediato en ningún caso.

—Tiene usted toda la razón —admitió García—, me he precipitado, y… en fin, se me hace un poco duro tener que hacer vida normal mientras…

—Por supuesto, por supuesto, no se preocupe por la baja, se la prepararé enseguida.

—Sí, creo que será mejor cambiar de aires, y descansar un poco.

—¿Y a dónde piensa ir? ¿Irá usted sólo, o irá con…

—¿Con quién, con mi mujer? Me temo que eso es imposible. Mi mujer se ha largado, se marchó ayer llevándose medio piso. No creo que vuelva.

—Vaya… Lo siento. Pero usted le contó… ella sabe que usted tiene…

—No tuve tiempo de contarle nada, se ve que se cabreó por mis negativas de ayer. Ella… en realidad se cree que estoy bien. Se ve que llamó a la oficina y Nuria, la secretaria, vamos, supongo que sería Nuria, le dijo que yo estaba bien, que estaba contento como unas pascuas.

—Lamento que se encuentre en esta situación.

—¿Lamentar? Pero si nosotros no formábamos una pareja de verdad, usted mismo lo dijo: "compañeros de piso", eso es lo que éramos.

—Bueno sí, pero esa situación "material" era la consecuencia de otras cuestiones…

—Mire —le interrumpió García, con un deje de irritación—, usted se empeña en darle mucha importancia… en relacionar lo que me está ocurriendo, mi trastorno, con un problema de pareja, y yo creo que no tiene nada que ver con eso.

—Yo no le he dicho tal cosa —la voz del psiquiatra transmitía calma y cordialidad—, ha sido usted quien ha sacado esas conclusiones. Y si lo ha interpretado así, y además se siente atacado, por algo será… No se preocupe —añadió, aprovechando el momentáneo silencio de García—, le firmaré esa baja, pero no sé si viajar solo en este momento… ¿A dónde me dijo que iba?

—No… voy a casa de una tía que vive en el campo, en realidad es una tía abuela, pero es joven… bueno, joven para ser tía abuela.

—Bien, eso ya me convence más.

—Sí, es perfecto para un caso así: naturaleza a tope, tranquilidad, nada de ordenadores, y buena, muy buena alimentación. Además, mi tía es una persona… excepcional, una de esas mujeres de antes. Y a lo mejor aún me queda por ahí algún amigo, de cuando iba de vacaciones con mis padres.

—Bueno, me parece bien. Ahora mismo le preparo la baja. ¿Cuándo vendrá a recogerla?

—Pues… ahora, cuanto antes. Si puedo saldré hoy mismo para allá, si es que encuentro un pasaje de avión. En tren tendría que ser mañana.

—Sí, pero no puede ser ahora, ahora mismo tengo un paciente. Venga… venga a las doce. ¿Le va bien?

—Sí, sí, pasaré a las doce.

García guardó el teléfono y miró al ordenador, en cuya pantalla aguardaban, inmóviles, los colores corporativos de una compañía aérea. Después consultó su reloj, y comprobó que le quedaba casi una hora y media hasta el momento de ir a recoger la baja. Permaneció unos segundos en actitud reflexiva, mirando distraídamente la pantalla. Y de pronto se puso en movimiento: se levantó de su asiento

con decisión, apagó el ordenador desde su posición erguida, y recogió la chaqueta del perchero, comprobando que tenía las llaves y la cartera. Había decidido acercarse hasta la agencia de viajes, una oficina que le quedaba muy cerca, y a la que ya había recurrido en alguna otra ocasión en situaciones similares.

"En cuanto tenga los billetes, llamo a la tía Andrea —iba pensando, mientras bajaba a buen paso por las escaleras—, para que sepa cuándo llegaré; luego recojo la baja, la meto en un sobre y la dejo en el buzón de la oficina. Y el lunes les llamo. Para entonces ya pienso estar desayunando a la sombra del manzano, mirando como pastan las vacas."

García caminó hasta la agencia de viajes, por unas calles en las que reinaba la animación propia de un sábado por la mañana. Dos de las personas con las que se cruzó tenían el aspecto gigantesco que tanto le atemorizaba, y a su alrededor, a ambos lados de la calle, proliferaban los contenedores y las manchas amarillas de los tubos de desescombro, pero él hizo un esfuerzo por ignorar esas visiones, aceleró el paso en la medida de lo posible —pues en verdad se sentía lento y pesado desde que había vuelto de correr— y en poco más de cinco minutos estaba en la agencia, sentado en una butaca esperando a que le atendieran. Afortunadamente, ni la chica que ocupaba la única mesa activa —había otras dos sin ningún ocupante—, ni la pareja de clientes a los que estaba atendiendo tenían una estatura fuera de lo normal. García ojeó con desgana una revista del gremio, atrasada y manoseada, y luego se fijó en la casita de plástico, de poco más de un metro de altura, en la mesita de parvulario con su minúscula silla a juego y los juguetes, colores y lapiceros, ni muy limpios ni muy ordenados, que había en el rincón destinado a los niños. García esbozó una amarga sonrisa ante la paradoja que significaba, en su actual situación, ese espacio hecho a medida de enanitos. Pero en ese momento la chica le llamó desde la mesa, que ya había quedado libre, y le volvió a llamar, porque él —que la había oído, y la estaba mirando— tardó un poco en reaccionar. Dos minutos más tarde, la joven —una morena de piel blanca y con el pelo rizado— tecleaba en el ordenador y de vez en cuando levantaba la vista de la pantalla para mirarle y preguntarle algo. "Ya sabe que tendrá un pequeño suplemento por la tramitación de la reserva" le dijo una de las veces. García afirmó y pensó que sí, que ya sabía que le tocaría pagar algún peaje, alguna bula para hacerse perdonar su pecado de no dominar las nuevas tecnologías.

—¿Si nos sale algo para hoy lo cogemos? —dijo la chica en otro momento, refiriéndose a un pasaje de avión.

—Sí, sí. Siempre que no salga antes de las dos, que ya me parece demasiado justo…

—Desde aquí al aeropuerto es menos de una hora ¿Iría en coche?

—Sí, seguramente cogeré un taxi.

—Hombre… si ya tiene las maletas hechas…

—Las haré ahora mismo. Lo que pasa es que no puedo irme hasta las doce, me tienen que dar una cosa antes.

García hilvanaba bien sus pensamientos, pero a la hora de expresarlos se encontraba con una cierta dificultad, nueva para él, que se traducía en una lentitud, una ligera demora a la hora de hablar, de la que él no era del todo consciente. De todas formas, la chica que le atendía —acostumbrada por su oficio a lidiar con todo tipo de personas— le trató con absoluta normalidad, sin dar ninguna muestra de extrañeza.

—¿Sólo ida? —preguntó la chica por segunda vez, en medio de dos largos silencios de atención a la pantalla.

—Bueno, consigamos el de ida, primero, y después también podríamos… Sí, para el domingo que viene.

Todavía, se produjeron unos cuantos intentos infructuosos, falsas alarmas, y otras tantas esperas en las que García pacientemente, en silencio, espiaba en el rostro concentrado de la agente el arcano de su destino. Por último, cuando había buscado ya sin éxito en otras dos compañías, la chica dijo:

—Bueno, aquí sí que tenemos algo.

Esta vez no era una falsa alarma. La chica giró la pantalla del ordenador, para que García también pudiera verla, y le señaló los datos que le interesaban.

—¿Qué? ¿La cogemos?

—Sí, sí, por supuesto. Antes de que se nos anticipe alguien.

El avión salía a las dieciséis horas y veinte minutos. A García le pareció una hora estupenda; pensó que hasta podría comer alguna cosa en el aeropuerto, y que, en cambio —contando incluso con la otra hora y pico de taxi— llegaría a casa de su tía a una hora razonable.

—No pensaba que encontráramos nada —dijo la chica—, en un sábado. Aunque también es verdad que es un buen momento, después de Semana Santa. Eso sí, le ha tocado un asiento de cola. Ya habría sido demasiada suerte.

A García no le importaba viajar en la cola del avión. No le daba miedo volar —más bien le resultaba muy aburrido— y además sabía que el vuelo, por incómodo que fuese, no duraba más de una hora. Una vez asegurado el viaje de ida, la operación se repitió de forma parecida para conseguir el pasaje de vuelta, que también sería en avión y quedó fijado a ocho días vista para el domingo de la siguiente semana, el día previo a la visita que tenía fijada con el psiquiatra.

—Si espera un poquito, le podré imprimir la tarjeta de embarque

para el vuelo de hoy.

García sacó su tarjeta de crédito y se dispuso a pagar. Tenía la sensación de que todo se conjuraba a su favor. Salió de la agencia de viajes a las once y cuarto, lo cual significaba que antes de ir a recoger la baja tenía tiempo de pasar por su casa y dejar preparadas las maletas. De ese modo, podría llamar al taxi en cuanto hubiera dejado el parte de baja en el buzón de la oficina, y podría estar en el aeropuerto un poco después de la una. Decidió llamar a su tía en ese mismo momento, pero todavía tuvo que esperar unos minutos, hasta llegar a su casa, pues descubrió que el número —que tenía apuntado en la manoseada agenda del taquillón— no figuraba en la memoria de su teléfono móvil. "Seguro que en el de Mara está", dijo para sí, y llegó a su casa sin prestar demasiada atención a lo que había a su alrededor, al bullicio del fin de semana y del mercado matutino, que extendía sus puestos entoldados por las calles más céntricas.

Ya en casa marcó el número, con su remoto prefijo, e imaginó a su tía haldeando desde la cocina o el patio —aunque ágil, refunfuñando — hasta el pasillo umbrío y oloroso en el que estaba el teléfono. En ningún momento se le pasó por la cabeza que aquella mujer de setenta años pudiera estar enferma, o que no pudiera acogerle en su casa, o simplemente que hubiera salido a comprar. El teléfono hizo la señal de llamada cuatro, cinco veces consecutivas.

—¿Quién es? —dijo, al otro lado de la línea, una voz enérgica, un tanto seca, y sin embargo cantarina.

—Andrea, soy García, tu sobrino nieto.

—Anda, anda, cómo vas a ser García; García no llama nunca, la que llama es su mujer.

—¿Qué? ¿Estabas en el corral, y has tenido que ir hasta el teléfono?

—Ay, no, hijo; muy anticuado estás tú; ahora tengo un supletorio de esos…

—Un inalámbrico.

—Sí, una cosa de esas. ¿Y qué? ¿Qué quieres que te haga para comer?

—¿Cómo sabes que voy a ir a comer, bueno, a cenar?

—Bueno, pues porque siempre que venís es para comer, y siempre llamáis una hora antes.

—Andrea, esta vez voy a ir yo sólo.

—Entonces también te quedarás a dormir.

—No se te escapa una. Me gustaría pasar unos días en tu casa.

—Os habéis separado…

—Sí, ha habido algunos problemas y… me temo que la cosa es definitiva. Pero ya te contaré, ya te lo contaré todo esta tarde.

—Pero tú… ¿Te encuentras bien?

—Hablo un poco despacio ¿verdad?

—Pues sí.

—Es que estoy tomando unas pastillas que me dejan un poco grogui. Estoy en tratamiento, de hecho estoy de baja.

—¿Pero estás bien?

—Es una baja por un tema psicológico. Por lo demás estoy bien, ya te contaré esta tarde.

—Tú vente para acá, ya verás cómo aquí se te pasan todos los males.

—Para allá voy.

—¿Y dónde estás ahora? ¿Estás por aquí cerca? ¿No será peligroso conducir con eso de las pastillas?

—No, estoy en mi casa.

—¡Jesús! ¿Y cómo vas a…

—Voy a ir en avión. Pero no te preocupes, ya le diré al piloto que no corra mucho.

—¿Y desde el aeropuerto, y todo eso?

—Pues para eso están los taxis.

—Bueno ¿Y qué quieres cenar?

—¿Quieres que te diga la verdad?… Pues unas gachas de maíz.

—¡Venga, hombre, cómo vas a cenar unas gachas! Eso ya te lo haré algún día para merendar.

—Pues un buen caldo de berzas.

—¿De berzas tiene que ser? ¿Es que sólo te gustan las comidas de pobres?

—Tú me has preguntado lo que quería.

—Está bien, está bien. ¿A qué hora llegarás? Tengo que prepararte la habitación.

García le dijo a su tía la hora aproximada a la que pensaba llegar, y a continuación los dos se despidieron sin ninguna ceremonia. García se puso inmediatamente a hacer las maletas. El buen sabor de boca que le había dejado la breve conversación con su tía le ayudó a encarar una tarea —la de preparar su equipaje— que siempre le resultaba complicada y desagradable, por la multitud de pequeñas elecciones que llevaba aparejada, y por el difuso temor a dejarse algo importante, que siempre le invadía en esos momentos. Para colmo, faltaba una de las maletas, con la que contaba para meter parte de su ropa —seguramente se la había llevado Mara—; pero en aquel momento le embargaba una serenidad, una especie de plácida indiferencia que le hizo solventar el problema y acabar de hacer su equipaje con una rapidez que resultó muy resolutiva, lejos del

perfeccionismo minucioso que de ordinario le inquietaba.

Salió a la calle cuando faltaban diez minutos para las doce: un margen de tiempo más que suficiente para llegar a la consulta del psiquiatra a la hora convenida. García comprobó que ni siquiera al salir de nuevo al exterior le abandonaba aquel estado de placidez y de abandono que sentía desde hacía algún tiempo, tal vez desde que salió de la agencia de viajes. En las calles bulliciosas, llenas de animación, se veía a más de un gigante asomando su desgarbado corpachón por encima de las cabezas de la multitud, pero ahora García no se dejaba impresionar por estas visiones: no cambiaba su ritmo ni la dirección de sus pisadas, preocupado tan sólo en llegar cuanto antes, y por el camino más corto, a su destino. "Está claro que las pastillas han empezado a hacer efecto —iba pensando, mientras miraba, sin darle mucha importancia, un tubo de desescombro especialmente largo, que colgaba de una fachada—: todavía no pueden actuar sobre las alucinaciones, pero de momento han conseguido que esté más tranquilo y que no me angustie como antes."

Cuando llegó a la plaza, se sorprendió al ver los resultados de la actividad febril que se había desarrollado en las obras de los soportales. Aunque ahora las obras estaban paradas —al parecer no trabajaban durante el fin de semana—, se veía un montón de maquinaria, los contenedores estaban llenos de cascotes, y el entramado de andamios bajo los porches parecía más complejo y cerrado que antes.

A la hora en punto, García llamó a la puerta del psiquiatra, y éste le abrió enseguida, llevando en la mano el sobre que contenía la baja. Resultaba evidente que ambos tenían prisa y deseaban acabar cuanto antes con el asunto. No obstante, García le pidió un bolígrafo para escribir su nombre —y el de la persona de la oficina a la que iba destinado—, en el sobre que contenía el documento.

—¿Por qué no me lo decía? —dijo el médico, cuando García le explicó lo que estaba haciendo—. Lo podría haber enviado yo mismo a su oficina, si me hubiese dado la dirección. No tendría que haber esperado.

—Así se lo encontrarán el lunes a primera hora. Y además no he tenido que esperar: he estado haciendo las maletas, se me ha coordinado todo muy bien, y llegaré al aeropuerto con tiempo de sobras.

—¿Al final sale hoy mismo?

—Dentro de unos minutos.

—No pensará conducir usted hasta el aeropuerto.

—No, no, iré en taxi.

—Bien, bien. Bueno, pues aquí nos veremos dentro de nueve días

—dijo el médico—. No dude en llamarme si tuviera algún problema… Ah, sí —añadió, cuando García ya se daba la vuelta—, ya sé lo que están haciendo.

—¿El qué?

—Sí, con las obras, las obras de abajo.

García se quedó en suspenso, mirando fijamente al psiquiatra.

—Parece ser que quieren recuperar los arcos originales, de piedra, que están mucho más altos y son más bonitos. Estos que había son un añadido de principios del siglo pasado: una especie de arbotantes de cemento que hicieron con muy poca gracia, para reforzar. Se ve que no son necesarios, y los van a eliminar.

Parecía que el médico iba a explicar alguna cosa más acerca de las obras, pero García se despidió precipitadamente, y sus pasos resonaron ruidosos por toda la escalera, mientras el médico, con la puerta todavía abierta, meneaba la cabeza con preocupación, con desaprobación, con una expresión muy diferente a la que mostró en todo momento mientras atendía a su paciente. Ya en la calle, García caminó a toda prisa en dirección a la oficina, echó el sobre en el buzón y continuó hasta su casa con la misma premura, sin detenerse en ningún momento. Desde allí llamó al taxi, y al cabo de unos minutos, cómodamente sentado en el asiento trasero de un automóvil espacioso, miraba desfilar al otro lado de la ventanilla los edificios y las calles, y después la enormes naves de los polígonos industriales de las afueras de la pequeña ciudad.

En todo el recorrido por la autopista, y después por la autovía, García no vio nada que le llamara especialmente la atención. Bien es verdad que —al pasar por las proximidades de alguna población— divisó alguna que otra fachada en obras en la lejanía, con el consabido sistema para deshacerse de los cascotes; y que en un momento dado le pareció ver que una furgoneta grande y alta que los adelantaba iba conducida por un conductor enorme y encogido. Pero como el taxista resultó ser un tipo hablador y bastante gracioso, y García iba muy entretenido escuchando las cosas que contaba, se olvidó pronto de esas momentáneas sensaciones. Después, en el aeropuerto, incluso en alguna de las salas de embarque —afortunadamente, no en la suya—, sí que vio algunos gigantes, no más de media docena en total, haciendo cola para facturar, o sentados en algún bar, o empujando por la terminal un carrito con maletas que a su lado resultaba minúsculo.

Pero, desde el momento en que subió en el avión, ya no vio a nadie que tuviera una estatura anormal; ni en el aeropuerto de llegada, ni en la parada de taxis, ni por las carreteras cada vez más secundarias, ni en los pueblos grandes y pequeños que atravesaban, ni en la única calle, rodeada de una veintena de casas, que formaba la aldea en la que vivía su tía abuela.

A las nueve de la noche, García estaba cenando en la mesa de la cocina. Para entonces ya le había explicado a su tía lo ocurrido con Mara, y también le había hablado de su enfermedad: sin entrar en más detalles, le dijo que había sufrido algunos trastornos, alucinaciones y cosas así, pero que ahora, con la medicación, estaba mucho mejor. La tía Andrea, que había cenado rápida y frugalmente, miraba a su sobrino desde el otro lado de la mesa, y se levantaba a cada poco, llevándose o trayendo algo, para que a éste no le faltara nada en ningún momento. García comía con placer, pausadamente, y de vez en cuando levantaba la vista y miraba a su alrededor. Estaba encantado con el sabor del guiso, con el sabor del pan: sensaciones que ahora recuperaba, después de años, como el olor peculiar de la casa —ese olor agrario de las casas que tienen un corral— y la calidad del aire, ligero y fragante. Le resultaba relajante el silencio que reinaba en la casa, la vetusta cocina en la que tan pocas cosas habían cambiado, el sonido de la cuchara contra la vajilla aldeana. Había encontrado a su tía algo más delgada, con el pelo un poco más blanco, pero tan ágil y activa, tan serena y sentenciosa como siempre, como si la edad hubiera eliminado algunas cosas superfluas, concentrando todavía más la esencia de su persona.

García pensaba en todas estas cosas, y paladeaba goloso el sabor vegetal, el regusto ahumado y porcino del guiso.

—¡Qué bueno está este caldo, tía! Hacía tanto tiempo que no disfrutaba este sabor…

—Al menos el hambre no la has perdido… ¿Qué comiste al mediodía?

—Una focaccia.

—Ay, señor. ¿Qué es eso?

—Una cosa italiana. Como una empanada, pero… La verdad es que no sabía a nada. La compré porque era el chiringuito en el que había menos cola del aeropuerto.

—No me extraña que os enferméis, comiendo esas porquerías. Lo que tendrías que hacer es venirte a vivir aquí. Tus padres nunca tendrían que haberse ido para allá abajo.

—De buena gana me vendría, pero allí tengo el trabajo, un trabajo seguro, con un buen sueldo. No está ahora la cosa para lanzarse a la aventura.

—Hombre, la verdad es que aquí, ahora mismo, no hay mucho trabajo. Pero ya te acabaríamos encontrando algo.

—Estoy tentado de comer otro poco —dijo García, paladeando el trozo de pan untado en el caldo que acababa de rebañar del plato.

—Espera, que te he hecho otra cosa.

La tía Andrea se levantó, se acercó a la cocina y volvió con una

fuente cubierta por un paño, que puso encima de la mesa. Al levantar el paño aparecieron unas empanadillas doradas, olorosas, de tamaños irregulares y con los bordes pisados con un tenedor.

—¡Ahí va! Pero si yo… me conformaba con el caldo, últimamente nunca ceno tanto.

—Así estás de delgaducho.

Bajo la mirada complacida de su tía, García se llevó un trozo a la boca y resopló para atemperar el inesperado vapor perfumado que liberaba el relleno de atún y cebolla, y masticó fundiéndolo con la deliciosa masa crujiente y hojaldrada.

—¡Por Dios, qué bueno está esto! Ahora ya nadie hace las empanadillas así.

—¿Y entonces cómo las hacen?

—Se compran congeladas.

—Así estáis de desgalichados, que se os caen los pantalones a todos.

García comió con delectación tres, cuatro empanadillas.

—¡Basta, basta ya! —dijo, poniendo ambas manos sobre la mesa, tras engullir el último bocado—. Me comería toda la fuente.

—Bebe algo. No has echado un trago en toda la cena.

—Es que… comer con agua. Es lo que se me hace más difícil.

—¿Quieres que te compre cerveza sin alcohol?

—En mi vida la había probado, pero… a la fuerza ahorcan. Puede que no esté mal.

—Mañana mismo compraré. Me lo tendrías que haber dicho. Yo no me daba cuenta de que no podías beber con las pastillas. Si hasta compré ese vino para ti. Yo nunca bebo.

—No te preocupes, tía. Aquí hasta el agua está buena.

—La traigo de la fuente cada día. A la del grifo ya le ponen cloro, como en todas partes.

García todavía comió algo de fruta, aunque rechazó algunos productos de pastelería autóctona, comprados en el pueblo vecino, que le ofreció su tía.

—Bueno —dijo ésta, retirando los dulces—, pues para mañana, con la comida. Esto no se estropea.

La conversación, de temas intrascendentes, se prolongó todavía unos minutos, mientras Andrea —que no quiso que su sobrino la ayudara— retiraba los platos de la mesa. Cuando lo hubo dejado todo en orden, se enjugó las manos y se quitó el delantal.

—¡Uy, qué tarde es! Normalmente, a estas horas ya estoy en cama. Me levanto muy temprano yo.

—¿Sabes que cuando decidí venir para aquí —dijo García— sólo

soñaba con desayunar en el patio de atrás, debajo del manzano?

—Bien fácil que es darse ese capricho. Además, para mañana han dicho que hará bueno.

—Y con un buen libro, para que el lujo ya sea completo. Por cierto que no me he traído ninguno, supongo que todavía tienes…

—Está todo tal como lo dejó tu padre.

—Estoy deseando pillar un buen libro. Y aquí no me van a faltar.

—Tú no te preocupes, que mientras esté aquí la tía Andrea nadie va a tocar nada de eso. Cuando me muera, ya no sé qué pasará, pero de momento… no tienes de qué preocuparte.

—Es curioso… —dijo García, jugueteando sobre la mesa con el vaso vacío—. Mi padre… Él vino aquí por lo mismo que yo. También él estaba enfermo.

—¡Qué iba a ser lo mismo que tú! Él sí que estaba malo. A ti no te pasa nada.

—Hombre… en teoría lo mío es mucho más grave. Él estaba… entonces se decía que estaba enfermo de los nervios. Hoy dirían que tenía depresión. Lo mío es un brote esquizofrénico.

—El médico dirá lo que quiera, pero yo os conozco muy bien a los dos: conocía a tu padre, y te conozco a ti, desde que eras pequeño.

—Al menos mi estómago está claro que lo conoces. En cuanto a lo otro, dejémoslo en que ahora me encuentro bien, de hecho me encuentro estupendamente desde que estoy en esta casa.

—Y mejor que estarás dentro de unos días. Vas a engordar diez kilos, ya lo verás.

—Pues predica con el ejemplo. Cada vez que vengo te encuentro más delgada.

—Yo ya no necesito comer, ya comí bastante durante toda mi vida. Pero dormir sí, eso sí que lo necesito. Me voy para arriba. En cinco minutos te dejo el cuarto de baño libre, no me oirás piar en toda la noche.

—Tranquila, yo me quedaré un rato más por aquí abajo. Quiero salir a respirar un poco el aire.

—“La comida reposada y la cena paseada” —sentenció la tía.

—¿Quieres que cierre con llave cuando me vaya a dormir?

—Nunca echo la llave.

—Pues yo tampoco lo haré.

Tía y sobrino se desearon las buenas noches, y ella desapareció por las escaleras en dirección al piso de arriba, en el que estaban las habitaciones y el cuarto de baño.

García se quedó solo. Curioseó un rato por la cocina y el comedor, un típico comedor aldeano que casi nunca se usaba, con una alacena y muchas fotos y pequeños objetos decorativos, y después abrió la

puerta del patio trasero y salió al exterior. La fachada delantera de la casa daba a la calle, una calle asfaltada con una hilera de casas y algunos solares, pero la parte trasera, en donde estaba el corral y un pequeño huerto, se abría al campo y a un prado en declive dedicado al pasto, del que le separaba una pequeña valla de tela metálica y una puerta del mismo material, con un desvencijado marco de madera. Aunque en la calle había alguna farola, que estaba encendida durante toda la noche, aquí atrás la oscuridad era casi total: el prado inclinado era una mancha gris, el bosque, a lo lejos, era una sombra negra, y las estrellas brillaban en el cielo en un número y con una intensidad a la que ya no estaba acostumbrado. García admiró la magnificencia del cielo cuajado de estrellas y pensó en su adolescencia, que tanto se prolongó; pensó que ese mismo cielo, con veinte, incluso con veinticinco años, le habría conmovido, le habría emocionado hasta las lágrimas con la promesa indefinida de algo sublime. Al recrearla, García tuvo un vislumbre, un latido fugaz de aquella emoción que hacía tantos años que no sentía. Entonces, en su adolescencia, la habría prolongado hasta quedar saturado, empalagado de belleza e idealidad. Hoy no podía retenerla ni un segundo, pero al menos la había recordado. Sin dejar de mirar al cielo, García pensó en lo que había dicho su tía, y se dijo que tal vez tenía razón: que a lo mejor sí que estaba sano, y era un cuarentón normal y corriente, que ya no era capaz —y menos mal— de emocionarse mirando a las estrellas. La verdad era que en este momento se encontraba bien: no había visto nada raro desde hacía horas, y hasta le parecía que verbalizaba sus pensamientos con más agilidad, a un ritmo casi normal. Pensó que tal vez su cuerpo —ahora que ya se había tomado la segunda— se estaba habituando a las pastillas, después de la revolución que para su sistema nervioso había significado la primera.

Como si fuera una consecuencia de la postura a la que le obligaba la contemplación del cielo, inclinando la cabeza hacia atrás, un bostezo pesado y envolvente le nació en el cuello y le abrió con fuerza las mandíbulas; y después vino otro, y al cabo de un rato otro más, y García comprendió —a pesar de que no eran más que las once— que no iba a quedarse despierto tanto tiempo como había pensado, y que sería mejor dejar para mañana la primera visita a la biblioteca de su padre, porque de todas formas tampoco sería capaz de leer ni una línea con aquel sueño que le iba envolviendo y le exigía, inaplazable, el reposo.

Entró de nuevo en la casa, subió las escaleras con las piernas pesadas, apagando las luces tras de sí; y ya en su habitación, después del aseo, disfrutó por unos momentos —mientras se desvestía y se ponía el pijama— del agradable silencio que reinaba en su habitación, del olor a madera y la sobriedad de los muebles, y de la cama alta con

su rústica colcha bordada.

El colchón le acogió, blando y esponjoso, se hundió bajo su peso haciéndole un hueco cálido y acogedor, vagamente uterino, y García todavía pensó, antes de quedarse dormido, que la tía Andrea era un vestigio de otra época, y que no se imaginaba que todavía quedaran somieres como aquel, hecho sólo de muelles, que se hundía en el centro como si fuese una hamaca.

García pasó una semana completa en casa de su tía. Llegó el sábado por la tarde, y se marchó el domingo siguiente por la mañana. En todo ese tiempo, se dedicó básicamente a dormir, a comer bien y a leer. Es cierto que daba un paseo diario por los alrededores de la aldea, que una vez acompañó a su tía en autobús, como solía hacerlo ella, hasta el pueblo grande, que era la capital de la comarca, y la ayudó con las compras, y que tuvo algunas charlas en la tasca —un bar grande y desangelado, que era el único establecimiento de ese tipo que había en la aldea— con un amigo, un conocido de sus remotas vacaciones de la infancia, del que él apenas se acordaba, y que se mostró encantado de compartir algunos momentos de su ociosa vida —estaba en el paro— con el recién llegado. Es cierto que este personaje se empeñó un día en llevarlo en su propio coche a ver el pantano: un embalse con vistas espectaculares que estaba a quince kilómetros de la aldea. Pero a pesar de todas esas pequeñas trasgresiones de su retiro monacal, la actividad a la que más tiempo dedicó en esa semana de reposo, la que más buenos momentos le reportó, fue sin duda alguna la lectura.

En esos días lentos en los que no tenía nada que hacer, en los que nadie esperaba nada de él, ni él tenía ninguna inquietud ni aspiración, García disfrutó, como hacía tiempo que no lo conseguía, del placer de sumergirse en la trama de una novela, de dejarse mecer por el estilo y la precisión de una prosa de calidad, de la magia de trasladarse a otras épocas y otros ambientes, propiciada por el buen hacer, por la jugosa narración y las descripciones y los diálogos de un buen escritor. En la biblioteca que había dejado su padre —alrededor de trescientos volúmenes, repartidos entre una estantería y un baúl— García hizo jugosos hallazgos, viejos conocidos de la infancia, esos libros que de niño veía a diario, atraído por la portada pero sin la menor intención de leerlos, junto a otros que ahora descubría y que le sorprendían agradablemente, a él, que en cualquier feria del libro huía de las novedades y buscaba más bien en los puestos de segunda mano. García comprendió, desde su visión de adulto exigente, con un criterio ya formado, por qué su padre releía una y otra vez algunos libros; y acabó descubriendo que bastaba con buscar los volúmenes que estuvieran más deteriorados, los más blandos y manoseados, para acertar con la lectura potente y enjundiosa que no le decepcionaría.

García reflexionó a la luz de aquellas largas sesiones de lectura, de aquellos momentos de evasión, de genuino placer estético, en los que la realidad pasaba a un segundo plano, y pensó que había perdido la capacidad de emocionarse mirando a las estrellas, pero no la de

aislarse y escapar de este mundo, perdiéndose entre las páginas de un libro; y que si algo le había ocurrido es que se había vuelto más exigente, más selectivo al escoger lo que leía, pues su mayor bagaje y capacidad crítica le impedía disfrutar de ciertas lecturas que en su adolescencia le habrían entusiasmado. Pensó, en definitiva, que se estaba haciendo viejo, pues mientras su cabeza era cada vez más rica, su corazón se iba secando y empobreciendo.

García se evadía en los gozos serenos de la lectura, pero lo cierto es que la vuelta a la realidad no era menos placentera: más allá de las páginas del libro, le aguardaba la naturaleza en todo su esplendor primaveral, la serenidad de la vida aldeana, la falta total de obligaciones, las suculentas pitanzas con que lo agasajaba su tía día y noche. Tal vez ese modo de vida habría llegado a hastiarle, de haberse prolongado en el tiempo, pero en aquel momento, después de todo lo que le había ocurrido, este receso perfectamente acotado, esta semana de total irresponsabilidad y de dejarse cuidar y regalar, actuó como un bálsamo que le devolvió la calma y la serenidad que desde hacía ya algunos años le caracterizaba.

La falta de preocupaciones incluía el no pensar en su enfermedad, más allá de tomar puntualmente las pastillas y dejar que éstas hicieran su efecto. Y la verdad es que no pensaba en ello: durante horas, llegaba a olvidarse del motivo que le había llevado a estar allí, disfrutando de un buen libro, frente a un prado en el que pastaban las vacas, acariciado por una suave brisa, resguardado del sol por las sombras movedizas de las hojas de un árbol. No pensaba en ello, no quería pensar que ya hacía algunos días, desde que subió al avión, que no había visto ningún gigante —ahora le parecía absurdo y ridículo usar esta palabra, a pesar de que era la más exacta para definir su delirio—, ni había detectado ninguna actividad, ni en casas ni en edificios, que se pudiera relacionar con ellos.

Su tía, siempre activa, siempre atareada, era la anfitriona ideal para alguien en su situación. Con su natural discreción, con su carácter enérgico pero tolerante, no se inmiscuía para nada en la vida que hacía su sobrino, nunca forzaba una conversación, y cuando hablaba con él lo hacía de forma directa y sencilla, con total naturalidad. Tan sólo le exigía puntualidad para acudir a la mesa a la hora de la comida y de la cena, pues, como ella solía decir, la comida había que comerla caliente. Pero para García aquello no representaba ningún esfuerzo: cuando llegaban las dos del mediodía, o las nueve de la noche, ya estaba muerto de hambre y deseando probar la nueva delicia que le había preparado su tía. Con este régimen de vida, y en tan sólo una semana, García engordó a ojos vista. Nunca en su vida había dormido, comido y leído tanto en tan pocos días. El domingo por la mañana, cuando se despedía de su tía, bromeaba con ella sobre

esta cuestión.

—No he metido diez kilos —dijo, usando el modismo local—, pero poco me ha faltado.

—Si me hubieras dado más tiempo, los metías.

—No, más tiempo no, por favor. Si sigo aquí un día más, me olvido para siempre de lo que es trabajar, y me quedo a hacer el zángano para toda la vida.

—A la que os ponéis buenos, voláis del nido. Y no os vuelvo a ver el pelo.

—Papá, quiero decir, mi padre, no se puso bueno del todo.

—Pero ya no volvió más.

—Yo te prometo que volveré. Me cure o no me cure.

—Tú no estás enfermo.

—Freud te oiga, tía, Freud te oiga.

—No bromees con esas cosas.

—Perdona. Si bromeo es porque me encuentro bien.

—Anda, no te dejes nada. Y ten cuidado con ese, que es un *trangalleiro*; aún os vais a *esnafrar* por ahí con el coche.

—Pues no conduce mal, al menos cuando me llevó al pantano…

La tía Andrea se refería al amigo de la infancia de García, que se había ofrecido a llevarlo hasta el aeropuerto en su coche, a pesar de que era un viaje de casi cien kilómetros. Ya en la calle, entre la puerta de la casa y el coche que esperaba junto a la acera, la tía Andrea le dio dos besos a su sobrino nieto. Él le respondió con un abrazo breve pero estrecho, espontáneo. Mientras la abrazaba, notó su olor limpio y austero, y se dio cuenta de lo pequeña y delgada que era en realidad.

—Anda cuídate —le dijo ella—. Y llámame por teléfono cuando llegues a tu casa.

—Así lo haré, tía, así lo haré.

El viaje al aeropuerto transcurrió sin ningún percance. García iba distraído por la cháchara del amigo, que no paró de hablar en todo el camino, como si quisiera aprovechar el poco tiempo que le quedaba antes de volver a la monotonía de su vida cotidiana. Cuando ya se iban a despedir, García —que había estado sopesando la conveniencia de hacer ese gesto— quiso darle algún dinero, para compensarle por los gastos que le hubiera podido comportar el viaje. Pero el amigo, con una amplia sonrisa, rechazó los billetes, y se despidió con mucha cordialidad, prometiendo comunicarse con él por medio del correo electrónico.

García subió al avión en un excelente estado de ánimo. No quería empezar a pensar en lo que haría cuando estuviera en su casa, cómo organizaría las horas que le quedaban hasta la visita con el psiquiatra que tenía al día siguiente. En cambio estaba deseando ponerse a leer

un libro que ya había empezado —el único que se había traído de la biblioteca de su padre—, de modo que, en cuanto hubo localizado su asiento, sacó el libro de su equipaje de mano, se sentó, y se puso a leer con avidez.

Concentrado como estaba en la lectura, el viaje se le hizo muy corto. Tenía la impresión de haberse puesto a leer hacía un momento, y ya los altavoces anunciaban que el avión iniciaba el descenso. García todavía leyó un poco más, hasta que, al salir de una capa de nubes, apareció tras la ventanilla, con el horizonte inclinado, el conocido panorama de suburbios y descampados cercanos al aeropuerto. A la fealdad de este paisaje, a la velada desazón de la vuelta a la rutina cotidiana, se unía la evidencia de una tarde lluviosa y gris, vagamente depresiva. García cerró el libro, y aguardó pacientemente a que el avión acabara todas sus maniobras. Por la experiencia de otras veces, sabía que esa desazón era pasajera, fruto de la perspectiva a vista de pájaro, en el limbo del avión, y que desaparecía una vez se pisaba tierra, y se veía uno arrastrado por la poderosa corriente de la actividad terrena, con todas sus exigencias y obligaciones.

García no tenía ninguna prisa: cuando el avión se detuvo definitivamente y se produjo ese momentáneo caos de personas y equipajes en el pasillo, él se quedó un rato sentado en su asiento, junto a la ventana, esperando a que el espacio se despejara. Así estaba, cuando llamó su atención una conversación que se desarrollaba entre dos mujeres que avanzaban por el pasillo, en dirección a la puerta de salida. En un tono quejoso e indignado, las mujeres protestaban de la estrechez de los asientos, y cuando ya pasaban por su lado, García vio que miraban hacia atrás con disimulo, y le pareció oír que una de ellas decía: “Pobre chico, ha tenido que ir todo el viaje sentado de lado, con las piernas en el pasillo”. “Y menos mal que ese señor le cambió el asiento”, dijo la otra. García miró hacia atrás, y tuvo la impresión de que de repente el aire se volvía más denso, que se hacía irrespirable, que le caía encima una losa de horror y desesperación que amenazaba con aplastarlo. Desde la cola del avión, en uno de los últimos puestos de la lenta peregrinación hacia la salida, un joven de descomunales dimensiones avanzaba trabajosamente, el torso casi en horizontal, sujetándose en los respaldos de los asientos y con el rostro contraído por el esfuerzo y la necesidad de mirar en todo momento al techo que le iba rozando la coronilla.

Todo ocurrió de forma tan inesperada, tan contundente, que García fue incapaz de reaccionar, y se quedó inmóvil en su asiento, hasta que el último pasajero salió del avión.

—¿Tiene algún problema, señor?

La chica le miraba con solicitud profesional, pero sin ocultar un cierto apremio. Detrás de ella, en torno a la plataforma de salida, las

otras azafatas y el sobrecargo se movían y hablaban ya en otra actitud más relajada, menos circunspecta. García se levantó con brusquedad, farfullando una expresión de disculpa, y sacó su equipaje de mano.

—Señor, se deja su libro.

García retrocedió, cogió el libro que le ofrecía la azafata y salió precipitadamente del avión. Estaba tan absorto en sus pensamientos, que no se daba cuenta de nada: no se dio cuenta del tiempo que transcurría desde que salió el último pasajero hasta que la azafata, extrañada, se decidió a hablarle; no se daba cuenta de que su disculpa sonó como un graznido, no era consciente de su mirada azorada y temerosa, y de que la sonrisa que esbozó cuando le dieron el libro parecía una mueca enfermiza; no se daba cuenta, mientras avanzaba por la pasarela desierta, de que iba aminorando el paso, como si le frenara la suave pendiente, hasta que se quedó parado, con la maleta en una mano y el libro en la otra, mirando el flujo de pasajeros que discurría por el pasillo, en dirección a la terminal. Aquí, en el pasillo, y después en los grandes espacios de la terminal, García veía por todas partes los cuerpos desproporcionados de los gigantes sobresaliendo un metro y medio, o dos, por encima de las cabezas de la multitud. Era imposible no verlos, negar, omitir esas presencias eminentes; era imposible no darse cuenta de que su número había aumentado, se había multiplicado por diez desde la última vez que García pasó por allí, hacía tan sólo una semana.

García anduvo por la terminal del aeropuerto, siguiendo maquinalmente el recorrido marcado, los trámites de recoger su maleta, cargarla en un carrito junto con su equipaje de mano, y buscar la salida en dirección a la parada de taxis. Para alguien que lo observara desde lejos, su comportamiento habría parecido el normal —acaso con alguna indecisión, con alguna pausa no del todo justificada— en un viajero solitario y sin demasiada prisa; en cambio, el que pudiera ver desde cerca su rostro y la expresión de sus ojos, ya habría adivinado un drama, algún conflicto trágico y obsesivo bajo el aspecto irrelevante, aparentemente saludable, de aquel hombre de mediana edad. Y el que pudiera penetrar en los entresijos de su mente ya se habría encontrado con una verdadera tormenta, con una lucha agónica y tenaz por no dejarse dominar por el pánico. Desde que vio el primer gigante, todavía en el avión, hasta que empujó la última puerta y salió al aire libre, su pensamiento pasó por una serie de fases consecutivas, en las que se iban alternando el coraje y la desesperación.

Lo primero que sintió fue miedo y angustia. Esa era siempre la primera reacción que le producían aquellas visiones, sobre todo cuando le cogían desprevenido: era el miedo a la locura, a llevar al enemigo dentro, a tener una mente enferma e incontrolable que

podría ir contaminando todas las parcelas de la existencia, hasta hacerla insufrible. Después se hundió en el desánimo, en la autocompasión, en el cansancio. Incluso llegó a sentarse en un banco, a la mitad de un pasillo muy transitado, aunque se levantó al poco tiempo, al ver que una mujer gigante venía desde lejos, entre otros pasajeros, en dirección a él. En esos momentos pensaba que no había derecho, que él había hecho las cosas bien: no se había dejado llevar por el pánico, había tomado las pastillas puntualmente, y ahora que ya parecía que todo estaba superado, que podría empezar a hacer una vida normal, aunque fuera dependiendo de una medicación, ahora se encontraba con que todo se le derrumbaba de nuevo y tenía que volver a empezar, desde el principio: volver a esperanzarse, a confiar en el médico, en las pastillas, en que todo se acabaría arreglando; volver a refrenar ciertos impulsos de su personalidad que le empujaban a rebelarse, a negarlo todo, a no confiar en nadie. Y por último, tal vez como una consecuencia de todo este proceso mental, llegó la siguiente fase: la reflexión, el análisis, el intentar encontrar las causas, la posible explicación lógica y racional de aquel descalabro. Pensó que tal vez su cuerpo se había habituado ya al medicamento, que había creado sus propios mecanismos de defensa, sus recursos naturales para compensar algo que no dejaba de ser una agresión a su sistema nervioso, y que el resultado de todo ello era que se anulaba en parte el efecto beneficioso de las pastillas. Sí, esta hipótesis parecía tener coherencia: su cuerpo desarrollaba tolerancia al fármaco —algo había leído de eso—, desaparecía o se debilitaba el efecto, y en esas circunstancias bastaba un leve contratiempo —en su caso, la inquietud de tener que volver a su vida cotidiana— para que se desencadenase de nuevo todo el trastorno. Lo más probable es que el psiquiatra no se alarmase ante esta recaída, no le parecería algo tan raro: se limitaría a aumentarle la dosis, y hasta es posible que le dijese que el retroceso, la recaída, era una de las eventualidades contempladas en el proceso del tratamiento.

Esto era lo que pensaba en los momentos de más optimismo, en esos instantes pasajeros en los que parecía que la esperanza volvía a renacer. Pero bien podía ocurrir que al cabo de unos pocos segundos su constante actividad reflexiva le jugase una mala pasada, y llegase a la conclusión de que su recaída era alarmante, ilógica y fuera de lugar, y que incluso el psiquiatra se extrañaría al saber que el delirio había vuelto con una extraordinaria virulencia, y que las alucinaciones —ahora que estaba, al menos en parte, protegido por las pastillas— eran todavía más frecuentes y numerosas que antes. En esos momentos se le venía encima, como una losa, todo el peso de la desesperación. Ante sí veía todo lo que le esperaba en aquella tarde lluviosa: el piso inhóspito y solitario, la incertidumbre de su enfermedad, de la visita

al psiquiatra, la necesidad de ir a comprar, de comer, de resolver mil pequeñas dificultades que ahora se le representaban como obstáculos insalvables.

Y por último, en un secreto repliegue de su mente, cosquilleaba lo otro, lo que la razón reprimía y no se atrevía ni siquiera a formular, pero había estado siempre ahí, escondido, latente, agazapado desde el primer momento; aquello que significaría en realidad la esperanza más grande, pero también la más osada, la más peligrosa e incontrolable: la idea de que todo era real, que los gigantes estaban ahí, extendiéndose, proliferando, modificando el mundo a su medida, pero nadie, excepto él, era capaz de verlos.

Todas estas ideas iban pasando por su mente, en una ronda cíclica y obsesiva, mientras seguía como un sonámbulo las flechas, las indicaciones, mientras esperaba su maleta, y la recogía y la ponía en un carro, y seguía de nuevo las indicaciones de los carteles que conducían al exterior, a las puertas que se abrían a la intemperie y a la parada de taxis.

El primer taxi que había en la fila era una furgoneta alta, oscura, lustrosa. No era la primera vez que García veía un taxi de estas características, y le constaba que —aparte de su mayor capacidad de carga— estos vehículos ofrecían todas las comodidades de un coche normal. Pero esta vez sintió un indefinible desagrado al ver que le tocaría viajar en uno de ellos. Se fue acercando a la furgoneta con ímpetu decreciente, aminorando el paso, y cuando se asomaba cautelosamente a la ventanilla lateral, buscando al conductor, una figura apareció a su espalda, un gigante de tres metros de altura, tal vez más, que le dio los buenos días mientras se dirigía a la parte trasera del vehículo, y abría el portón con gestos rutinarios, y caminaba en dirección al carrito, dispuesto a cargar las maletas de García. Pero éste gritó un "¡No!" brusco y destemplado, y empezó —ante la mirada atónita del gigante— a retroceder protegiendo el carrito, con la mirada esquiva, farfullando algo que podía ser una negación o una disculpa, hasta llegar a la altura del segundo taxi, que ya era un automóvil convencional. Tampoco en este caso había nadie al volante. García acercó ostensiblemente el carro con el equipaje al maletero del coche, y aguardó junto a la puerta lateral.

—Tiene que ir en el primero… Tiene que coger el que está primero en la fila.

La voz procedía de su derecha. García no quería mirar hacia ese lado, porque sabía que allí estaba el gigante, pero ahora miró de reojo y vio que había un grupo, muy reducido —tres o cuatro personas— presidido por la descomunal figura, y comprendió que eran algunos de los taxistas, que charlaban junto a la pared acristalada, a resguardo de una columna de hormigón; comprendió que ya estaban allí cuando él

llegó, a su espalda, haciendo tiempo hasta la aparición de un nuevo cliente, y que por eso no vio al gigante hasta que lo tuvo encima. El que ahora le había hablado era uno de estos hombres, tal vez el dueño del coche junto al que esperaba. García tardó algún tiempo en reaccionar, mientras el taxista aguardaba la respuesta, y se empezaban a oír, procedentes del grupo, velados comentarios de burla o de protesta. "Esperaré", se limitó a decir García, sin mirar a los taxistas pero con voz enérgica, para asegurarse de que era oído.

No tuvo que permanecer mucho tiempo en aquella incómoda actitud. Al poco rato apareció un nuevo viajero que ocupó la furgoneta, y García pudo partir por fin en el coche que había escogido. El taxista —un hombre de unos sesenta años, con el pelo gris y un aspecto pulcro y atildado— hizo algunos comentarios destinados a tirarle de la lengua a su extraño pasajero acerca de sus peculiares preferencias; incluso llegó a decir que un taxi tenía que ser un taxi, y no un microbús. Pero el pasajero apenas prestaba atención; contestaba de mala gana, o con evasivas, y parecía ausente y distraído, de modo que el conductor acabó optando por un silencio muy digno y profesional, vagamente ofendido, que acompañó con el gesto ostensible de encender la radio. En realidad, García estaba distraído, sumido en una serie de reflexiones que nada tenían que ver con lo que ocurría dentro del taxi, sino con lo que veía en el exterior, a través de la ventanilla.

Por más que rechazaba la idea, y se intentaba convencer a sí mismo de que su apreciación era subjetiva, no podía menos que constatar que en la autovía de acceso al aeropuerto, y más tarde en la concurrida autopista, se apreciaba una inusual abundancia de furgonetas, pero no de las dedicadas al transporte, sino de aquellas otras totalmente acristaladas —algunas con los cristales oscuros—, destinadas, como un turismo cualquiera, al uso particular. También parecían proliferar más que de ordinario los todoterreno altos y aparatosos, y a García le pareció ver, en más de una ocasión, que el conductor de aquel jeep, o el de aquella furgoneta, eran individuos de desmesurada estatura, que apenas cabían en sus espaciosos habitáculos. Después, cuando el taxi empezó a circular por zonas más urbanizadas, y la autopista pasaba lo suficientemente cerca de alguna población, a García ya no le quedó ninguna duda de que veía muchos más edificios en obras de los que había visto en su viaje de ida de hacía una semana, muchos más contenedores y muchas más de aquellas curiosas mangas de desescombro que tan bien conocía, y que ahora ponían su nota de color —para él siniestra— en la mayoría de los edificios.

Pero fue en su ciudad —cuyas calles recorrió el taxi hasta el núcleo mismo de la población— en donde sus ojos vieron las pruebas más

evidentes de transformación. Aparte de la abundancia de gigantes que descollaban aquí y allá, a veces en inquietantes grupos, en las concurridas aceras de aquel domingo por la tarde, García se encontró con una ciudad completamente cambiada, alterada su fisonomía, su gama cromática, por la insólita proliferación de los enormes tubos de color amarillo —presentes en mayor o menor número en casi todos los edificios—, que a primera vista le daban a las calles, a las plazas y avenidas, un aspecto festivo y de celebración, cuando en realidad eran todo lo contrario: un síntoma de una intensa actividad laboral.

Pero hoy era domingo, un domingo por la tarde, el momento más ocioso de toda la semana, y todo aquel febril ajetreo de reformas, todas aquellas bocas vomitadoras de cascotes estaban en silencio: los tubos colgaban inertes, sujetos con sus cadenas; en muchos de ellos había sido retirado el contenedor que tenían debajo, y en general, vistos de cerca, cuando se podía apreciar su superficie arañada y polvorienta, aquellos artefactos perdían su aire colorista, y adquirían un aspecto feo y vagamente siniestro, de tanques o cañones.

Pero además García vio otra cosa, algo que no había visto hasta ese momento y que guardaba una inquietante coherencia con todo el aparato teórico que le dictaban sus temores: en algunas fachadas, junto a otros en obras o simplemente normales, se veían balcones que *ya habían sido reformados*. Era evidente que aquellos balcones acababan de salir de un meticuloso trabajo de remodelación. No sólo los materiales —la barandilla, la puerta acristalada, el enlucido de la pared que los enmarcaba— tenían el aspecto nuevo y flamante de las cosas recién acabadas, sino que las dimensiones, la altura de todos estos elementos era ahora mucho más grande, y contrastaba llamativamente junto a los otros balcones del edificio, que todavía conservaban su tamaño normal.

—¿No le parece que últimamente hay muchas obras?

Fue García quien hizo la pregunta. Él mismo se sorprendió de su espontaneidad, que había sido fruto de un impulso inopinado. De haber meditado un poco la pregunta, habría acabado por no hacerla. En realidad, le daba miedo conocer la respuesta, le daba miedo que aquel hombre vulgar y puntilloso, que al parecer se había sentido ofendido por la actitud distante de García, aquel hombre valioso como juez precisamente por su vulgaridad y por su total desconocimiento del conflicto, del *verdadero conflicto* de su pasajero, le dijese que qué obras, que él no veía ninguna obra, ni ningún tubo de plástico ni nada de nada. Pero al mismo tiempo —y este era un sentimiento nuevo que se iba insinuando en él, que iba ganando terreno poco a poco— también le daba miedo imaginar lo contrario: que el taxista veía lo mismo que estaba viendo él, *pero no le daba ninguna importancia*, porque tanto con una respuesta como con la otra García se enfrentaba

a una total soledad, y a una dolorosa incertidumbre. Pero el chófer no contestaba a la pregunta, seguía con su actitud silenciosa y circunspecta, muy erguido en el asiento, y consultando de vez en cuando la pantalla de su navegador. Pudo más en García la curiosidad, la necesidad de salir de aquella incertidumbre, que el temor a cualquier respuesta, y al final repitió la pregunta, con palabras casi idénticas a las de la primera vez.

—Ni me parece ni me deja de parecer, señor mío —dijo el conductor—. Ni me parece ni me deja de parecer.

La respuesta del taxista contenía muchos mensajes, algunos implícitos y otros más evidentes. García pensó que el taxista era un hombre vanidoso, que su pulcritud y su impecable corte de pelo, su perilla cuidadosamente recortada, no bastaban para ocultar la zafiedad esencial que se manifestaba en su entonación y en la manera de pronunciar las palabras. No sabía en qué momento, con cuál de sus silencios u omisiones había ofendido la dignidad de aquel individuo; qué ofensa inconsciente fue la causa de esa respuesta rencorosa, de una grosería apenas disimulada. Pero, por encima de todo, aquel risible altercado significaba para García una tregua: significaba posponer para otro momento la experiencia de confrontar su percepción de los hechos que le obsesionaban con la de los otros, con la del mundo. De estas reflexiones le sacó el taxista, que desde hacía un rato miraba en la pantalla del navegador la ubicación exacta de la dirección que García le había dado.

—No me diga que eso está en una zona peatonal. Aquí me sale que hay unos pilones de esos… Pues yo no pienso andar carreteando maletas de un lado a otro.

—No se preocupe, tengo aquí el mando a distancia para bajar los pilones. Son de los de sube y baja.

—¿Y luego para salir, qué?

—Los de salida se abren siempre, solo hay que acercar el coche. Están en el otro extremo de la calle

—¿Y si fallan, qué? Dígame el piso en donde vive, y la puerta, para saber en dónde encontrarle si hay algún problema.

García le dio los datos que le pedía y le dijo que aquellos pilones, que él supiese, no habían fallado nunca. Hablaba con mucha serenidad, sin pizca de irritación, interiormente aliviado por no tener que enfrentarse de momento a su problema. En cambio el taxista —a quien la magnanimidad de su cliente parecía molestar todavía más— ya no dejó el tono antipático y ofendido, y entregó las maletas y cobró la carrera sin salirse de una corrección altiva y glacial.

La sensación agridulce que aquel episodio ridículo había dejado en el ánimo de García, se ensombreció en buena medida cuando, al mirar

hacia arriba, con las maletas ya en la mano, descubrió que de la fachada del edificio colgaba una nueva manga de desescombro, y que salía de una de las ventanas del piso vecino al suyo. García perdió el impulso que le llevaba hacia la puerta, expulsó todo el aire en un suspiro de desánimo, y se hundió literalmente unos centímetros, como si el peso de las maletas lo atrajese hacia el suelo. Respiró de nuevo, dos o tres veces, con la cabeza baja, y por fin se dirigió hacia la puerta.

No llovía en la ciudad, pero el cielo estaba cubierto. Cuando García entró en el edificio ya empezaba a anochecer. Ya no quiso salir de casa. Cenó, a base de microondas, de lo poco aprovechable que encontró en la nevera, y se distrajo como buenamente pudo, primero escuchando la radio, y después leyendo el libro que había pertenecido a su padre. Nunca fue muy aficionado a mirar la televisión —al contrario de Mara, que se pasaba frente a ella el poco tiempo que estaba en casa—, pero ahora pensó que tendría que comprarse una, y asegurarse de que se la instalaran e hicieran todas esas cosas, como programar los canales y similares, cuya existencia él no ignoraba, pero se veía incapaz de hacer por sí solo. En realidad, procuraba no pensar en lo otro, en todo lo que se le había venido encima desde que aterrizó el avión. Necesitaba darse una tregua, no pensar ni decidir nada hasta el día siguiente, cuando hablase con el psiquiatra y supiese en qué dirección tenía que dirigir sus esfuerzos.

Con un empeño un tanto pueril, intentó hacer paréntesis del dramático retroceso que había constatado aquella tarde, archivar todo lo que había visto, guardarlo para mañana, y de momento prolongar sus vacaciones unas horas más, acabar el libro que había empezado, y darle al cuerpo el descanso que ya le estaba pidiendo. Y lo cierto es que lo consiguió: comió con bastante apetito, llegó a sumergirse de verdad en la lectura del libro, y a eso de las once —ayudado por el cansancio físico y mental del viaje, por el hábito de acostarse temprano que había adquirido en casa de su tía, y por el efecto sedante que siempre tenían las pastillas— se durmió sin demasiadas dificultades. Mientras se amodorraba, agradecido por la tregua que le concedía el sueño, pensó que ya era bien triste, que era una mala señal que un hombre como él, a su edad, estuviera deseando que llegara la noche para poder dormir.

Aunque no se había puesto el despertador, García se levantó antes de las ocho. Se duchó y se puso ropa limpia, y después desayunó de lo que tenía en casa; y todo esto lo hizo morosamente, con extraordinaria parsimonia. El desayuno, en particular, se prolongó mucho más de lo acostumbrado, porque García aprovechó para acabar entre sorbo y sorbo, entre bocado y bocado, el libro que la noche anterior había dejado en sus páginas finales. Después lo recogió todo, fregó los platos y dejó la cocina en orden; y a pesar de todo, cuando miró el reloj vio que no eran más que las diez, y que todavía faltaban más de tres horas para la visita con el psiquiatra.

Fuera porque le apetecía mucho leer el periódico, o porque sabía que tarde o temprano tendría que comprar algunas provisiones, o simplemente porque habían desaparecido las nubes que cubrían el cielo a primera hora, y empezaba a salir el sol, el caso es que decidió armarse de valor y salir a la calle. Iba preparado para lo que se podía encontrar, pero aun así no pudo evitar el mismo sentimiento de decepción, la misma sensación de amargura y desánimo —como si recibiera un bofetón traicionero— que sentía cada vez que comprobaba que aquellas absurdas visiones seguían allí, cada vez que una andanada de cascotes le sobresaltaba una vez más, al precipitarse desde una gran altura contra la caja de resonancia de un contenedor vacío.

García hizo las compras que se había propuesto, e incluso se permitió una parada en sus idas y venidas para leer el periódico en la terraza de un bar, como hacía en los viejos tiempos, frente a un bocadillo y una cerveza, esta vez sin alcohol. Y todas estas actividades las llevó a cabo con una alerta displicente, procurando evitar los contactos directos con los gigantes, cada vez más numerosos, pero intentando no obsesionarse con su presencia ni prestarles demasiada atención. Bien es verdad que en una tienda dio marcha atrás y devolvió a los estantes lo que ya había cogido, al ver el cuerpo gigantesco del tendero, y que en otra se cambió de fila por el mismo motivo, para ser atendido por una cajera de su misma talla; pero aparte de estos pequeños contratiempos, de algunas dilaciones y encuentros desagradables, García, mal que bien, pudo abastecer su despensa y cumplir con las pequeñas obligaciones que se había planteado para cubrir aquellas horas. Aunque no es menos cierto que soportó este peculiar viacrucis, con todos sus contratiempos e incomodidades, porque lo consideraba como algo transitorio, y esperaba que el psiquiatra solucionara aquella situación, como el que

soporta el momento desagradable de recibir una inyección que le curará, o el que consigue llegar con el coche hasta el taller con una rueda pinchada, castigando la llanta contra el asfalto.

Por fin llegó la hora señalada, y García se dirigió a la consulta del psiquiatra, en la plaza que tan bien conocía. Allí se encontró de nuevo con las obras que estaban haciendo en los soportales. Su aspecto había cambiado mucho desde que las vio por última vez: la vuelta de los arcos quedaba ahora a una altura mucho mayor, ya había sido retirado todo el material adicional que tenían por debajo, pero los andamios seguían allí, si cabe más complejos e intrincados que antes, porque al parecer continuaban los trabajos, que ahora se centraban en la restauración de las piedras originales que habían quedado al descubierto.

Ya en la consulta, el psiquiatra recibió a García con su acostumbrada cordialidad, le hizo pasar al despacho y le invitó a sentarse en el mismo sillón que había ocupado en la primera visita.

—Vaya. Pensé que me invitaría a tumbarme en el diván.

—No. Todavía no —respondió el doctor, con una amplia sonrisa—. ¿Y qué? ¿Cómo le han ido las vacaciones? Veo que tiene buen aspecto.

—Sí, las vacaciones han ido de maravilla. Mejor me habría sido quedarme allí, porque… yo ya me veía curado, y luego, de golpe… Fue aterrizar aquí y… y todo se fue a la mierda otra vez.

—Explíqueme eso.

El psiquiatra adoptó inmediatamente una actitud seria y atenta, de escucha profesional. Daba la impresión de que no le sorprendía el exabrupto, el giro negativo en el discurso de su paciente, como si fuera una posibilidad que ya había previsto. García, por su parte, empezó a resumirle la peripecia de aquellos nueve días. Su tono era bien diferente al que había empleado en su primera visita, cuando se dejó envolver por el optimismo jocoso que transmitía el médico: ahora hablaba con una cierta desgana, narrando a grandes trazos los hechos, como si le resultara molesto, o tedioso, explicar unos acontecimientos archisabidos, que nada tenían de agradable. Omitió, sin saber muy bien por qué lo hacía, todo lo referente a las obras en los edificios, y a la impresión que éstas le causaban. Y aun así, como había reflexionado mucho acerca de todo ello en las últimas horas, pudo componer una narración escueta, pero a la vez muy precisa y coherente.

—Bueno —dijo el psiquiatra, una vez García acabó su explicación —, está claro que tendremos que aumentar la dosis. Entraba dentro de lo posible, la recaída, quiero decir; de hecho estaba tomando la dosis mínima y… en fin, hay organismos que desarrollan con más facilidad cierta tolerancia. No tiene que ver con el estado mental, es una cuestión meramente fisiológica.

—Pero lo que yo no entiendo es cómo… cómo puede ser que la cosa haya empeorado. Entendería que no mejorase, o que no se arreglase del todo, pero que vaya a más…

—Pero durante unos días mejoró, no tenía ninguna alucinación.

—Sí, pero ahora, al cabo de una semana, resulta que estoy peor que antes.

—No es tan extraño. Se suele considerar un período de seis o siete días para que el cuerpo se habitúe a las pastillas. Es al cabo de este tiempo cuando a veces se producen los rebotes, no son muy comunes, pero…

—¿Y es normal que ahora esté peor que al principio? Ahora veo más gigantes que nunca, los veo por todas partes.

—De acuerdo, pero también me da la impresión de que ya no se angustia tanto como antes.

—¡Hombre, no te fastidia, a la fuerza ahorcan! Al final se acaba uno acostumbrando.

Al doctor se le escapó una sonrisa, después miró a su paciente en silencio, durante unos segundos, y volvió a tomar la palabra.

—¿Y no ha reflexionado… no se ha parado a pensar por qué se encontraba bien cuando estaba en casa de su tía, de su tía abuela?

—La verdad es que no reflexioné demasiado. Me limitaba a vivir como un rajá. Tal vez por eso me encontraba tan bien: porque no pensaba en nada.

—Pero después, cuando llegó aquí ¿no reflexionó acerca de ello? ¿no pensó en el rol que adoptaba usted, en la naturaleza de la relación con su tía?

—Ah, ya sé por dónde va —dijo García, en tono resabiado—. Mire, no me venga con historias del retorno al útero, y el desplazamiento edípico y mandangas de esas. ¿Qué me quiere hacer descubrir? ¿Qué gran epifanía me va a revelar? ¿Que tengo que hacerme adulto? ¿Que prolongar el papel de hijo tiene sus gratificaciones, pero es inmaduro y antinatural? ¡Venga ya! ¿Por qué no me explica algo que yo no sepa? Yo era perfectamente consciente del rol que adoptaba con mi tía, y me parece que ella también lo era, aunque no lo definiría con toda esa jerga que usan ustedes. Otra cosa muy diferente es que eso tenga algo de enfermizo. ¿Cómo puede ser enfermizo, cómo te puede afectar, hacerte daño, algo que asumes sin ningún problema y conoces al dedillo?

El doctor le miraba con aire divertido, insinuando una sonrisa. Daba la impresión de que se encontraba a gusto, que estaba en su salsa ahora que García se mostraba polémico y dejaba entrever su rebeldía.

—Me parece que vamos a tardar bastante en pasar al diván.

El psiquiatra, indulgente, hablaba con ironía; pero García no se apeaba de su actitud hosca y malhumorada.

—¿Y eso por qué? —se limitó a preguntar.

—Hombre… —dijo el doctor— porque se pasa al diván cuando el paciente quiere explicar sus cosas, y no las del psiquiatra. Lo del desplazamiento edípico ha estado bien, me lo ha quitado usted de la boca.

García no pudo evitar una breve sonrisa, apenas un resoplido instantáneo.

—Mire, ya se lo he dicho otras veces: Es… es evidente que estoy como una chota, si no, no vería todos esos gigantes por ahí. Pero ese es mi único problema, la única disfunción que tengo, es una cosa completamente… aislada, y absurda, que nada tiene que ver con mis traumas, si es que los hubo, ni mis… ¡yo qué sé!

—Pero eso equivale a decir que el fenómeno es externo a usted.

—Esa es la impresión que a mí me da.

—Pero entonces, si fuera externo, quiero decir, lo verían también los demás.

—Sí —dijo García con aire lúgubre—. Parece ser que nadie más lo ve.

—Bueno… Está claro que así no llegaremos a ningún lado, acabaremos siempre en el mismo callejón sin salida —a pesar del tono concluyente, el psiquiatra seguía hablando con indulgencia y cordialidad—. Es evidente que aún no estamos preparados para iniciar una verdadera terapia. Por fortuna tenemos el tratamiento farmacológico, y además también podemos atacar por el flanco conductista. ¿Tiene usted amigos, García?

—Quién no los tiene.

—Sí, pero yo le he preguntado si “usted” los tiene.

García tardó un poco en contestar.

—He tenido algunos.

—Y ya no los tiene.

—No, no es que no los tenga; lo que pasa es que los auténticos, los de verdad, están todos lejos, nos vemos muy de tarde en tarde. A uno hace quince años que no lo veo, y sin embargo tengo muy claro que sigue siendo mi amigo.

—Bueno… Y por aquí cerquita ¿no conoce a nadie? ¿no salía a veces a cenar con su mujer y con otras personas?

—Ah, sí, conocidos tengo unos cuantos. No es que tenga una vida social muy activa, que digamos; pero sí, sé cómo funciona eso. Se queda por teléfono, se vuelve a quedar, porque el día acordado a alguien no le va bien, y al final se acaba charlando a las seis de las tarde, sobre los restos del tiramisú.

—Pues no pierda la costumbre, hágame caso; llame a alguno de esos "conocidos", como usted dice, y queden para ir a charlar y a tomar algo. Empiece por lo que tenga más a mano, hable con Marqués, su compañero de la oficina; usted mismo me dijo que es un chico inteligente. Ya sé que usted desdeña todo eso, porque es el discurso oficial y bla bla bla, pero es muy sano mantener una red de amistades, y más ahora que está sólo en su casa. Lo dicen las campañas oficiales de salud, pero además es verdad.

—No se lo discuto, pero… lo que a mí me preocupa es encontrarme con un "conocido" de cuatro metros de altura. No sería la primera vez que me ocurriera algo por el estilo, como usted ya sabe.

—A eso iba. Esa es la segunda parte del plan. A partir de ahora vamos a hacer vida normal.

—Vida normal…

—Sí, lo otro ya lo hemos probado, y no parece que nos haya ido muy bien. Según entiendo, usted ha rehuido siempre el contacto con los… con las personas a las que ha visto con ese aspecto.

El psiquiatra dejó en el aire su observación, como si esperase una respuesta de García; pero García guardaba silencio, en actitud pensativa, y sólo al final, ante el mutismo interrogante de su interlocutor, contestó de mala gana, farfullando una frase de asentimiento.

—¿Y por qué le angustia tanto esa posibilidad?

—¡Hombre! ¿A usted qué le parece? ¿Qué haría usted si… no sé… si le presentasen a una chica que resulta que usted le llega a la altura de… salva sea la parte? ¿Qué, dónde le daría los dos besos de rigor? ¿Uno en cada cadera?

—Hombre —dijo el médico muy divertido, sin dejar de sonreír— …Puede darle la mano.

—Sí, una mano de medio metro de largo. Mire, dejémonos de bromas. En realidad… Si rehúyo el contacto es porque temo que la cosa siga adelante, que se amplíe a otras parcelas de la percepción. He pensado en eso varias veces y me parece que lo he analizado bastante bien. Hasta ahora sólo he visto algunas cosas raras, ese es mi único trastorno, lo único que se sale de lo normal; no quiero que la cosa crezca, que se confirme con unas sensaciones táctiles, con una interacción que no puedo controlar y que… en fin, de confirmarse, ya sería la puntilla a lo poco que me queda de cordura.

—Eso es muy comprensible. Aunque también podría ocurrir lo contrario: que el problema, visto de cerca, no sea tan grande. Pero bueno, de todas formas no le pido que se eche en brazos de la primera alucinación que se le presente, usted puede ser todo lo reservado que quiera en el trato con los demás. No era a eso a lo que yo me refería;

se trata más bien de que no esté usted tan solo, de que la posibilidad de uno de esos “encuentros” no sirva de pretexto para que se quede encerrado en su casa, como un ermitaño. La soledad no es buena para nadie, y menos para una persona que está pasando por un problema.

—Y entonces ¿qué tengo que hacer?

—Por lo pronto, volver al trabajo.

—Sí, supongo que eso me vendrá bien.

—Pero no se limite sólo a las horas de la oficina. También hay que relacionarse en el tiempo libre: salga, encuéntrese con la gente, hable. Explíqueles su problema, tampoco hace falta que entre en muchos detalles, pero cuéntelo, no lo oculte.

—Aunque quisiera, no lo podría ocultar: si aumentamos la dosis voy a ir por ahí como un zombi.

—Tampoco es eso. Serán dos pastillas al día en vez de una. Cuando el cuerpo se habitúe tampoco será tanto. No será nada escandaloso.

—¿Y cuándo las tengo que tomar?

—Una al irse a la cama, y otra al levantarse.

—Me hará una nueva receta…

—¿Cómo?… No, no, eso mejor dejémoslo para la siguiente sesión. De todas formas, de momento tiene suficientes… Le receté el de cuarenta ¿no es eso?

García le dijo que sí, que sólo había gastado nueve comprimidos, y por lo tanto le quedaban treinta y uno. Después acordaron entre los dos una nueva visita para el siguiente lunes, a una semana vista, y el psiquiatra dio por acabada la sesión. García, que llevaba ya el dinero preparado, pagó en efectivo las dos visitas que hasta el momento llevaban, y unos minutos después caminaban los dos por el pasillo, en dirección a la puerta de salida. Cuando el psiquiatra la abrió, García se quedó un momento detenido, como si no se decidiera a salir.

—Oiga —dijo de pronto—. ¿No le parece que hay muchas obras por todas partes?

—¿Cómo? ¿Se refiere a las obras de aquí abajo? La verdad es que ahora ya no molestan.

—No, quiero decir en toda la ciudad, que hay muchas obras, de reformas, o lo que sea, con esos tubos amarillos, de plástico, que salen de las ventanas.

El psiquiatra frunció el ceño, como en un esfuerzo rememorativo, y de pronto distendió su rostro y miró a García.

—Sí, es verdad, ahora que me lo dice: me fijé esta mañana cuando venía en coche. Lo dejo en el parking de la rambla, si no es imposible. Pero sí, es verdad, me fijé en esos tubos amarillos, yo pensaba que eran de hierro.

—No, son de plástico. ¿No le parece raro?

—¿Que sean de plástico?

—No, que haya tantos.

—Bueno, no sé. Supongo que es normal, me parece que leí algo de que el ayuntamiento subvencionaba las reformas o algo así, para mover un poco el sector de la construcción.

—Ah, eso no lo sabía.

—Me ha parecido oírlo, tampoco me haga mucho caso.

—Sí, debe de ser eso.

—¿Y por qué me lo comenta? ¿Le preocupa?

—No, no, sólo que… me llamó la atención.

García se despidió con aparente indiferencia, y salió a la calle. Mientras bajaba por las escaleras iba pensando que no tenía confianza en aquel hombre, que le daba una semana más a sus métodos y a su maldito tratamiento, y que si en ese tiempo no había ningún resultado, ni siquiera acudiría a la próxima sesión. Su estado de ánimo era muy diferente del que llevaba diez días atrás, cuando salió de esa misma consulta: entonces había salido temeroso, pero lleno de esperanza, con toda la fe puesta en el tratamiento que estaba a punto de empezar. Ahora, en cambio, se había instalado en su alma la desconfianza, una especie de retadora amargura que le hacía mirar a los gigantes que veía por la calle —se topó con dos en la misma plaza, nada más salir de la consulta— con una mezcla de antipatía y prevención. Y aun así, coincidía con su antigua actitud en una cosa: en la necesidad de actuar, de seguir meticulosamente una línea de actuación, aunque fuera —al menos de momento— la que le había marcado el médico. Lo contrario significaría hundirse en una espiral especulativa, en un darle vueltas y más vueltas en la cabeza a las mismas ideas, una y otra vez, hasta volverse loco de verdad.

Con esta idea, se trazó un plan de actuación para las próximas horas. Antes que nada, iría a su casa y se tomaría la pastilla, antes incluso de lo acostumbrado, pues había adquirido la costumbre de hacerlo después de la comida. Su intención era tomar otra aquella misma noche, antes de acostarse, y de esta forma empezar con el régimen de dos dosis diarias. Después iría a comer, al restaurante en el que solía hacerlo los días de trabajo. Sí, comería tranquilamente leyendo el periódico, o mejor un libro, porque las noticias del día ya se las había leído de arriba abajo; y después, si tenía tiempo, echaría una siestecita en su casa; porque quería ir a trabajar a la oficina aquella misma tarde. Volver a la oficina significaba la certeza de pasarse cuatro horas entretenido, ocupado en un trabajo absorbente, que le apartaría algún tiempo de sus reflexiones.

Esta última decisión le planteó algunas dudas: hubiera preferido llamar previamente por teléfono, para avisar de su regreso, pero él

sabía muy bien que no quedaba nadie en el despacho a esas horas del mediodía, y que se vería obligado a aparecer por sorpresa a las tres y media, cuando entraba el resto de sus compañeros.

Con esa determinación, llegó enseguida a su casa, se tomó la pastilla, y después fue cumpliendo una a una las fases de su plan, aunque al hacerlo se dio cuenta de que no le sobraba demasiado tiempo, y cuando regresó a su piso, después de haber comido con más premura de lo habitual, descubrió que apenas le quedaban cinco minutos para tumbarse un rato a descansar, antes de salir para la oficina. En todo ese tiempo, tanto en sus recorridos a pie por el centro de la ciudad, como en su estancia en el restaurante, García se encontró con más de un gigante. Por primera vez, hizo un esfuerzo por no rehuir esos contactos, esos pequeños roces que se producen, incluso con personas desconocidas, en el cotidiano trajín de la vida en una ciudad. Haciendo cola en el restaurante para que le asignaran una mesa, en alguna estrechez en una acera, García permitió —no sin una especie de vértigo que le clavaba las uñas en el estómago— que le tocara un antebrazo, una mano, un codo de uno de aquellos seres descomunales. La experiencia —por más que el contacto no había sido directo, pues había mediado siempre alguna prenda de ropa entre una y otra piel— no había resultado tan horrible como su miedo visceral, supersticioso, le había hecho temer.

Perseguido por éstas y otras ideas, García no fue capaz de conciliar el sueño en los escasos minutos que se tendió en el sofá para dormir la siesta. Tan despierto como cuando se había acostado, esperó que sonara la alarma de su reloj de pulsera —que había programado para las tres y veinte—, la paró al primer pitido y, después de ir al cuarto de baño y lavarse la cara y las manos, se dispuso a salir a la calle en dirección a la oficina. Ya iba a abrir la puerta, con la chaqueta colgada del brazo, cuando sonó el teléfono fijo, que estaba en el comedor. García dudó en un primer momento, puso la mano en la cerradura, pero al final dio media vuelta, corrió hacia el comedor y descolgó el teléfono.

—¿Está el señor García? —dijo al otro lado de la línea una voz engolada y ceremoniosa, que a García le resultó desconocida.

—¿Quién es?… ¿Quién llama?

En el mismo momento en que decía esto, intuyó confusamente que el que llamaba era alguien conocido, alguien que llamaba siempre haciendo esa broma, pero que ahora no conseguía recordar.

—¡García, tío, siempre te pillo!

—Sí, sí, dime ¿qué hay?

—Oye: ¿Qué haces esta noche?

—¿Esta noche?… Pues… no sé, lo normal.

—¿Te gustaría cenar con nosotros? Carmen me ha dicho que le encantaría que vinieras. Pensábamos ir al Siete y medio… ¿Qué? ¿Qué dices?

—Pues… no sé…

Lo cierto es que García no acababa de ubicar con precisión aquella voz. Para colmo, cuando oyó el nombre de Carmen pensó en una Carmen errónea, que le llevó a buscar en un ámbito de sus conocidos que nada tenía que ver con la persona que le llamaba. Y todo ello mientras contestaba torpemente, disimulando como podía su confusión.

—Venga hombre, también vendrá Víctor, con una amiga.

El nombre de Víctor actuó como una palabra mágica que disipó las tinieblas de su memoria. Ahora ya sabía quién le estaba hablando: era David, el marido de Carmen Giménez. García nunca reconocía su voz cuando la oía por teléfono, aunque habían comido juntos más de una vez, porque Carmen era amiga de Mara, lo mismo que Víctor.

—Bueno… La verdad es que no tengo ningún plan para esta noche —dijo García en un tono diferente, mucho más resuelto. Aunque en realidad no le apetecía, había decidido aceptar la invitación, porque lo consideraba como una parte de la terapia que, al menos de momento, se había propuesto seguir.

—¡Vaya! Te ha costado arrancar ¿eh?

—Es que estaba durmiendo la siesta. Y además, al principio nunca te reconozco la voz por teléfono. Suena… no sé, muy diferente.

—Ya me parecía que no me habías conocido ¡Mira que llegas a ser despistado!

—En la mili me decían que "llevaba una caraja en to lo alto" —citó García, imitando el acento gaditano—. En Jerez, imagínate.

David sonrió al otro lado de la línea.

—Entonces ¿qué?, ¿vendrás?

—Sí, sí, cómo me voy a negar, con este ataque por sorpresa. Por cierto ¿no habréis hablado con mi médico? Hoy mismo me ha dicho que tengo que hacer más vida social.

—No hemos hablado con tu médico. Pero yo te diría lo mismo, y sin haber estudiado medicina.

—Pero con Mara sí que habéis hablado.

—Yo no, pero Carmen sí; y no te creas, incluso ella dice que… en fin, que tendrá sus razones, pero que esa tampoco es manera de hacer las cosas.

—No te preocupes, esta noche lo hablamos. En El siete y medio, me has dicho.

—Sí, mucho hidrato de carbono y muy barato, que decía aquel, y a las chicas también les gusta. Hemos quedado a eso de las nueve.

—Allí me tendréis.

Cuando colgó el auricular, García se quedó un momento en actitud pensativa, con la mirada ausente. Consultó su reloj de pulsera, volvió a meditar unos instantes, con expresión dubitativa, y al final dejó la chaqueta en el perchero, volvió al comedor y se dejó caer en el sillón con un gesto de renuncia. Pero en el sillón tan sólo estuvo unos segundos: al poco rato se levantó y se dirigió de nuevo al teléfono. Había decidido llamar a la oficina para avisar de que se reincorporaría al trabajo al día siguiente, a primera hora, y de esta forma quedar libre ya y sin compromisos para el resto de la tarde, hasta la hora de la cena.

—¡Hombre, García! dichosos los "oídos" —dijo Nuria, la recepcionista, cuando reconoció la voz de García—. ¿Qué, cómo han ido las vacaciones?

—Las vacaciones estupendas, mejor imposible. Al volver aquí… la cosa ya se ha complicado un poco más.

—¿Y eso?

—Tú dirás. El médico me ha dicho que tengo que volver al tajo.

—Se te acaba el chollo.

—Qué remedio.

—Pero tú estás mejor —dijo Nuria, ante el tono resignado y más bien tristón que empleaba García.

—Hombre… Si estuviera muy mal no me dejarían volver al trabajo.

—El jefe estará encantado. Ese te haría venir aunque te estuvieras muriendo —añadió en un cuchicheo confidencial.

—Mañana a las nueve estaré allí. Pensaba ir esta misma tarde, pero se me ha complicado la cosa.

—No te apures. Tú mesa no se va a mover del sitio.

—Con la de informes que debe de tener encima…

—No te preocupes. No es tan fiero el león como lo pintan.

García y la secretaria cruzaron todavía algunas frases banales, y después se despidieron hasta el día siguiente. A García, aquella conversación —también la anterior, aunque en menor medida— le dejó una sensación desagradable, un regusto dulzón como el de algunas medicinas que no pueden ocultar su fondo amargo, una cordialidad afectada y jocosa por ambas partes, que negaba o enmascaraba lo que se estaban pensando realmente: la desconfianza, la susceptibilidad e incluso el desdén por su parte; y la curiosidad morbosa o la compasión por parte de los demás.

García procuró distraerse en el tiempo que ahora le quedaba libre hasta la cena. Estuvo más de una hora curioseando en una librería —al final compró dos libros— y después fue a ver una película en la

segunda sesión, y en ninguno de estos dos espacios coincidió con ningún gigante, si bien es verdad que tanto en el cine como en la librería había muy poca gente a la hora en que los visitó. Otra cosa eran las calles, las aceras, las plazas, en donde los cuerpos gigantescos seguían descollando aquí y allá, en un siniestro porcentaje que hacía que no hubiera espacio público o establecimiento más o menos concurrido sin la consabida presencia descomunal.

Cuando ya eran más de las ocho, volvió a su casa y se duchó y se cambió de ropa para ir a cenar. Ahora que se acercaba el momento de encontrase con sus amigos, García se dio cuenta, mientras se abotonaba la camisa y se ponía los zapatos, de que estaba muy inquieto a causa de aquella cita. Por más que se decía a sí mismo que lo peor que le podía acarrear aquel encuentro era tedio y vulgaridad, tal vez hipocresía, una especie de presentimiento sombrío le mantenía en alerta, como un dolor sordo y constante que, a pesar de su levedad, no podemos olvidar por completo. En realidad, aunque no quería pensar en ello, y por más que se intentara convencer a sí mismo de que estaba preparado para tal eventualidad, a García le atemorizaba la posibilidad de que alguna de las personas con las que se iba a encontrar apareciera convertida en un gigante. Se arrepentía ahora de haber aceptado la propuesta tan a la ligera, y de no haberla pospuesto para unos días más tarde, cuando el efecto de las dos pastillas diarias ya fuese más que seguro. De todas formas, recordó que el psiquiatra le había dicho que, ahora que sólo se trataba de aumentar la dosis, el efecto sería más inmediato, y llevado de esta esperanza, se le ocurrió la idea de tomar la segunda pastilla del día —que reservaba para el momento de irse a dormir— en aquel mismo instante, antes de salir de casa. "Total: entre tomarla ahora o tres horas más tarde, tampoco hay tanta diferencia" dijo para sí, mientras engullía la pastilla; y al poco rato salió a la calle con el convencimiento de haber conjurado, al menos de momento, el pesimismo agorero que se había adueñado de él.

Llegó al restaurante cuando todavía no eran las nueve. "El siete y medio" era un negocio especializado en pizzas y platos de pasta que, a pesar de los precios muy ajustados y del público más bien popular, contaba con un local amplio y bien iluminado, decorado según las últimas tendencias del diseño en muebles y decoración. García buscó con la mirada a sus compañeros, y al no encontrarlos se sentó a una mesa vacía, preparada con seis servicios. Cuando apareció el camarero, le explicó que esperaba a cuatro amigos, y le pidió una cerveza sin alcohol. Aunque una hora o una hora y media más tarde el local solía estar al completo, en aquel momento todavía eran pocas las mesas que estaban ocupadas. García se puso a hojear la carta, en parte para distraerse hasta que le trajeran la cerveza, y en parte para

olvidarse de una mesa que quedaba a su espalda, en la que un hombre gigante, desproporcionado, estaba sentado frente a una chica de aspecto normal.

De pronto se levantó de la silla con cierta brusquedad, con el rostro muy serio, como se pondría en pie alguien que acaba de ser insultado. Pero lo que ocurría era algo muy diferente: cuatro gigantes, dos hombres y dos mujeres, avanzaban en fila india en dirección a él, por el pasillo que dejaban las mesas. García reconoció a tres de aquellos gigantes: eran David y Víctor, y Carmen, que venía detrás hablando con otra chica. Sus cabezas, enormes, rozaban peligrosamente el techo en el vaivén que hacían en cada paso.

García hizo un esfuerzo terrible por controlarse, y consiguió componer algo parecido a una sonrisa cuando la procesión llegó a la altura de su mesa. Pero la expresión que vio en aquellos rostros le decía bien a las claras que su representación no había sido muy convincente. A pesar del temor que le embargaba, y de la fenomenal altura a la que quedaban esas cabezas, a pesar de la desproporción entre su cara y la de aquellos individuos, García percibió claramente el disimulo, la cordialidad excesiva, un tanto sobreactuada, propia de las personas que tienen que tratar, y darle ánimos, a alguien que ha sido horriblemente mutilado, o que muestra todos los síntomas de una enfermedad en fase terminal. Se dio cuenta, en definitiva, de que su intento de sonrisa —aunque todos se esforzaran en aparentar lo contrario— había sido visto como la mueca grotesca y desesperada de un loco.

—¿Ya estabas leyendo? A ti en cuanto te dejan solo…

—Está leyendo la carta. No es cultura, es hambre.

La primera frase la dijo David, a modo de jocosa presentación; la segunda, Víctor, saliendo al quite ante el bloqueo y la actitud atónita de García, que sólo era capaz de reír débilmente, como buenamente podía, aquellas gracias. Y al mismo tiempo, se dejaba estrechar la mano por las enormes manazas de los dos hombres, y recibió los besos en las mejillas de las dos chicas, que se inclinaron aparatosamente de cintura para arriba para poder hacerlo, que le acercaron sus cabezotas perfumadas, todo ello mientras él continuaba en un estado de extraordinaria confusión, del que no conseguía sustraerse.

—Sentémonos allá arriba ¿no? Estaremos mejor, estas mesas son muy pequeñas.

Carmen se refería a un espacio que estaba a un nivel ligeramente superior, al lado mismo de los amplios ventanales que daban a la calle, en el que las mesas eran altas y estaban rodeadas de taburetes, todo ello de madera barnizada, de aspecto sólido, aunque los taburetes no tenían respaldo. Y aun así, su propuesta fue secundada con entusiasmo, y hasta García, incapaz de ninguna reacción, contestó

afirmativamente, asintiendo con la cabeza cuando Carmen, para guardar las formas, le preguntó si a él también le parecía bien el cambio de mesa.

Empezaron los cinco a desfilar en la nueva dirección, con García cerrando la fila a dos pasos de Víctor. Iba tan distraído, tan absorto en sus pensamientos, que tardó un buen rato en darse cuenta de lo que le decía el camarero que se paró a su lado, y sólo después de que éste le repitiera varias veces la misma pregunta, reaccionó —más con gestos que con palabras— y le dijo que sí, que le llevara la cerveza al sitio en el que se fueran a sentar.

La zona a la que se dirigían tenía el techo a una gran altura, pues era un espacio común, al que se abría también el altillo que acogía el comedor de arriba.

—Arriba todavía no hay nadie —dijo David estirando el cuello hacia el altillo, cuando llegaron a la mesa escogida.

—Aún es muy temprano —dijo Carmen—. ¡Ya verás cómo se pone luego! Aunque arriba nunca se llena del todo.

García asistió estupefacto a esta conversación, porque el altillo quedaba a una altura de más de tres metros, que no permitía —para una persona normal— ver nada de lo que había encima. Mientras los cinco se acomodaban en torno a la mesa, con el característico optimismo del que va a saciar el apetito, mientras amontonaban las chaquetas y abrigos sobre el sexto taburete y empezaban a ojear las cartas, García le daba vueltas en su cabeza a todo lo que estaba viendo. Ahora comprendía, al verlos ahí sentados, por qué sus compañeros preferían aquella mesa, a pesar de que los asientos carecían de respaldo y todo el conjunto parecía concebido más para el tapeo informal que para una verdadera comida. Sobre aquellos taburetes altos y robustos, en torno a la mesa espaciosa sólidamente anclada al suelo, los gigantes se encontraban en un espacio a su medida, construido a su misma escala, y de hecho García observó que otras dos de las seis mesas que componían aquel peculiar comedor estaban ocupadas por sendas parejas de individuos gigantescos.

—Bueno ¿Y qué pedimos?

—Que pida cada uno lo que quiera.

—Hacen unos combinados, o un mix, no sé cómo le llaman…

—Un “Tutti colori”.

—¡Eso! Son varias porciones de pizzas variadas. Es para dos, y ponen una buena cantidad; podríamos pedir dos, dos tutti colori.

—O tres.

—Ponen una buena cantidad, eh, no te creas. A ver si luego va a sobrar comida.

—Yo, desde hace algún tiempo, siempre me quedo con hambre.

—Tendréis de sobra con dos, yo pienso pedirme una sola pizza para mí. No me gustan las que ponen en el mix.

—Este se pedirá una cuatro quesos, versión heavy, la de los quesos fuertes.

—El queso, cuanto más pestilente, mejor.

—Pues a mí no te me acerques.

García escuchaba las conversaciones desde fuera, sin reparar en su significado. Se daba cuenta de que el tono era banal e intrascendente, y comprendía que la situación, de momento —al menos hasta que hubieran escogido y pedido los platos— le concedía una tregua, propiciada por el dinamismo de todos esos prolegómenos. Se sentía muy raro, con unas sensaciones que le resultaban novedosas —aunque él lo atribuía a lo peculiar de la situación que estaba viviendo, pues nunca antes había estado tan cerca, ni tanto tiempo en compañía de unos gigantes—. Pasado ya el temor y la confusión del primer momento, se sentía ahora presa de una especie de aturdimiento, una laxitud sedante que le hacía observar lo que ocurría a su alrededor con una cierta vaguedad, con distanciamiento, pero que no le impedía darse perfecta cuenta de todos los detalles, de todas las sutilezas. No se le escapó una maniobra —perfectamente estudiada y premeditada con femenina eficacia—, que se produjo en el momento de sentarse, en forma de breves órdenes y rápidos movimientos, que le dejó sentado, no enfrente ni al lado de la chica que supuestamente acompañaba a Víctor, sino en ángulo recto, con la esquina de por medio: la posición más propicia a la confidencia y a un moderado acercamiento. García comprendió lo que ocurría, y se rio interiormente de la zafia estrategia destinada a que intimara con aquella chica, una morena muy maquillada, con una gran nariz y una melena lisa, que por lo demás afectaba —al menos hasta el momento— una indiferencia hacia todo, entre irónica y altiva. “¡Cómo son las mujeres! —pensó García—: Ya han visto que estoy hecho polvo, que no valgo para nada; pero aun así han seguido adelante con el plan que se habían fijado.”

—¡Pero tío! ¡No me digas que te has pasado al enemigo! Ya sabía que no fumabas, pero esto…

Fue Víctor el que interrumpió sus reflexiones con esta exclamación. Se refería, desde luego, a la cerveza sin alcohol, que el camarero le había traído ya a García, y que éste había empezado a beber. El comentario, en realidad inocente, y bienintencionado, desató una tormenta de miradas y mensajes cifrados, enviados por encima y por debajo de la mesa: Carmen fulminó a Víctor con la mirada, y éste enmudeció y miró alternativamente a Carmen y a David, pidiéndoles explicaciones. Era cómico ver la mirada y la expresión de Víctor, en la que se leía a la perfección el “¿Qué he hecho yo ahora?”, y luego el

momento en que cayó en la cuenta de su torpeza. García, que lo había entendido todo, quiso echarle un cabo a Víctor —que no sabía cómo arreglar la cosa— y decirle que le encantaría tomar una cerveza de verdad, pero que el alcohol era incompatible con la medicación que estaba tomando. Entonces descubrió algo terrible: al intentar verbalizar aquella frase tan sencilla, que tan clara tenía en su mente, se encontró con unas dificultades tan severas como inesperadas. Era como si hubiera un desfase entre su mente y sus palabras, un desajuste que le entorpecía extraordinariamente la tarea de hablar. Al final, a base de un gran esfuerzo de concentración, consiguió expresar su idea, pero de forma tan lenta y vacilante, tan penosa, que cuando alzó la mirada sorprendió en todos los rostros que le rodeaban la misma expresión de sufrimiento angustiado y compasivo hacia su padecer.

Las miradas se desviaron al instante, se recubrieron de su habitual coraza de cordialidad social, y alguien dijo que ella también, que cuando estuvo embarazada se lo prohibieron terminantemente, porque además estuvo de baja, y que a ella su cervecita o su vino con la comida que no se lo quiten, y que lo pasó fatal; y en general todos dijeron algo y hablaron con mucha animación, como si nada hubiera ocurrido. Pero García se había quedado pensativo y silencioso. No era el suyo el silencio avergonzado del que ha metido la pata, del que ha hecho el ridículo; no pensaba en ese momento en sus acompañantes. Lo que sentía era angustia: un intenso latido de angustia le había atenazado al darse cuenta de que se había equivocado, que al tomar en tan poco tiempo una segunda pastilla se había condenado a no poder mantener una conversación normal. Bien claro lo veía ahora que analizaba lo que le había ocurrido, sus dificultades al hablar, y reconocía que era la misma sensación —aunque mucho más intensa— que sintió días atrás, cuando empezó a tomar las pastillas y tuvo que ir a la agencia de viajes a comprar el billete de avión.

Y para colmo, otra evidencia siniestra y despiadada se imponía como consecuencia lógica de aquella velada: las pastillas le atontaban, ralentizaban y adormecían su mente con una intensidad brutal, pero no conseguían que desapareciesen los gigantes. Nada de lo relacionado con ellos volvía a la normalidad: es más, seguían apareciendo, proliferando, y muy pronto todas las mesas que les rodeaban —a causa de sus peculiares características—, estaban ocupadas por individuos de talla monstruosa, quedando las personas normales relegadas a los comedores interiores del restaurante. García echó un vistazo a las personas que le rodeaban. Aunque al estar sentados la diferencia de estatura se hacía menor, las cabezas seguían quedando a una altura terrible, casi un metro por encima de la suya, y las manos —en los momentos que descansaban encima de la mesa—, sencillamente doblaban el tamaño de las de García.

La chica que tenía a su lado le habló en ese momento. García no recordaba su nombre, aunque su físico era notable: era una de esas feas eminentes, que desbordan personalidad y elegancia a base, precisamente, de no ocultar sus defectos. En otras circunstancias, García habría sentido simpatía por ella, pero ahora tenía problemas más perentorios que interesarse por la última versión descafeinada de Rosi de Palma.

—¿Y tú de qué trabajas? —le dijo la chica—. No te preocupes, tómate tu tiempo.

García sonrió con cierta amargura, y le dijo que trabajaba en una compañía de seguros, que desde hacía tiempo se dedicaba a pasar al soporte informático un montón de documentos y archivos en papel, que era una tarea muy rutinaria y que permitía que le dejaran bastante tranquilo. Lo dijo muy despacio, sin tomarse ninguna prisa, tal como le había aconsejado la chica, y hasta le pareció que las palabras le salían con más facilidad, como si hubiese pasado ya el momento más crítico —el del choque de su cuerpo con la nueva dosis —, y ahora se empezase a adaptar a sus limitaciones.

García y la chica se dijeron de nuevo sus nombres, perdidos en el marasmo de las presentaciones, pero en ese momento aparecieron en la mesa algunos platos, y las conversaciones fueron desplazadas por la avidez golosa de los primeros bocados. García, que ya se había bebido casi toda la cerveza, más el vaso de agua que había tomado en casa, pensó que tenía que ir al lavabo antes de empezar a comer. Lo anunció así a sus compañeros, se bajó del taburete con alguna torpeza, y se internó en el restaurante con más dificultades de las que había imaginado, pues ahora descubría que no era el habla lo único que entorpecían y ralentizaban las pastillas. “Ahora entiendo por qué te quitan el alcohol —decía para sí, mientras bogaba por entre las mesas —: esto, con una botella de tinto encima, ya sería como para ir a gatas.”

Ya en el lavabo, mientras orinaba, se miró sus miserias, colgantes e inútiles, y después, mientras se lavaba concienzudamente las manos ante el espejo, intentó imaginarse haciendo el amor con la giganta, con Rocío —pensó en su nombre, que era lo más bonito que tenía la chica—, pero las imágenes que le sugería su imaginación le repugnaron, y las apartó de su mente con un estremecimiento de desagrado.

Cuando volvió a la mesa, y antes de hacerse visible —la mesa estaba al lado mismo de la entrada al comedor, por lo que su aparición fue bastante repentina—, García oyó una frase que pronunciaba David en ese momento, consensuada por un murmullo de aprobación: “Son diferentes, por más que quieran…”. García habría olvidado enseguida esas palabras sueltas, desprovistas de significado,

como se olvidan tantos otros retazos de conversaciones recogidas al azar, si no fuera porque David enmudeció de golpe al verlo aparecer, con la turbación del que ha sido pillado en falta, y por encima de la mesa flotó, durante unos instantes, un silencio incómodo y culpable, que nadie era capaz de romper.

Pero Carmen lo rompió.

—¡Si tardas más, te dejan sin nada, que estos son muy brutos!

—¡Sí, será que tú no comes!

—Yo estoy a régimen.

De nuevo regresó la animación, volvieron a cruzarse los comentarios ingeniosos y las puyas, si cabe con más vivacidad que antes, con más entusiasmo, como suele ocurrir después de haber superado un momento embarazoso. Durante unos instantes, pareció que todo el mundo tenía algo interesantísimo que decir, y que no estaba dispuesto a dejar que los otros se le anticiparan. Pero García no participaba del bullicio general. Se replegó sobre sí mismo y se quedó muy serio, respirando con pesadez, con la mirada extraviada en el plato y los objetos que había encima de la mesa. "Por más que quieran, son diferentes." La frase, con su insidioso plural, resonaba en su mente, ominosa, inquietante. Alguien le dijo algo, animándole a comer, y García cogió al azar un trozo de pizza, que se quedó en su mano durante minutos, olvidado, colgando melancólicamente.

Rocío, la chica que estaba a su lado, le miró un momento, abrió la boca como para decirle algo, pero cambió de opinión al fijarse en su mirada sombría y reconcentrada. La chica esbozó un gesto de resignación, y al poco rato estaba inclinada sobre su teléfono móvil, con los pulgares en constante actividad y la mirada clavada en la pantalla. Como si fuera un movimiento reflejo, David también sacó su teléfono y empezó a operar en él, pero al poco tiempo lo devolvió a su bolsillo, a regañadientes, porque Carmen dijo que eso sí que no, que no estaba dispuesta a que se pasaran el resto de la cena mirando cada uno a su pantallita, como hacen los veinteañeros, y que ella también tenía su teléfono, pero que lo sabía administrar, y David se defendió, y Víctor se alineó con el discurso de Carmen, mientras Rocío —que no había dejado el suyo— intervenía de vez en cuando, levantando la vista de la pantalla con una expresión entre irónica e indulgente.

Absorto en sus pensamientos, García apenas prestaba atención a las conversaciones; las valoraba al vuelo, las ubicaba en un género ya conocido, y cuando carecían de interés las ignoraba, dejándolas como una música de fondo, como un runrún que acompañaba el fluir de sus reflexiones. Pero de pronto, cuando ya hacía un rato del rifirrafe con los móviles, oyó algo que le llamó poderosamente la atención.

—¿Sabéis que nos estamos reformando el piso?

—¿Vosotros también? Al final, lo difícil será encontrar a alguien que “no” se lo esté reformando.

—Es que te lo ponen a huevo. Te sale por menos de la mitad con la subvención esa que da el Ayuntamiento. Te pagas la mano de obra, como quien dice.

—Nosotros no lo sabíamos, eso de la subvención. Nos enteramos porque le pedimos presupuesto a un contratista, porque ya hace tiempo que queríamos quitar todo el falso techo, que es muy cutre, y ampliar un poco las puertas y… y fue el contratista el que nos lo dijo; porque claro, a ellos también les interesa, que ellos cobran igual, venga el dinero de donde venga.

—No creo que el ayuntamiento pague tan rápido como el pobre contribuyente.

—Supongo que no, pero aun así les interesa. Tal como está el gremio de la construcción… Mira, nosotros por ejemplo, al ver lo fácil que nos lo ponían, nos liamos también con el suelo y los balcones.

—No todo el mundo tiene la suerte de que los dos trabajen, marido y mujer.

—Yo por ejemplo, ni siquiera tengo mujer.

—Eso será porque quisiste.

—Quisiste tener dos, y te quedaste sin ninguna.

—Bueno, eso es otra cuestión, yo me refería a que ahora, con la crisis que hay, no parece que sea el mejor momento para meterse en gastos.

—Al contrario. Habla con cualquier empresario, con cualquier persona que entienda de negocios; te dirá que en épocas de crisis es cuando hay que invertir, y ampliar.

—Pero ahora no estamos hablando de una fábrica.

—Yo ahora vivo de alquiler. Que lo reforme mi casero, si quiere.

—Hombre… la verdad es que hace buena falta. No entiendo cómo construían antes las casas de esa manera. La nuestra, sin ir más lejos, parecía que estaba hecha para enanitos.

—Se ha mejorado mucho en esos aspectos, se ha racionalizado el concepto de vivienda: ahora se tiene en cuenta la ergonomía, la accesibilidad…

—Los ricos siempre han tenido ergonomía, y lo que les ha dado la gana. Mira los palacios que tenían los nobles; allá todo era grande: las puertas, las ventanas, las habitaciones; y con todas las comodidades.

La conversación estaba en su momento álgido. Exceptuando a García —que se limitaba a escuchar, y observaba a sus compañeros con expresión azorada—, todo el mundo metía cuchara y aprovechaba la más pequeña pausa para dar su propio punto de vista y polemizar con las otras opiniones. Incluso Rocío, que hasta el momento se había

mostrado distante, intervenía a menudo con su contrapunto breve y sentencioso. El debate continuó todavía, con la misma animación, durante diez o quince minutos, pero fue derivando hacia temas sociales, hacia la gestión de la crisis y el retroceso de la clase media, y otras cuestiones que en otro momento habrían interesado a García, pero que ahora carecían por completo de importancia, que se desdibujaban como una música de fondo plana e irrelevante. En su cabeza resonaban, en cambio, algunas de las frases que había oído —aparentemente las más banales—; palabras sueltas, detalles que en su imaginación atormentada adquirían un significado terrible: el falso techo, ampliar las puertas, hecha para enanitos…

Su inteligencia estaba procesando todavía todos aquellos datos. ¿Sería posible que su mente enferma alterara también la percepción de lo que oía, que le estuviera construyendo toda una realidad paralela, todo un delirio sistemático, coherente con la existencia de los gigantes? La sola formulación de esta idea le angustiaba hasta el pánico, le ponía al borde de un abismo tenebroso en el que le acechaba la locura como él siempre la había imaginado y temido: como una total pérdida de control sobre la percepción de la realidad. En cambio, cuando pensaba en la posibilidad —por absurda, por ridícula que fuese a los ojos de la razón— de estar asistiendo a una especie de conspiración que sólo él, por el motivo que fuese, era capaz de percibir; cuando se dejaba llevar por su instinto y contemplaba esa idea íntima y clandestina, sentía una liberación, un destello de esperanza acompañado de un sentimiento de rebeldía que pugnaba por manifestarse.

En uno de esos momentos, tuvo el impulso de encararse con sus compañeros de mesa, de preguntarles por qué habían escogido una mesa en la que los asientos no tenían respaldo, por qué ampliaban las puertas de un piso construido en los años ochenta —él había estado alguna vez en casa de Carmen y David, y la recordaba como una vivienda normal y corriente—, por qué se callaron cuando volvió del lavabo, y a qué se referían con lo de “son diferentes”. Todas esas preguntas se le agolpaban en la cabeza, con un ímpetu retador; pero al mismo tiempo dudaba de sí mismo: aquel incipiente sentimiento de rebeldía estaba todavía muy confuso en su mente, y además tenía que contar con la dificultad para expresarse que le acarreaba el efecto de las pastillas. Y por encima de todo, a pesar del tiempo que llevaba mezclado entre cuatro de ellos, la superioridad física de los gigantes le seguía imponiendo un enorme respeto, casi instintivo, que no podía apartar de su mente por muy amables que se mostraran sus amigos.

Ya habían pedido los postres, cuando García —que estaba en ese instante muy distraído— notó a su alrededor un aura de curiosidad, percibió que se le exigía una especial atención, y por fin se dio cuenta

de que Carmen estaba hablando de Mara, y de su ruptura. García no tenía ganas de hablar del asunto, y contestó poco más que con monosílabos cuando Carmen, o David, le interpelaron directamente. Pero enseguida comprendió que tampoco se le pedía una gran participación en aquella perorata, que más bien Carmen estaba cumpliendo, por compromiso, con un papel de portavoz de un discurso razonable, convenientemente elaborado, que el interesado debía conocer de la forma más cordial y desapasionada posible. Carmen no se abstuvo de criticar a Mara: dijo que tuvo poca paciencia y que fue demasiado impulsiva en su huida de toda responsabilidad, pero también dijo que se había arrepentido al saber que García tenía "verdaderos problemas" —en la oficina le dijeron que estaba de baja por depresión— y que, aunque su decisión era definitiva e irrevocable, no rehuía un encuentro para explicar su comportamiento y tratar cualquier aspecto material, o de índole práctica, de su separación.

García pensó que no iba a pelear por una secadora o un televisor, que eso sería lo último que haría; y también pensó que en aquel discurso tan formal subyacía otro mensaje, latente en la actitud de todos hacia él, en el hecho de que hubieran querido que conociera a Rocío, y que ese mensaje era que Mara ya tenía otra pareja, tal vez desde antes de que García enfermase.

Nadie se extrañó de que García —cuando se acercaba la hora de pagar y se insinuaba la posibilidad de acabar tomando algo en el Joker— declarase que él se iba a dormir, que a la mañana siguiente volvía al trabajo, después de diez días sin hacerlo, y que además las pastillas le daban mucho sueño. De nuevo tuvo que pasar por la ordalía de los apretones de manos —la suya desaparecía dentro de la del gigante, que le apretaba también toda la muñeca—, del contacto fugaz con las cabezas enormes, con su intenso perfume y su pelo duro, de cabellos gruesos.

Dejó a sus compañeros todavía sentados a la mesa, recorrió con cautelosa lentitud la distancia que le separaba de la barra, pagó con un billete de veinte euros, y sin esperar el cambio salió a la calle dispuesto a llegar a su casa cuanto antes.

A pesar de la inquietud y de los intensos pensamientos que le ocupaban, tenía sueño, necesitaba descansar, y media hora más tarde ya estaba en su casa, en su cama, con las luces apagadas, y profundamente dormido.

García se levantó a las ocho, cuando sonó su despertador. Se duchó, se vistió con ropa limpia y se dirigió a la cocina, dispuesto a prepararse el desayuno. Antes de desayunar cogió el frasco de las pastillas, sacó una, y se quedó unos segundos inmóvil, en actitud pensativa, con un vaso de agua en una mano y la pastilla en la otra. Al final, se tomó la pastilla. Tenía hambre —apenas había probado bocado en su extraña cena del día anterior— y acabó devorando un desayuno desordenado, menos frugal de lo que hubiera querido.

Salió a la calle un poco antes de lo acostumbrado. Quería asegurarse de que llegaría al despacho sin ninguna premura, con algunos minutos de antelación. El paseo hasta la oficina no le resultó agradable: a las molestias que sentía en el estómago (había comido demasiado rápido, y en demasiada cantidad) se unía el desasosiego que le produjo caminar por unas calles en las que los tubos de desescombro, lejos de desaparecer, parecían haberse multiplicado, contaminando con su chillona nota de color todas las fachadas. Por otra parte, los gigantes proliferaban a aquella hora de la mañana, y le obligaban a bajarse y a cambiar de acera una y otra vez, para evitar un roce, un contacto que seguía produciéndole una gran desazón.

Entró en la oficina junto con Nuria, que llegaba siempre unos minutos antes y era quien abría la puerta. Nuria le saludo afectuosamente, y le habló con mucha naturalidad, a pesar de que García —sin llegar a los extremos del momento más crítico, en la noche anterior— hablaba y se movía con lentitud, con una cierta demora en todas sus acciones. Cuando ya estaba aposentado en su sitio, empezaron a llegar sus compañeros, y en cuanto le veían, se acercaban hasta su mesa a saludarlo. No todos respondieron con la naturalidad que había demostrado Nuria: García sorprendió algunas miradas morbosas, cargadas de curiosidad; y también recibió de algunas personas ese trato impostado, exageradamente cordial, al que ya empezaba a acostumbrarse. Pero lo que más le inquietó fue descubrir que tres de sus compañeros de trabajo se habían convertido en gigantes, y que para colmo uno de ellos era Marqués: precisamente la persona de la oficina con la que tenía una relación más estrecha. “¿Por qué te sorprendes? —se dijo, hablando consigo mismo—. Tú sabes algo de estadística. Tenía que ocurrir, en un lugar en el que trabajan más de diez personas.”

A pesar de su sentimiento de resignación, y de que el jefe no apareció en toda la mañana —evitándole así otro de sus malos tragos —, hubo dos cosas en aquellas primeras horas que le resultaron

inquietantes y desagradables. Una fue el descubrir que a la mesa de Marqués le habían puesto unos sólidos calzos de madera, para aumentar su altura, mientras que los otros dos compañeros que también se habían transformado, ya tenían unas mesas nuevas, construidas a su medida. La otra cosa que le molestó fue precisamente las visitas que le hizo Marqués, cuando pasaba junto a su mesa, y la insistencia con que le pidió que se vieran en algún momento aquel día, para charlar a solas en un lugar tranquilo, sin las prisas que representaría hacerlo a la hora del segundo desayuno. El primer impulso de García —un impulso que no era meditado, que era instintivo, pero muy intenso— era el de rechazar la invitación; y así lo hizo la primera vez que Marqués le habló del asunto. Después, ante la insistencia de éste, se obligó a racionalizar su rechazo, y a considerar la posibilidad de permitir ese contacto que en principio le repugnaba.

Pensó que, si pretendía ser consecuente consigo mismo, debería hablar con Marqués, porque se había propuesto seguir los consejos que le había dado el psiquiatra al menos durante un día más, a pesar de que estaba íntimamente convencido de que todo aquello no iba a dar ningún resultado. Por otra parte, cada vez se afianzaba más en él aquel sentimiento de rebeldía, ese espíritu de contradicción que sólo había sentido, de momento, en breves destellos; y la insistencia de Marqués, el interés que demostraba por él, le despertaba una antipatía, una repulsión que no podía evitar, porque lo relacionaba de alguna manera con el discurso oficial que todos intentaban imponerle, y porque el propio psiquiatra había señalado a Marqués, proponiéndolo como un buen interlocutor, como si entre los dos existiera algún tipo de comunicación, y la amistad de su compañero de trabajo viniera viciada por alguna directriz externa.

De todas formas, acabó aceptando la invitación, y —tras rechazar la posibilidad de comer juntos, que a Marqués no le resultaba posible — quedaron en ir a tomar algo por la tarde, sin prisa ninguna, cuando acabara su jornada laboral. Pero la actitud de García ante este encuentro no era de esperanza, ni mucho menos de ilusión: se disponía a encararlo con una gran carga de prevención y escepticismo, y dispuesto a mantenerse a la defensiva. Con estas expectativas pasó el resto de la jornada: comió en el restaurante de costumbre, ignoró en la medida que pudo a los gigantes que aparecían por todas partes, al camarero que le sirvió —que había cambiado de tamaño de un día para otro—, cerró los ojos al cambio que estaba sufriendo la fisonomía de las calles, y a las siete y media en punto, cuando todavía quedaba una hora de luz diurna, salió de la oficina acompañado de Marqués, en busca de algún local tranquilo en el que sentarse a conversar.

Marqués era un hombre de estatura media, de hecho era algo más bajo que el propio García. Pero ahora éste miraba con aprensión cómo

aquel hombre se agachaba ostensiblemente, cómo encogía su cuerpo para hacerlo pasar por la puerta de salida a la calle, que no era muy alta; y después —cuando avanzaban por la acera, uno al lado del otro—, veía el cinturón de sus pantalones, un cinturón negro, de piel, oscilando a cada paso a la altura de sus ojos.

Fue Marqués quien escogió el bar, una vinatería céntrica y elegante, en la que había muy poca gente a aquella hora, y le propuso a García que se sentaran en una de las mesas cercanas al ventanal que miraba a la calle, unas mesitas redondas y muy altas, fijadas al suelo y rodeadas de taburetes como los que hay en las barras de los bares.

—¡No, no quiero sentarme aquí! —dijo García de pronto, con inesperada acritud—. Quiero sentarme en una mesa de aquellas.

Desde su enorme estatura, Marqués le miraba con la boca abierta. Le había sorprendido tanto la brusca reacción de su amigo, que tardó algún tiempo en responder.

—Bueno… Como quieras. A mí me parecía más agradable aquí, simplemente.

—Pues a mí no —dijo García, sin abandonar su tono huraño y taxativo—. A mí me parece más agradable que nos sentemos allá.

Atravesaron el local en dirección a unas mesas de aspecto convencional, rodeadas de cuatro sillas, que estaban en una zona interior. García abría el paso con expresión ceñuda, evitando la mirada de su compañero. Cuando llegaron a la mesa escogida, Marqués retuvo un momento a García, sujetándole sin fuerza por un brazo.

—Oye… ¿Qué te pasa? No tiene ninguna importancia en dónde nos sentemos.

Marqués hablaba en tono comprensivo y conciliador. García se detuvo y le miró fugazmente a los ojos, como avergonzado.

—¿Que qué me pasa?… ¿Pero tú has visto cómo tengo que inclinar la cabeza para mirarte?… Anda, sentémonos.

García se sentó enseguida. Marqués se quedó un rato mirándolo, con una mezcla de extrañeza y curiosidad. Después se acomodó en una silla con mucho cuidado, plegando dificultosamente su cuerpo para hacerlo. Tuvo que apartar una de las sillas para hacerse sitio, y aun así quedó ladeado, en una esquina, con una de sus rodillas por encima del nivel de la mesa.

—¡Venga, hombre! —dijo García con amargura, sin poder contener su irritación—. ¡Pero si no te caben las piernas debajo de la mesa! ¿A ti te parece que eso es normal?

—Sí, es verdad, estas mesas son muy incómodas. No sé por qué no las cambian.

—¿Y no te parece raro que yo quepa sin ningún problema? ¿No te

parece raro que para mí no sean "incómodas" estas mesas?

—No sé a dónde quieres ir a parar.

—¡Por favor! Pero si está…

García se interrumpió y resopló meneando la cabeza, como si no se decidiera a decir lo que estaba pensando.

—Pon aquí tu mano —dijo repentinamente, poniendo la suya sobre la mesa, con la palma hacia abajo.

Marqués levanto los hombros, y con un gesto entre divertido y extrañado, puso su mano al lado de la de García.

—¿No lo ves? ¿No lo estás viendo?

La pregunta tenía un tono de urgencia y de desesperación.

—García… Relájate —dijo Marqués, con una voz que transmitía afecto y serenidad, y para dar mayor énfasis a sus palabras puso su mano sobre la de García. Pero éste retiró la suya de un tirón, como si hubiera recibido una picadura.

—¡No me toques! No quiero relajarme. Ya me relajan bastante las pastillas que me receta tu amigo el psiquiatra. Me tienen hecho una mierda, parezco un tarado, pero no me solucionan nada.

—García… Yo intento ayudarte. Todos queremos ayudarte.

—¿Ah, sí? ¿Quieres ayudarme? Pues entonces dime por qué les han cambiado las mesas a Sergio y a Lola, por qué justamente a ellos dos les han puesto unas mesas nuevas, y mucho más altas que las otras.

Marqués expulsó el aire ruidosamente, y con un gesto de pesar y de resignación, miró a García a los ojos, durante unos segundos.

—¡Contesta! —dijo éste. Pero en ese momento llegó el camarero, y Marqués se apresuró a pedirle un vino. García tardó algún tiempo en reaccionar, y al final pidió una cerveza. "Sin alcohol", añadió de mala gana ante la mirada interrogante de Marqués.

Para García, la aparición del camarero significaba una tregua, un aplazamiento provisional de su sentencia. Porque García temía la respuesta: temía que su compañero le dijera que no había ninguna mesa nueva, ni calzos de madera, ni nada de nada. Entonces ya no podría seguir plantando cara; se hundiría, y tendría que pedir ayuda a la desesperada.

—Las mesas de la oficina están muy tronadas, las acabarán cambiando todas. Supongo que las suyas eran las que estaban peor.

—Las que estaban peor… —repitió García, en actitud pensativa. Y luego añadió, en tono retador—: ¿Y entonces, a ti… cómo es que sólo te han puesto unos calzos de madera?

—Es provisional. Mañana mismo me traen la mesa nueva.

García guardó silencio durante unos segundos, sopesando la respuesta que le había dado Marqués.

—¿Qué importancia tiene eso?

—Y seguramente —dijo García, en vez de responder— estás reformando tu casa, o tu piso o lo que sea.

—¿Por qué estás tan… tan agresivo? —dijo Marqués, mostrándose irritado por primera vez—. ¿Qué tendría de particular que quisiera hacer obras en mi casa? A lo mejor las hago ¿Y qué? ¿Qué problema tienes tú con eso?

—No hace falta que me digas nada más. Ya he oído todo lo que tenía que oír. De hecho, esta conversación ya no tiene ningún sentido.

—Estás adoptando una actitud muy negativa, García. Todos queremos que te restablezcas, pero tú…

—¿Qué significa ese plural? ¿Quiénes sois vosotros? ¿los de más de tres metros?

—Así nunca te vas a curar.

—¡¿Pero qué coño curar?! ¡Se supone que esas pastillas tumban a un elefante: te dejan atontado, pero también acaban con las alucinaciones, y con lo que se les ponga delante. Y resulta que yo estoy bien jodido, hablo y me muevo como un caracol, pero resulta que cada vez veo más… más gigantes por todas partes!

—Eso quiere decir que todavía no estás curado.

—O que aquí hay una conspiración monstruosa.

—Eso que dices es ridículo, y tú lo sabes. Aquí todos somos iguales.

—Pues entonces por qué ampliáis las puertas, y los techos…

—La mayoría de las casas fueron construidas hace mucho tiempo. Lo que valía entonces, ya no vale ahora. La estatura media ha subido mucho estos últimos años, con las nuevas generaciones…

—Buenas noches. Nos veremos mañana en la oficina.

García se puso en pie mientras pronunciaba estas palabras, apartó la silla y empezó a andar en dirección a la salida.

—No te marches así. Deberíamos hablar… Tómate al menos la cerveza.

García ni siquiera se molestó en responder, siguió andando —con alguna dificultad, como siempre que se levantaba después de estar un rato sentado— y se cruzó con el camarero, que llevaba en una bandeja las dos bebidas, y un platillo con dos minúsculos montaditos. “Los aseos están allí”, dijo el camarero, señalando en una dirección diferente a la que llevaba García. Pero García siguió adelante, cruzó todo el local sin volver la vista atrás en ningún momento, y salió a la calle.

Aquella noche ya no se tomó la pastilla. Cenó de lo que él mismo se preparó, sin hambre, sin fijarse en lo que se llevaba a la boca, y cuando se metió en la cama tardó más de lo acostumbrado en conciliar el sueño. Había hecho un montón de planes para el día

siguiente, y se encontraba en un estado de ánimo exaltado y creativo que le hacía pasar, en poco tiempo, de una especie de euforia esperanzada a una inquietud un tanto pesimista ante la incertidumbre de su futuro.

Desde el momento mismo en que se despertó —diez minutos antes de que sonara el despertador—, García ya tuvo la sensación de que se encontraba mucho mejor que en días anteriores. Era como reencontrase con dos viejos amigos: su cuerpo y su mente, que ahora le transmitían las sensaciones y las reacciones que él recordaba de siempre, y que había perdido durante los últimos días. No tomó ninguna pastilla, ni siquiera sacó el frasco del armario en el que estaba guardado; en cambio se hizo un café bien cargado, y se comió unas tostadas con mermelada y mantequilla. Cuando, poco antes de salir, miró por la ventana del comedor y vio que la mañana era limpia y soleada, tuvo un fugaz estremecimiento de felicidad, como hacía mucho tiempo que no lo sentía.

En la calle todo continuaba igual: las obras, los gigantes, los contenedores y los tubos amarillos colgando de los balcones y las ventanas; pero era eso precisamente lo que le tranquilizaba, lo que le hacía mirar aquellas cosas con una objetividad, con una indiferencia que nunca, en los últimos días, hubiera conseguido. El mundo seguía igual, igual que cuando tomaba pastillas, igual que cuando aún no las tomaba y empezaron a aparecer los primeros gigantes que tanto le atemorizaron. Es cierto que el fenómeno había ido en aumento, que no hizo más que crecer y multiplicarse desde el primer día, y que incluso hoy, ahora que miraba los edificios, ya era posible ver algunos tubos de desescombro que ayer mismo no estaban. Pero ahora él sabía, con toda certeza, que no era su mente la que creaba aquellas imágenes, que era un fenómeno ajeno a él, al parecer imparable, y que además —por algún extraño motivo que de momento se le escapaba— sólo él parecía darse cuenta de todo aquel absurdo, mientras que los demás, o no lo veían, o intentaban negarlo. Con este convencimiento, con su recuperada agilidad en el andar, García avanzaba con decisión por en medio de la acera, con la cabeza alta, obligando a hacerse a un lado a los transeúntes que se cruzaban con él, incluyendo al inevitable porcentaje de peatones de talla gigantesca, que cada día eran más abundantes.

Con este estado de ánimo entró en la oficina, y saludó con verdadera cordialidad a los compañeros que habían llegado antes que él. Después, a lo largo de la mañana, no pudo evitar que su ánimo decayera ligeramente. Ya a primera hora, recibió una sorpresa desagradable: Julián, un compañero de los que el día anterior aún conservaba un aspecto normal, apareció por la puerta encogiendo su cuerpo, ahora descomunal; después se sentó a la mesa con evidentes

dificultades, y empezó a trabajar en una posición que le resultaba a todas luces incómoda, dada su actual estatura. Cuando llegó el jefe —que aquel día apareció temprano, antes de las diez— se detuvo en su habitual paseo hasta su despacho, para acercarse hasta la mesa de Julián. Estuvo un rato hablando con él, pero a García le quedaba un poco lejos y no pudo escuchar lo que decían. Ni siquiera pudo saber si el jefe había ido hacia allí por propia iniciativa, o si lo hizo porque Julián le llamó desde su mesa.

Después, desayunando con los habituales en el bar, tuvo una curiosa experiencia. Marqués se comportaba con naturalidad, a pesar de su desproporcionada estatura; charlaba animadamente con sus vecinos de mesa; pero evitó en todo momento hablar o incluso mirar a García. Aquello no le sorprendió, algo así se esperaba; lo que ya le resultó más extraño fue el comportamiento de los otros compañeros: Las mismas personas que el día anterior se habían mostrado tan cordiales, e incluso empalagosas en algunos casos, se mostraban ahora esquivas y renuentes a conversar con él, como si el oírle hablar y el verle actuar con su vivacidad original les despertase algún tipo de recelo tácito, que todos compartían pero que nadie manifestaba abiertamente. No es que a García le preocupase mucho la aversión o la adhesión que pudiera despertar en sus compañeros de trabajo, pero, de todas formas, eran personas con las que tenía que compartir muchas horas a lo largo del día, y no resultaba muy tranquilizador constatar que habían reaccionado negativamente a lo que, en principio, era un síntoma de mejoría por su parte.

Pero la mañana le reservaba todavía dos novedades inesperadas, contaminadas por el mismo matiz inquietante que habían tenido los otros sucesos. La primera, más previsible, se produjo cuando ya eran casi las doce. De pronto aparecieron dos operarios, en apariencia carpinteros, con una caja de herramientas y una tosca bolsa de lona, colgada en bandolera, abultada por algún objeto anguloso. El que parecía el jefe cruzó unas palabras con Nuria, la recepcionista, y siguiendo sus indicaciones se fueron los dos a depositar su carga junto a la mesa de Julián. Lo que más le chocó a García fue la familiaridad y la seguridad que demostraba el carpintero jefe, como si ya conociera el terreno, y estuviera repitiendo una actividad rutinaria que ya había hecho otras veces. Todo se aclaró para García cuando Julián despejó la mesa, y los dos operarios empezaron a fijarle los calzos que la elevaban dos palmos por encima de su altura habitual. Entonces comprendió que aquellos hombres ya habían hecho el mismo trabajo en la mesa de Marqués, y seguramente en la de los otros dos gigantes, cuando todavía no habían llegado las mesas nuevas, y que la gente de la oficina ya estaba familiarizada con aquella operación, como bien a las claras se veía por la escasa atención que le prestaban, y por la

naturalidad con la que Julián, mientras duró la intervención, se fue a charlar con un compañero que en ese momento estaba haciendo unas fotocopias.

Pero fue en la última hora de trabajo, entre las doce y la una, cuando le sucedió a García lo más insólito de aquella mañana, lo más inesperado. Nunca antes, en los catorce años que llevaba trabajando en la oficina, le había ocurrido. Simplemente, se quedó sin trabajo. Había acabado el último expediente poco después de la aparición de los carpinteros, convencido de que en el último momento descargarían sobre su mesa un nuevo montón de legajos que le mantendría ocupado durante días. Pero el informe se acabó, la última página, ya escaneada, entró en la memoria del ordenador, y García se encontró con que su mesa estaba completamente despejada y limpia de nuevas ocupaciones. García miró su reloj, se desperezó estirando los brazos y las piernas, y se acercó a la mesa en donde estaba Fede, un chico muy joven que era quien acostumbraba a traerle los documentos después de rebuscar en el archivo, que estaba en el piso inferior.

—No, no me han pedido nada más —dijo Fede, después de consultar el ordenador—. La última lista ya te la subí, es la que tenías ahí.

—Sí, pero… ya la he terminado. Necesito más materia prima.

—Y yo necesito una lista nueva.

—Bueno, pero… podrás subirme alguna cosa, aunque solo sea para que no me quede sin trabajo. ¿Cómo los vais cogiendo? ¿Por estantes?

—Hasta que no me pongan otra lista, yo no puedo tocar nada.

“Con la burocracia hemos topado”, pensó García, y comprendió que no iba a conseguir nada por aquel camino. De modo que decidió cambiar de estrategia.

—¿Quién confecciona las listas? ¿Quién dice lo que hay que informatizar y lo que no?

—El jefe —respondió Fede, con una sonrisilla satisfecha—, el jefazo en persona.

García plegó velas, y se retiró con una sonrisa, todavía más sutil y enigmática que la del joven. Pero no regresó a su mesa, sino que torció a medio camino y se encaminó a la puerta del despacho del jefe. “A ver si se cree este niñato que yo entré aquí hace cuatro días, como él”, iba pensando, mientras se acercaba a la puerta. García era uno de los trabajadores más antiguos de la agencia, y se sentía valorado y respetado por el director, aunque también era cierto que sus contactos con el jefe a lo largo de aquellos años habían sido mínimos, y siempre circunscritos al ámbito y al horario estrictamente laboral. Por otra parte, la decisión de ir a hablar con su superior había sido un tanto impulsiva, fruto de una irritación momentánea, y ahora

que ya no había marcha atrás —se sabía observado por el joven, cuya mesa quedaba a sus espaldas— se preguntaba si no habría sido mejor esperar un poco, si no caía en alguna trampa al reaccionar de aquella manera. Por poco que se sincerase consigo mismo, García tenía que admitir que buena parte de los recelos que de repente le asaltaron provenía del hecho —imposible de ignorar— de que el jefe también era un gigante. Pero, a pesar de todo, cuanto más analizaba los hechos, más justificada le parecía su decisión: un comportamiento que, a fin de cuentas, obedecía al loable deseo de no perder el tiempo, de no quedarse ni un minuto sin hacer nada.

Con este convencimiento, llegó a la puerta y llamó dos veces con los nudillos. Esperó unos segundos, y al no recibir respuesta hizo girar el pomo, y con la puerta entornada se asomó al interior. A pesar de que se había preparado mentalmente para ese momento, lo que vio en el interior de aquel despacho le intimidó: le intimidó la desnudez casi ascética de la habitación —tan diferente a la abigarrada acumulación de la oficina—; le intimidó la enorme mesa de despacho, de un metro y medio de altura; pero sobre todo le intimidó la figura inmóvil del jefe, enorme y mayestático, su mirada severa, y el silencio solemne que reinaba en toda la habitación. García se quedó bloqueado. Fue el jefe el primero que habló.

—¿Qué desea, García? Estoy muy ocupado en este momento.

García tardó unos segundos en contestar. A pesar de sus esfuerzos por sustraerse a aquella atmósfera intimidadora, las palabras le salieron inseguras y vacilantes.

—Perdone… Perdone que le moleste. Es que… he acabado el trabajo, y… al parecer es usted quien… quien selecciona…

—Le asignaremos nuevos expedientes en cuanto nos sea posible. Entretanto vuelva a su sitio y espere. Ah, y en lo sucesivo consulte con Nuria antes de entrar aquí. Estoy muy ocupado en este momento.

—Comprendo, comprendo. Perdone usted.

García cerró la puerta y desanduvo como en sueños el caminó hasta su mesa. En primera instancia —aturdido todavía por la intensidad de una experiencia que había escapado por completo a su control— tan sólo se preocupó por ocultar su chasco a los demás, y componer, con grandes esfuerzos, un gesto de aparente indiferencia. Pero después, sentado ya a su mesa, pudo reflexionar en profundidad, sobre lo que le había ocurrido, y las consecuencias que extrajo de todo aquello no eran ni mucho menos tranquilizadoras. Analizado fríamente, el suceso presentaba algunas disonancias alarmantes, escandalosas. No sólo estaban los detalles incoherentes, como el hecho de que el jefe afirmara estar muy ocupado y en cambio estuviera inmóvil, como si le esperara, con ambas manos sobre la mesa y sin indicio alguno de estar empuñando un bolígrafo o usando el

ordenador, sino que toda la entrevista había estado viciada por un tono absurdamente admonitorio, de velada censura, que nada tenía que ver con la cordialidad —formal, atareada, pero amable— que de ordinario presidía las relaciones y la transmisión de órdenes en la oficina. Pero la más escandaloso de todo había sido la imposición final de pedir audiencia a la recepcionista para poder hablar con el director: una ocurrencia insólita, insultante, que cualquiera se habría tomado en broma, de no ser por el ambiente severo y glacial en que fue pronunciada. En aquel momento se había dejado impresionar, y no había sido capaz de ninguna reacción; pero ahora se daba cuenta de lo desmesurado y fuera de lugar que era aquel comportamiento por parte de su jefe.

Este colofón final, unido a las otras experiencias desagradables que había tenido aquella mañana, venía a pintar un panorama inquietante y más bien sombrío, en absoluto halagüeño para alguien que estaba obligado a convivir a diario con aquellas personas. No hacía falta ser un lince para darse cuenta de que la frialdad en el trato había empezado en el momento en que él se había rebelado y había comenzado a mirar las cosas desde otro punto de vista, algo que había empezado la noche anterior, cuando se había decidido a decirle a Marqués lo que realmente pensaba. Fue en ese momento, en ese exacto punto de inflexión, cuando empezaron los problemas con su entorno. Pero García continuaba animado por la misma vitalidad y el mismo íntimo convencimiento que sentía desde aquella mañana, desde que ya no tomaba las pastillas, y no se dejó amilanar por aquellos contratiempos, que en verdad le habían impresionado, pero tampoco le cogían del todo por sorpresa. También había previsto la posibilidad de una degradación, de un empeoramiento de la situación, y todavía le quedaban algunos recursos que en principio guardaba para más adelante, pero que tal vez había llegado la hora de poner en práctica. Decidió hablar con el psiquiatra, pero no se atrevió a llamarle por teléfono desde la oficina, de modo que tuvo que esperar a la salida para hacerlo.

García pasó la última hora de trabajo sumido en estas y otras reflexiones. Al final no le asignaron ninguna nueva tarea, y experimentó la extraña sensación —aparentemente agradable, pero en realidad incómoda y estigmatizadora— de estar sentado sin hacer nada, frente a la mesa vacía.

Por fin, a la una y escasos minutos, pudo abandonar la oficina. Bajó las escaleras a toda prisa, y en cuanto se vio en la calle sacó el teléfono y llamó al número del psiquiatra. Era un número de móvil, el único que tenía; ignoraba si habría algún teléfono fijo en la consulta en la que siempre le había recibido. El médico no contestó esta vez, y García colgó en cuanto oyó que saltaba el contestador. Decidió esperar

unos minutos y volver a intentarlo. Sus pasos le llevaban entretanto, sin que él mismo fuera consciente, hacia la plaza de San Sebastián: la plaza porticada en donde el psiquiatra tenía su consulta. Desde allí, caminando distraído entre los puestos de frutas, volvió a llamar, pero tampoco esta vez hubo contestación. García dudaba, mientras el contestador recitaba su texto, y al final dejó un mensaje breve y más bien vacilante, en el que se limitaba a decir que tenía que hablar con él de una cosa importante, y que ya volvería a llamar. Cuando colgó, se dio cuenta de que sus pasos le habían llevado hasta los soportales, delante mismo del portal que tan bien conocía. García estuvo un rato mirando el portal —la puerta estaba abierta, como siempre— con su interior fresco y sombrío en el que nacía la escalera. Pero no iba a subir hasta la consulta: pensó que la cosa no era tan urgente ni tan desesperada como para quebrar las normas de esa manera, con una aparición intempestiva, y al final decidió que iría a comer al restaurante, como tenía previsto: que así haría tiempo hasta una nueva llamada, y que bien podía ser que el propio psiquiatra le llamase, en contestación a su mensaje, en cualquier momento.

De todas formas, entró en el portal y consultó la placa en el buzón del médico, Antonio Hidalgo, médico-psiquiatra; y el piso y la puerta, porque tampoco lo recordaba con exactitud, y además había perdido hacía días el papel en el que apuntó, en aquella primera llamada telefónica, la dirección exacta. Se dio cuenta de que tampoco recordaba el número del edificio, de modo que salió de nuevo a los soportales, dispuesto a buscarlo en la pared.

Esta búsqueda obedecía a la posibilidad de recurrir, llegado el caso, a la información telefónica, para preguntar si había algún teléfono fijo asignado a esa dirección. García cruzó el umbral y salió al ámbito de los soportales mirando hacia arriba, a un lado y otro de la puerta, en busca del número. Caminaba hacia atrás, alejándose de la entrada para ver mejor, y de repente chocó de espaldas con algo, algo blando, y duro, que frenó y luego cedió a su empuje, y se revolvió.

García se dio la vuelta y vio a un gigante enorme, un hombre de cierta edad, que le miraba con expresión iracunda, mientras marcaba distancias con las dos manazas extendidas. La cabeza quedaba tan alta que García tenía que echar la suya para atrás, hasta el límite, para poder mirarla. El gigante decía algo, “mire por donde anda”, o algo así, y García no era capaz de reaccionar, porque estaba impresionado, asombrado por la expresión de odio y de desprecio que veía en aquella cara. Al final consiguió balbucear una disculpa, y el gigante se alejó despectivamente, rezongando todavía su irritación.

El incidente no tenía mayor trascendencia; tal vez se habría desarrollado en los mismos términos de ser el atropellado una persona de talla normal que tuviera el mismo pronto irritable y desabrido.

Pero la constatación de la terrible superioridad física de los gigantes siempre le producía una intensa desazón, y García no pudo evitar que el encontronazo le dejara un regusto amargo, un deje de mal augurio en aquel momento en que el psiquiatra no acababa de responder a sus llamadas. Entonces, al ver alejarse al gigante a paso rápido, en la perspectiva menguante de los soportales, se dio cuenta de que ya no había ningún andamio, los habían retirado todos, y que los arcos, con su nueva altura, permitían holgadamente el paso de los gigantes.

Decidió que tenía que cambiar de estrategia, si no quería volver a desesperarse, y por lo pronto resolvió posponer aquella búsqueda absurda e ir al restaurante a comer, sin prisas, sin agobios. "Las cosas se ven de otra manera con el estómago lleno —decía para sí—, tampoco es que sea urgentísimo hablar ahora mismo con ese hombre. Y además: ¿Qué mejor manera de hacer tiempo puede haber que disfrutar de una buena comida?"

Un cuarto de hora más tarde, García estaba en el restaurante, en su mesa favorita, diciéndole al camarero los platos que había escogido. En el momento de pedir la bebida, ya iba a decir "una cerveza sin alcohol", que era la cantinela que desde hacía algún tiempo repetía de forma automática en estas situaciones, cuando se dio cuenta de que ahora, que había dejado de tomar las pastillas, ya podía pedir lo que le viniera en gana. Las sensaciones que le transmitió el primer trago de cerveza de barril —tenía sed y optó por dejar el vino para otra ocasión—, en una jarra de cristal grueso y empañado por la condensación, fueron extraordinariamente agradables. Acostumbrado en los últimos días al triste sucedáneo, había llegado a pensar que no era tan diferente del original, pero ahora que la pequeña proporción de alcohol era reconocida y absorbida ávidamente por su cuerpo, se daba cuenta de la infinidad de sensaciones placenteras que recuperaba con aquel sencillo gesto. La cerveza le parecía, en aquel momento, el complemento ideal a los platos que le iban sirviendo: unas humildes lentejas que daban fama al restaurante, por lo bien que las guisaban, y un bacalao al que la brasa —sin necesidad de bañarlo en aceite— había fundido la gelatina y dorado la piel. Disfrutó tanto la comida, que apenas le echó algún vistazo al periódico que, conociendo sus costumbres, le habían puesto en la mesa antes de que se sentara.

A la hora de los postres —optó por un helado de turrón con crema inglesa—, y con el último trago de cerveza ya entibiada, García tuvo un acceso de felicidad elemental, propiciada por el efecto sedante del alcohol y el apetito satisfecho. En aquellos momentos le parecía que todo iría bien, que hablaría con el psiquiatra de un momento a otro, y miró con tranquilidad a su alrededor, sin angustiarse por la alarmante proporción —cercana al cincuenta por ciento— de comensales de talla gigantesca, por la abundancia de mesas y sillas altísimas que estaban

desplazando a las otras, a las tradicionales, como las que él mismo ocupaba. El camarero también era un gigante (ya lo era el día anterior), pero de todas formas se mostraba simpático y servicial. García pidió el café, pero rechazó el chupito: nunca lo tomaba cuando tenía que ir a trabajar. Había planeado llamar de nuevo al psiquiatra desde el restaurante, pero en aquel momento se encontraba tan bien, tan seguro de sí mismo, que optó por hacerlo un poco más tarde, cuando llegara a su casa, antes de echarse a dormir la siesta. “A esta hora seguro que está comiendo, como cualquier hijo de vecino —dijo para sí—. Tampoco quiero hacerme el pesado.”

Cuando llegó a su casa, comprobó que tenía tiempo de sobras para dormir la siesta —de todas formas, nunca la prolongaba más de media hora—, y para hacer un par de llamadas si fuera necesario. Se tumbó en el sofá, dejó el móvil en el suelo, y al poco rato, como si hubiera cambiado de opinión, lo cogió y llamó de nuevo al psiquiatra. Tampoco esta vez obtuvo respuesta, pero todavía estaba bajo el efecto beatífico de su experiencia gastronómica, de modo que fue capaz de relajar el cuerpo e incluso la mente, y en dos o tres minutos se quedó dormido.

Le despertó el sonido de la alarma de su reloj, que había programado para dormir media hora. Lo miró entrecerrando los ojos, todavía adormilados, y comprobó que aún faltaban más de veinte minutos para la hora de entrar en la oficina. Desde el primer momento, García sintió que durante la siesta se había volatilizado el optimismo un tanto simplón, la confianza en el futuro que le había dado su primera cerveza en dos semanas. El futuro inmediato se le presentaba ahora con tintes más sombríos, envuelto en un aura de fatalidad e incertidumbre. Pero la agilidad —recuperada cuando dejó de tomar las pastillas— no la había perdido, y García saltó del sofá con determinación, convencido de que tenía que reaccionar de inmediato, y empezar a actuar contra el pesimismo que le embargaba. Cogió la chaqueta al vuelo, se aseguró de que llevaba las llaves, el teléfono y la cartera, y salió a la calle con el teléfono pegado a la oreja, esperando, deseando oír, en cualquier momento, la voz del psiquiatra al otro lado de la línea.

Pero la voz no sonó. García perdió el impulso que le había hecho salir de casa a toda prisa, y mientras apartaba lentamente el teléfono de la oreja, empezó a aminorar el ritmo de sus pasos. En realidad, no estaba preparado para ir a la oficina; en su fuero interno, estaba convencido de que hablaría con el psiquiatra, aunque fuese a última hora, en el último momento, y que éste le salvaría —al menos de momento— de tener que volver al trabajo. Y ahora la realidad negaba terca, sin ninguna piedad, todos esos planes. Entonces García miró el reloj, se detuvo un momento, y de pronto echó a andar a grandes

zancadas, más rápido, si cabe, que cuando salió de casa. Llegó a la calle en donde estaba la oficina, pasó frente a la puerta y siguió adelante sin aminorar el paso.

Sus pies le llevaron, casi a la carrera, hasta la consulta del psiquiatra. Esta vez entró directamente en el portal, subió por las escaleras, y llamó al timbre de la puerta del médico. No contestó nadie, nadie salió a abrir, no se oía ningún ruido al otro lado de la puerta. García volvió a llamar al timbre, esperó por espacio de un minuto, y de pronto sacó el teléfono, y allí mismo, delante de la puerta, apretó la tecla de repetir llamada. A la segunda señal de llamada, sonó al otro lado de la línea la voz del psiquiatra.

—Dígame.

—Soy García.

—Sí, sí, ya sé. Dígame ¿Qué quiere?

—Verá… Resulta que… Me temo que la cosa no mejora… El tratamiento, la medicación…

García se encontró con unas dificultades con las que no había contado, a la hora de expresar el discurso que llevaba preparado. Por una parte estaba su respiración agitada por la caminata acelerada que se había pegado hasta allí, la sorpresa de oír la voz del médico cuando ya no lo esperaba, y la propia dificultad que entrañaba, para una persona como él, contar algo que —lo sabía muy bien— en realidad era una mentira. Todas estas circunstancias le aturdían y entrecortaban sus frases, hacían que hablara precipitadamente, pero con constantes interrupciones. Pero además había otra cosa que le intimidaba: una frialdad, una distancia severa que le pareció adivinar, desde el primer momento, en la voz del médico, en su entonación, en sus graves silencios.

—Explíquese usted —dijo el médico.

—Bueno… pues que… Tendrá que darme otra vez la baja, porque yo sigo viendo gigantes por todas partes. La cosa no ha mejorado, sino que más bien parece empeorar —García se animó, ahora que ya había declarado su intención, y empezó a hilvanar las frases con más soltura —. Me cuesta mucho ir al trabajo en estas circunstancias, creo que perjudica mi… mi terapia, y mi tratamiento.

—Pero usted ha dejado de tomar las pastillas.

García se quedó mudo. No había previsto una respuesta así, no había pensado que ahora hablaba con soltura, y que cualquiera notaría que había dejado de tomar la medicación. Tampoco había pensado encontrar una oposición por parte del médico, pero ahora se daba cuenta de que la había, y que no iba a ser fácil vencerla. Optó por decir la verdad, e intentar, de esta forma, ganarse su confianza.

—Las he dejado de tomar hoy mismo, pero… de todas formas no

funcionaban, ayer lo vi claramente: cuanto más atontado estaba, más gigantes veía. Usted mismo dijo que, cuando se trata de aumentar la dosis, los resultados se tendrían que notar enseguida.

—Pero yo le cité para evaluar los resultados la semana que viene, no al cabo de dos días.

—Por favor, necesito la baja. El ambiente en la oficina se ha hecho… se ha hecho irrespirable. Tengo la impresión de que se me está marginando… En fin, usted sabe que no soy paranoico, mis "habilidades" se limitan a la esquizofrenia.

El psiquiatra, tan amigo de las bromas en otras ocasiones, respondió con frialdad.

—No puedo dar por mala una medicación que no ha sido tomada.

—A nadie se le puede obligar a tomar una medicación, a ninguna persona adulta; me lo dijo una vez un médico.

—Pero una persona "adulta", con las facultades mentales alteradas, no tiene capacidad para discernir lo que le conviene y lo que no. No soy psiquiatra forense, pero le aseguro que eso funciona así.

—No va a firmarme la baja.

García afirmó, más que preguntar. Su tono había cambiado radicalmente, y ahora se acercaba más a la hosca seriedad del psiquiatra.

—Vuelva a tomar las pastillas, continúe con el régimen de vida que le he prescrito, y la semana que viene hablamos.

García colgó el teléfono sin mediar más palabra, miró el reloj, y echó a correr escaleras abajo. Pasaban tres minutos de la hora de entrada en la oficina.

Mientras iba corriendo por la calle, resoplando por el esfuerzo y sorteando a los transeúntes que se cruzaban en su camino, su mente trabajaba frenéticamente, recomponiendo a toda prisa el mapa de su nueva situación. Pensó muchas cosas en los cinco minutos que tardó en llegar a la oficina. Pensó que no podía arriesgarse a perder el trabajo, que aunque su economía siempre había estado saneada —vivía al día, pero sin deudas, y con un pequeño remanente para cualquier imprevisto—, los gastos de su reciente viaje le habían dado un buen bocado a esa reserva, y además, aunque en la vida que había llevado hasta entonces era él quien corría con la mayoría de los gastos, no era menos cierto que Mara se ocupaba casi en exclusiva de comprar la comida —una porción nada desdeñable del presupuesto mensual— y que esa era una ayuda con la que ahora ya no podría contar. No, no podía arriesgarse a perder su trabajo en un momento como aquel, en el que la gente tardaba años en conseguir un nuevo empleo. No podía fallar en lo más mínimo, ni faltar un día sin justificación, ni llegar tarde, porque ahora, para colmo, habían

empezado a presionarlo desde dentro, a ignorarlo, a ningunearlo, y lo que esperaban era que fallara, que se abandonara, y así les diera motivos para deshacerse de él. Por eso corría, cada vez más rápido, mirando el reloj a cada poco, descubriendo con horror que llegaría muy tarde, más de lo que nunca se había permitido, cuando ya todo el mundo estaría sentado en su sitio y trabajando.

Por fin entró en el edificio, y subió las escaleras a la carrera, y abrió la puerta de la oficina cuando pasaban ocho minutos de la hora de entrada. García saludó a Nuria, cuya mesa quedaba cerca de la entrada. Quiso improvisar una frase de disculpa, una alusión a su retraso, pero su respiración era demasiado agitada para hablar con normalidad, y optó por un discreto silencio. En el recorrido hasta su mesa descubrió alguna mirada irónica, y otras —la mayoría— que se desviaban púdicamente, fingiendo ignorar su extemporánea aparición. García ocupó su sitio con una sensación muy desagradable: el esfuerzo por contener los jadeos de su respiración desbocada le producía una molesta opresión en el pecho, y además había empezado a sudar —algo que le exasperaba, y que nunca le había ocurrido en la oficina— y notaba cómo las gotas de sudor corrían por su espalda, por el vientre, y empapaban sin remedio la camisa en las zonas en que ésta estaba en contacto con el cuerpo. En otras circunstancias habría solventado el problema dándose una ducha y cambiándose de ropa, pero ahora no podía hacer ni una cosa ni la otra. Para colmo, su mesa continuaba estando vacía, no le habían traído nuevos expedientes para informatizar, y la cara le quemaba y había adquirido un color rojizo, como resultado del calor que seguía irradiando su cuerpo. Esperó algún tiempo, hasta que su respiración se normalizó, se pasó el pañuelo por la frente por enésima vez, se puso en pie y caminó, sin precipitarse, hasta la mesa de Nuria.

Nuria le dijo que el jefe todavía no había llegado, y que de momento tendría que esperar, porque éste había dicho muy claramente que quería encargarse él, en persona, de asignarle nuevas tareas. García volvió a su mesa y se sentó en silencio, mirando la superficie de madera barnizada, con los pocos objetos —el bolígrafo, un sello, una grapadora, una caja de clips— que siempre estaban encima, que ya había ordenado y toqueteado por enésima vez. Su ordenador ni siquiera tenía conexión a internet, no se consideraba necesario, dado el trabajo al que estaba destinado. De todas formas, García no se habría atrevido a conectarse, a entrar en ninguna página con el simple fin de entretenerse y pasar el rato, como tampoco se habría atrevido a abrir un libro y ponerse a leer, que era otra de las cosas que le pedía el cuerpo, con verdaderas ganas, ante aquella situación de inactividad. En el ambiente hostil en que se había convertido la oficina, no podía permitirse ningún error, ninguna

trasgresión, por pequeña que fuese, de las normas internas de trabajo. Tenía la certeza —a pesar de la aparente indiferencia de sus compañeros— de que no faltarían ojos a su alrededor para sorprender cualquier desliz por su parte, ni bocas para comunicarlo, a su tiempo, a quien fuera necesario.

El jefe no apareció por la oficina en toda la tarde. García tuvo mucho tiempo para pensar, para darle vueltas en la cabeza, una y otra vez, a los mismos pensamientos. Se preguntaba si existía una comunicación, una complicidad —que ya en algún momento había sospechado—, entre Marqués y el psiquiatra, e incluso el propio jefe; o si la coincidencia de esas tres personas en la actitud hacia él no era más que el fruto de la uniformidad de criterio, de la natural hermandad que llevaba consigo la pertenencia a la comunidad gigantesca, a la que tal vez en ese momento ya pertenecía también el psiquiatra. Después volvía a pensar en su situación económica, y en la degradante necesidad que tenía de conservar el empleo en la oficina, y otra vez en el psiquiatra, y en el jefe, y en Mara, y al final acabó saturado, mareado de aquella rueda de pensamientos que giraban sin parar, obsesivamente, y empezó a sentir una inquietud y una impaciencia que a duras penas podía disimular.

Tal vez Nuria se dio cuenta de sus padecimientos, porque en la última hora se apiadó de él y le llevó una serie de cartas para que las plegara y las metiera en unos sobres; y García recibió como una dádiva aquella tarea que en realidad era humillante, y la administró y paladeó con minuciosidad, hasta que llegó la hora de marcharse. Nunca antes le había parecido tan liberador el hecho de acabar la jornada laboral y poder salir a la calle. García lo disfrutó de verdad, a pesar de que la calle estaba llena de gigantes y en las fachadas de los edificios abundaban tanto los balcones en obras como los que ya estaban modificados y mostraban los flamantes acabados de sus enormes aberturas.

García pensó que si quería cenar en su casa —no le apetecía meterse en ningún local atestado de gente, y además el dinero había adquirido para él, de golpe, una vital importancia— tenía que entrar en una tienda y comprar algunas cosas que faltaban en su despensa. Estuvo dudando entre ir inmediatamente a hacer esas compras, o pasar primero por su casa para ducharse y quitarse de encima el sudor —ya seco— que su aprensión le hacía notar y oler por todo el cuerpo. Pero al final decidió resolver cuanto antes el asunto de las provisiones, y empezó a buscar una tienda propicia a sus necesidades. Entró en una charcutería grande, montada como un supermercado, que pertenecía a una cadena muy próspera que ya tenía en la ciudad otros dos establecimientos. Este era el más céntrico de los tres locales, y siempre estaba muy concurrido. García observó con desagrado que se había

formado una pequeña cola para pagar en las dos cajas, que funcionaban a destajo, y que además había una mayoría de individuos gigantes entre las personas que esperaban en la fila. Pero esta vez estaba resuelto a conseguir lo que había venido a buscar, de modo que entró con decisión hasta el fondo del local, que era más bien estrecho y alargado, y empezó a elegir, en los diversos expositores, los productos que necesitaba.

Con la compra colgando del brazo —no era mucha cosa, y había optado por coger un cesto de mano— se puso en la cola, detrás de un gigante enorme, más impresionante aún por su corpulencia, pues era persona gruesa y además fornida, con aspecto de tener una gran fuerza física. García empezó marcando distancias con aquel personaje descomunal, se mantuvo a un metro de distancia de él, y aun así era tan alto que no llegaba a verle la cabeza, oculta por su espalda abombada. Pero al poco rato aparecieron más gigantes, un hombre y una mujer de mediana edad que mantenían una animada conversación, y se pusieron a hacer cola detrás mismo de García. Pero, fuera porque estaban distraídos hablando, fuera porque en verdad no lo habían visto —o si lo habían visto no le habían prestado la menor atención—, el caso es que siguieron avanzando, arrinconándolo contra el hombre corpulento con el empuje de sus cuerpos. Aquella era una situación muy molesta para García, muy desagradable, porque la cabeza le quedaba a la altura del trasero del gigantón, de los genitales de la pareja parlanchina. Sólo cuando García se revolvió, e hizo notar su presencia a fuerza de codos, y farfulló una protesta airada, el hombre y la mujer miraron para abajo al mismo tiempo, y se apresuraron a pedir disculpas; mientras que el grandullón —que no había recibido ningún codazo— se limitó a girar la cabeza, aunque no llegó a enterarse de nada.

La cola avanzaba más despacio de lo que García habría querido, pero al final, después de muchas pausas y pequeños avances, llegó al lado del mostrador en el que trabajaba la cajera, lo cual supuso una nueva sorpresa desagradable, pues no sólo la chica era una giganta, delgada y de piel blanca, con un pirsin en la nariz, sino que el propio mostrador estaba hecho a la misma escala exagerada, de modo que García tenía que ponerse de puntillas para ver la superficie en la que se depositaban las compras.

Y aun así, procurando ignorar todos esos detalles desagradables, esperó pacientemente a que el gigante corpulento pagara, y recogiera sus bolsas, y sólo entonces puso en el mostrador las tres o cuatro bandejas plastificadas que constituían su compra. Pero la cajera no cogió ninguna de sus bandejas: la cajera alargó el brazo mucho más arriba, hacia los productos —un queso y unos patés envasados al vacío — que le tendía la mujer de la pareja que iba detrás.

García tuvo una reacción fulminante. “¡Eh, que me toca a mí!” gritó indignado, mientras se cogía con ambas manos al mostrador y miraba para arriba. En la tienda había mucho barullo, y la cajera tal vez no le oyó, y sobre todo no le vio, porque empezó a pasar los patés por el lector de códigos. Durante unos instantes, García contempló, atónito, el intercambio entre las dos mujeres: la cajera, que tenía una nariz muy peculiar, con el pirsin y los dos orificios cuneiformes, perfectamente simétricos; y la mujer de la pareja, muy maquillada, a la que se le veía, desde aquel punto de vista, el límite de la base del maquillaje, de un color diferente a la piel de la sotabarba. ¡¡Que me toca a mí!! Gritó García con todas sus fuerzas, y acompañó su grito de un gesto nervioso con ambos brazos: un gesto agresivo que hizo que su codo derecho se clavara en el muslo de la mujer, y el izquierdo tocara al gigante corpulento, que todavía estaba ordenando su compra en una especie de carrito que llevaba.

Entonces sí que repararon en él. La mujer dio un respingo y miró para abajo, y la cajera, como consecuencia, también le vio, y le dijo: “Perdone señor, no le había visto”, en un tono que tenía más de censura por lo exagerado de su reacción, que de verdadera disculpa. “¡Es que ya está bien, hombre, no hay derecho!” dijo García, y empujó su compra hacia la cajera con expresión indignada, pero la chica tardó un buen rato en coger la primera bandeja: se le quedó mirando con severidad y le dijo que no tenía por qué ponerse así, que lo que pasaba es que no le había visto: “No le he visto, y ya está, pensaba que las bandejas también eran de estos señores”. Aquello coincidió con el momento en que el hombre le preguntaba a la mujer si le había hecho daño —porque el codazo de García empezaba a trascender—, y el gigante corpulento se daba la vuelta y miraba con curiosidad, y García notó cómo se iba gestando en torno a él una atmósfera de censura y de antipatía, mientras la chica empezaba a pasar las bandejas por el lector, de mala gana, y a tirarlas en el mostrador de cualquier manera, con ostensible desprecio. “Déjalo, que se vaya” decía la mujer, a su espalda, y García —a pesar de que su indignación pugnaba por sublevarse— se contuvo y fue metiendo las compras en la bolsa, con la mirada baja, con expresión fúnebre.

El hombre corpulento, con una sonrisa sesgada y despectiva, se dio la vuelta para salir y dijo, como si hablara consigo mismo, pero lo bastante alto como para ser oído: “¡Pues que crezca si quiere que le vean, no te jode!”. La frase —que a nadie pasó desapercibida— desató a su alrededor una mudo asentimiento, un solapado consenso. Pero García ya no prestaba atención a su entorno, García saltó, como accionado por un resorte. “¿Qué ha dicho? ¿Qué ha dicho usted?”, preguntó con ansiedad, mientras sujetaba al gigante por una manga de la chaqueta. “¿Han oído lo que ha dicho? —añadió dirigiéndose a dos

personas de su talla, dos mujeres que acababan de entrar, y pasaban en ese momento por su lado—. Ustedes… ustedes son…” Pero las mujeres le rehuyeron con cara de asombro, y el gigantón miró a su manga, estirada por la minúscula mano, y después miró al hombre al que pertenecía aquella mano. No había odio, ni agresividad, en la cara de García, sino una especie de expectativa anhelante. “Bah”, dijo el gigante, y se sacudió la mano que lo retenía, mientras empezaba a empujar su carrito en dirección a la salida. Pero García le sujetó de nuevo, esta vez con más fuerza, y le gritó que lo dijera, que dijera la verdad, que dejase de una vez de disimular, como todo el mundo, que confesara… El hombre liberó su brazo usando la fuerza, con un violento estirón que abrió dolorosamente los dedos de García. Y García quiso reaccionar, iba a insistir, pero le retuvo la actitud del gigante, que con una sonrisa de suficiencia, de desprecio total, le dijo “te daba así…” acompañando sus palabras de un expresivo gesto con el brazo.

“¿Qué? ¿Me paga o no me paga?” La chica de la caja, ahora ya abiertamente grosera, sin el habitual barniz de la cortesía comercial, le mostraba a García el papel abarquillado con el importe de su compra, mientras los dos miembros de la pareja que tenía detrás aguardaban con una especie de ofendida paciencia. García pagó en silencio, con la cabeza baja, y caminó hacia la puerta en actitud pensativa. Ya iba a salir a la calle, cuando se dio la vuelta.

—¡Sois gigantes! ¿Oís? —dijo a voz en grito, ante la mirada silenciosa de todos los que estaban en la tienda—. Sois todos gigantes: tú, y tú, y tú también. Tú no. Sois gigantes, y ese mostrador es gigante, y… y aquí nadie se atreve a decirlo y… No puede ser —añadió con desánimo, con un súbito abatimiento, al ver los rostros atónitos que le observaban—. No puede ser que nadie lo vea, que nadie se dé cuenta…

García salió a la calle en medio de un silencio sepulcral, seguido por las miradas de las personas que iba dejando atrás, observado con la curiosidad morbosa, con la vergüenza ajena que despiertan los locos, los borrachos, o las personas que han protagonizado un tumulto.

Lo primero que hizo al llegar a su casa fue quitarse toda la ropa, ponerla en el cesto con destino a la lavadora, y darse una ducha morosa y concienzuda, con mucho jabón. El hecho de sentirse limpio, de haberse quitado por fin el sudor reseco que llevaba pegado a la piel desde el mediodía, le resultó agradable y gratificante. Pero la ducha no lo pudo liberar del desasosiego que le produjo la escena en la charcutería. Desde el momento mismo en que salió de aquella tienda, la mente ya no le dio tregua: el componente liberador que tuvo para él aquel acto de rebeldía, de decir en voz alta lo que realmente pensaba,

no tardó en verse ensombrecido por la sensación —siempre molesta para él— de haber perdido el control, de haberse comportado como lo que él sabía interiormente que no era: como un loco. De esta consciencia dolorosa, de esta idea, nacía otra: la urgencia, la necesidad de disimular, de no dejarse llevar por la desesperación. García sabía que no podía mostrar sus cartas, que debía observar al enemigo con disimulo, con la mente muy fría, para estudiar la manera más eficaz de enfrentarse con él, o de eludir el choque cuando fuera necesario. Entonces se acordó, una vez más, de la negativa del psiquiatra a darle la baja, de la cuestión del dinero y la dependencia humillante, paralizadora, que tenía de su empleo en la oficina. Y este pensamiento le llevó a otro, y a otro, y lo cierto es que se vistió con un pijama y un batín, y se preparó algo de cenar, y cenó, y hasta intentó leer un rato en su sillón favorito; pero todo esto lo hizo distraído, como un autómata, con la mente puesta en la cíclica sucesión de las ideas que le obsesionaban.

Se metió en la cama, ni más tarde ni más temprano que en días anteriores. Pero esta vez no se podía dormir. Reflexionó, por enésima vez, acerca del suceso en la charcutería, y pensó que no podía ser que él fuera el único que se daba cuenta de todo aquello, que, a fin de cuentas, todavía quedaban muchas personas que aún conservaban la talla normal, y que era absurdo que todos ellos sufrieran la misma ceguera. “No. Tiene que haber alguien —se decía—, alguien que está como yo, camuflado y sin decir nada, trabajando y viviendo entre gigantes, alguien que no ha perdido nunca el control, que no estaba hoy en aquella tienda y por lo tanto no sabe que existo.”

Este pensamiento le llevó a imaginar una estrategia para localizar a otros navegantes solitarios que sin duda tenía que haber en aquel mar de locura colectiva. Sí, idearía alguna clave, algún gesto inequívoco de complicidad que pasara desapercibido a los gigantes y en cambio fuera detectado inmediatamente por los que pensaran como él. Recordó que los masones tenían una manera de reconocerse, una forma especial de darse la mano o algo así, y que los miembros de la comunidad gay tenían también sus peculiares guiños y códigos para revelar su naturaleza a otros camaradas, por poco propicio que fuera el ambiente en que se encontraban.

Estuvo mucho tiempo pensando en ésta y en otras cosas similares. Y después todavía pasó por otra fase, en la que su cerebro empezó a divagar sobre aspectos más banales, más tangenciales al tema que le obsesionaba, como el hecho —que había podido constatar en numerosas ocasiones— de que los perros eran los únicos animales que también, en ocasiones, se volvían gigantes, mientras que en todos aquellos días de convivir con gigantones no había visto, por ejemplo, ni un solo gato que hubiera aumentado de tamaño. Pero al final el

cansancio le acabó venciendo, y empezó a adormilarse. El último pensamiento coherente que tuvo fue el de que no podía descuidar su aspecto ni su atuendo, que se le estaba acabando la ropa limpia, y al día siguiente llevaría toda la que tenía sucia a la tintorería, en vez de lavarla él, porque así se la plancharían como es debido.